



MOVERME ME HACE AVANZAR

Acompáñame

La historia real de un hombre que se amigó con el Parkinson y lo convirtió en su compañero de viaje

 ALEJANDRO CÁRCANO

Moverme me hace avanzar

Autor

Alejandro Cárcano

Moverme me hace avanzar

Si la mente quiere, el cuerpo acompaña

Autor: Alejandro Cárcano

Primera edición, 2026.

© 2026 Editorial Mi Biografía.

Todos los derechos reservados de Alejandro Cárcano.

Datos de contacto de la editorial

www.mibiografia.com | info@mibiografia.com

Visita el Salón de los Inmortales



Dedicatoria

*E*ste libro es el testimonio de una epopeya que jamás habría podido escribir en solitario. Aunque fui yo quien puso las piernas sobre los pedales, cada kilómetro recorrido de este inmenso viaje fue posible gracias al aliento de un grupo extraordinario de personas, instituciones y marcas que creyeron en mí cuando el desafío parecía desmesurado. A todos ellos, que aportaron su valioso grano de arena y se convirtieron en mi motor y mi refugio, les dedico estas páginas con mi más profundo y eterno agradecimiento.

En primer lugar, dedico este esfuerzo a mis seres más queridos. A Carolina, mi pareja, quien con infinita templanza cerró los ojos, guardó silencio y me entregó su apoyo incondicional aun sabiendo lo largo, peligroso y difícil de esta travesía. A mis amados hijos, Felicitas y Francisco, que son mi luz constante; y a mis grandes amigos Paulo, Daniela, “Maxicleta”, Carlos y Germán, cuyo cariño y presencia llenaron de calidez mis días de preparación y de ruta.

Esta travesía requirió de una logística titánica, y no hubiera llegado a mi destino sin aquellos que me acompañaron desde el primer día, facilitando el camino, sosteniéndome en la partida o dándome visibilidad en los medios de comunicación. Mi gratitud infinita para Ignacio Lartirigoyen, Arturo Karaozlu, Hernán Dietrich, Diego Banfi, Diego Steberling, Gerardo Correa,

Aníbal Montes, Hernán Rouco Oliva, Gurieri, Marcelo Bresia (mi querido "Yuyo"), Gustavo Stella, Martín Caride y Oscar Conta. De igual modo, agradezco el respaldo indispensable de Vista Energy, Laboratorio Baliarda, Ricardo Markou (de Tecpetrol), Eric Martínez (el francés), Maximiliano Blanco por capturar mi viaje en fotografías, Edesur, Roberto Murchinson, Francisco Dupuy, Garmin Argentina, Shimano Argentina, Magenta Indumentaria, Juan Etchaide, Rodrigo Nardillo, el Instituto Leloir, el Dr. Fernando Pitossi por su incansable labor científica, y a la entrañable Familia Barrela.

De manera muy especial, quiero dedicar este libro a cada una de las personas que viven con el párkinson en su día a día, ya sea sintiéndolo en su propio cuerpo o acompañando a un ser querido en esta dura batalla. Este viaje también fue por ellos, para gritarle al mundo que no estamos vencidos. Asimismo, dedico este logro a todos los que me acompañaron a través de las redes sociales, celebrando cada victoria y dándome fuerzas en los momentos de desánimo, y a todos los desconocidos generosos con quienes me crucé en el camino; sus palabras de aliento y su hospitalidad desinteresada me demostraron la inmensa bondad de la familia humana.

A todos ustedes, que me despidieron al partir y me sostuvieron hasta la meta, gracias por hacerme comprender que ningún camino es demasiado largo cuando se recorre acompañado. Les dejo esta convicción que guió cada una de mis pedaleadas y que deseo que resuene en sus corazones ante cualquier adversidad de la vida: *"Si la mente funciona, el cuerpo acompaña"*.

Índice de Contenido

Contenido	Pág.
Dedicatorias	5
Índice	7
Prólogo: El hombre antes de la epopeya	9
El día que mi cuerpo me traicionó	15
Parkinson: la palabra que no acepté	21
La rabia puede mover montañas	27
Nueva York apareció en mi cabeza	31
Todos pensaron que estaba loco	35
Buenos Aires quedó atrás	39
Chile: el miedo viaja conmigo	45
Perú: sobreviviendo al caos	51
Ecuador: volver a levantarme	59
Colombia: la última noche en Sudamérica	67
Costa Rica y el significado de “Pura Vida”	73

Nicaragua: lo invisible también duele	79
Honduras: cuando los desconocidos te salvan	83
El Salvador: pedaleando entre el miedo	87
Guatemala: música, pobreza y esperanza	93
México parecía interminable	97
El sueño americano no era como imaginaba	103
Estados Unidos no está hecho para bicicletas	111
El Parkinson gana terreno, y me quedo sin medicinas	117
Washington: llorar de felicidad	125

Índice de Contenido (Continuación)

◆

Nueva York frente a mis ojos	129
Lo imposible también se alcanza	133
El viaje no terminó al llegar	143
Algunos Recuerdos	147
<i>Breves parpadeos del viaje</i>	
Notas de Prensa	163
<i>Algunos recortes sobre la cobertura en en medios</i>	

Prólogo: El hombre antes de la epopeya

Siempre me definí como un hombre en constante movimiento, alguien cuya alma no concibe la quietud bajo ninguna circunstancia. Antes de la gran epopeya que me llevó a cruzar el continente entero en bicicleta, antes de que un diagnóstico médico implacable sacudiera los cimientos de mi realidad, yo ya era un auténtico nómada. Mi vida jamás ha sido un camino lineal, predecible o exento de sobresaltos; por el contrario, ha sido un territorio de constantes reinenciones donde me tocó desempeñar los roles más diversos. Fui camionero recorriendo las rutas infinitas, trabajador rural bajo el sol implacable, empresario de mis propios proyectos y un eterno emprendedor, construyendo y perdiendo imperios de papel en un constante vaivén financiero y personal. Pero si hay un elemento sagrado que ha permanecido inalterable, actuando como un cable a tierra en medio de todas mis tormentas, es la bicicleta. Desde mi más temprana juventud, las dos ruedas no representaron un simple pasatiempo o un escape de la rutina, sino la única forma que encontré para experimentar la libertad absoluta y medir mis propios límites contra la inmensidad del mapa.

Aún guardo en el pecho, con una nitidez asombrosa, la memoria de mis veintitrés años, cuando tomé la audaz decisión de pedalear en solitario hasta Ushuaia. En aquel entonces, el mundo se presentaba ante mí como un

desafío gigante y misterioso. Fueron tres mil kilómetros de ripio, polvo, viento indomable y una soledad sobrecogedora a lo largo de veintisiete días de trayecto continuo. En aquella época, el cicloturismo no era la práctica masiva ni la tendencia de bienestar que es hoy, ni las bicicletas contaban con la sofisticación tecnológica actual; era simplemente yo, una estructura metálica básica, mi juventud y el horizonte salvaje de la Patagonia desafiándome a cada pedalada. Esa experiencia temprana cinculó mi carácter ermitaño, esa faceta tan mía que prefiere la crudeza del entorno natural y la sencillez de lo primitivo sobre cualquier comodidad moderna. Aprendí que soy un tipo solitario, alguien que convive mejor con lo desconocido y que no necesita de grandes lujos para sentirse pleno. Me bastaba con el cielo abierto, un saco de dormir sobre el suelo duro y la certeza inquebrantable de que, mientras mis piernas se mantuvieran en movimiento, yo tendría el control de mi destino.

Mi existencia, sin embargo, estuvo marcada por caídas financieras que me obligaron a levantarme desde el polvo. El golpe más duro llegó con la histórica crisis argentina del año 2001. En ese torbellino económico me fundí por completo; me quedé sin dinero, con las manos vacías y contemplando con desolación las ruinas de lo que había construido. Pero la derrota material jamás doblegó mi espíritu. En lugar de hundirme en la queja, utilicé esa catástrofe como el impulso definitivo para volcarme con mayor ferocidad al deporte de alto rendimiento y al triatlón extremo. Me convertí en un atleta de acero, completando diez competencias de la exigente franquicia Iron Man. Vivía con el pulso al límite, entrenando con una disciplina que rozaba lo obsesivo, registrando marcas sumamente respetables que me posicionaban entre los mejores de mi categoría con un peso corporal de apenas cincuenta y nueve kilos. No corría para ganarle a otros ni para

acumular trofeos en una repisa; mi único motor era certificar que mi mente gobernaba con soberanía absoluta sobre la materia física. Nunca gané una carrera en términos de subir al primer escalón del podio, pero me enorgullece decir que llegué a todas y cada una de ellas. Completar el recorrido, cruzar la meta cuando el cuerpo ruega que te detengas, ha sido siempre mi definición de la victoria.

Poco a poco, esa misma pasión me abrió las puertas del ámbito laboral de una manera que jamás planifiqué. Logré ingresar como instructor de spinning en Ocampo, un selecto club de gimnasia ubicado en el corazón de Barrio Parque, uno de los rincones más exclusivos de Buenos Aires. De la noche a la mañana, me encontré dando clases ante una audiencia de grandes empresarios, diplomáticos y figuras de enorme peso político, incluyendo a Mauricio Macri, quien años más tarde se convertiría en el presidente de los argentinos. Presentarse diariamente frente a personas acostumbradas a mandar y exigir requiere un temple muy especial, un silencio respetuoso y una humildad a toda prueba. En un ambiente donde abundaban los jefes y los egos elevados, decidí no imponer mi autoridad a la fuerza, sino ganármela con el ejemplo, el trabajo duro y una sencillez genuina. Dejé que la gente fuera libre sobre la bicicleta mientras yo los guiaba en el esfuerzo físico. Con el paso de los años, ese respeto mutuo maduró en una hermosa comunidad; así nació Los elegidos, un grupo de pertenencia inquebrantable que hoy, quince o veinte años después de aquella etapa presencial, se sigue reuniendo puntualmente a las siete y media de la mañana a través de Zoom para pedalear juntos en la distancia.

Fuera del gimnasio, mi vida continuaba girando en torno al engranaje de las dos ruedas. Construí un pequeño pero próspero ecosistema comercial vendiendo indumentaria de ciclismo y comercializando componentes de alta

gama de marcas prestigiosas como Shimano y Garmin, ganando comisiones que me permitían mantener la cabeza a flote. Además, me convertí en uno de los pioneros en estructurar y organizar viajes grupales de cicloturismo por los paisajes más deslumbrantes de la geografía argentina. Diseñaba personalmente las rutas en Salta, Jujuy, San Luis y el sur andino, asumiendo la responsabilidad total de la seguridad y la logística de cada aventurero que confiaba en mí. Yo era la única garantía de esos viajes; si algo fallaba en medio de la montaña, la solución dependía de mis manos y de mi capacidad de resolución. Disfrutaba enormemente esa responsabilidad, sintiendo que al guiar a otros por los caminos de tierra que yo tanto amaba, les estaba entregando un pedazo de mi propia libertad.

En el plano afectivo y familiar, mi realidad siempre ha tenido matices complejos. Tomé la decisión de distanciarme de mi familia de origen porque entendí tempranamente que sus dinámicas no representaban un modelo de vida que yo deseara seguir. Esa ruptura acentuó mi perfil solitario, obligándome a construir mi propio camino desde cero. Con el tiempo, formé mi propio núcleo junto a mis hijos, Felicitas y Francisco, quienes constituyen mi mayor orgullo y el recordatorio constante de que la vida también se siembra en el afecto de las nuevas generaciones. Asimismo, comparto mis días con mi pareja de años, Carolina, una mujer de carácter complejo y desafiante con quien, a pesar de las inevitables fricciones cotidianas y las pruebas que nos impone la convivencia, elijo caminar a la par, brindándole mi apoyo incondicional en cada circunstancia.

Yo era, en definitiva, un hombre sumamente estructurado, un capricorniano obsesivo del orden, de mente analítica y hábitos inquebrantables, capaz de planificar su vida entera con la precisión de una tabla matemática. Cada jornada comenzaba antes del amanecer, con una

rutina física inalterable que repetía desde hacía dos décadas y que me hacía sentir indestructible. En esos años de esplendor, agilidad y fuerza física, el movimiento no era una opción: era mi definición de estar vivo. Jamás pasó por mi mente la idea de que un día el viento cambiaría de rumbo de una forma tan drástica, obligándome a enfrentar una batalla silenciosa contra mi propio cuerpo, el mismo que hasta entonces había obedecido sin dudar cada una de mis órdenes. Pero antes de que el destino barajara las cartas de nuevo, yo ya era el dueño de mi propio camino, un guerrero de la ruta listo para cualquier tormenta.

El día que mi cuerpo me traicionó

Siempre me he considerado un hombre de acción, alguien cuya alma respira verdaderamente cuando está en movimiento. Para mí, la libertad nunca ha sido una simple idea abstracta o un concepto de biblioteca; es una experiencia puramente física y sensorial, plasmada en el golpe de la brisa fresca en la cara, el zumbido regular de los neumáticos sobre el asfalto rugoso y el compás rítmico de mis propias piernas desafiando una cuesta empinada. Desde mi juventud, las dos ruedas no fueron un pasatiempo de fin de semana, sino mi destino ineludible y mi manera de comunicarme con el mundo. A los veintitrés años, impulsado por esa sed de horizontes infinitos, recorrí tres mil kilómetros de tierra dura y solitaria en apenas veintisiete días hasta llegar a Ushuaia. Ese viaje iniciático selló mi identidad como un ciclista de resistencia, solitario y amante del silencio. Mi cuerpo era mi motor inagotable, una máquina perfecta y leal que respondía de inmediato a cualquier orden de mi voluntad, sin cuestionar el esfuerzo ni conocer los límites del cansancio físico.

Esa fortaleza corporal y mental se puso a prueba por primera vez de forma dramática en el año 2001. Durante la devastadora crisis económica argentina, me encontré de repente en un abismo absoluto: me quedé sin ingresos, sumido en una quiebra financiera total y con la angustia diaria de

tener que mantener a mi familia. Fue un golpe seco que amenazó con paralizarme. Sin embargo, ante cada pérdida y cada dificultad, siempre he tenido la costumbre de imponerme un nuevo reto, algo que desafíe mis capacidades y mantenga mi mente enfocada. En medio de esa asfixia colectiva, mi instinto de emprendedor me empujó a buscar una solución allí donde residía mi mayor pasión. Decidí hacer del deporte mi negocio y mi balsa de salvación. Comencé a organizar expediciones de cicloturismo en los paisajes más imponentes y desafiantes del norte y sur argentino, como Salta, Jujuy y San Luis. Al mismo tiempo, las pruebas de triatlón y el entrenamiento para el *Ironman* se convirtieron en mi terapia para reconstruirme. Nunca gané una carrera, pero mi orgullo radicaba en que cruzaba la meta en todas y cada una de ellas; la persistencia se convirtió en mi marca registrada.

Ese camino de reconstrucción me llevó a consolidarme, entre los años 2008 y 2010, en el prestigioso gimnasio Ocampo de Barrio Parque. Allí, como instructor de *spinning*, asumí el reto de guiar las intensas rutinas de influyentes empresarios, políticos y figuras de alto perfil, entre ellos el futuro presidente de la Nación, Mauricio Macri. En un entorno de liderazgos fuertes y alta exigencia, logré ganarme el respeto de mis alumnos gracias a la humildad, la discreción y una constancia inquebrantable. Creamos un vínculo tan estrecho que, quince o veinte años después, ese grupo sigue activo y se reúne de manera virtual bajo el nombre de "*Los elegidos*". Paralelamente, desarrollé una faceta comercial próspera vendiendo indumentaria y tecnología de marcas líderes como Shimano y Garmin. Mi vida giraba por completo en torno al ciclismo; yo era la cara visible y el garante de mi propio negocio. Me sentía en la cima de mis capacidades, invencible y en absoluto control de mi cuerpo.

Mi vida cotidiana era un engranaje perfecto de actividad física, planificación meticulosa y proyectos comerciales que demandaban toda mi atención. Desde el amanecer, mi rutina consistía en coordinar los pedidos de tecnología deportiva, preparar los exigentes planes de entrenamiento para mis alumnos de Ocampo y organizar los mapas GPS para las próximas expediciones de cicloturismo. Era un ritmo vertiginoso que disfrutaba al máximo; cada hora del día estaba destinada a empujar mis límites o a consolidar mi negocio. Nada en mi entorno sugería que la marcha triunfal de mi cotidianidad pudiera verse alterada. Sin embargo, en medio de este bienestar absoluto, la máquina perfecta empezó a emitir señales extrañas, pequeños susurros de alerta que al principio decidí ignorar por completo.

La primera anomalía se manifestó en el ámbito menos pensado: el de las tareas administrativas más sencillas. Durante una de mis jornadas habituales de oficina, mientras intentaba rellenar de prisa los formularios de envío de mercadería y firmar las planillas de los clientes de Shimano, noté una sutil pero molesta rigidez en los dedos de mi mano derecha. Los trazos que solían ser firmes y claros comenzaron a volverse erráticos. Poco después, mi asistente de ventas se acercó al escritorio y, tras observar con extrañeza los papeles, me comentó con preocupación que mi caligrafía se estaba volviendo ilegible, apretada y asombrosamente pequeña. Intenté restar importancia al asunto bromeando sobre el cansancio de escribir a mano, pero la realidad era que sostener la lapicera me exigía un nivel de concentración y esfuerzo físico que antes me habría parecido ridículo.

Con el paso de las semanas, las señales se volvieron más evidentes y difíciles de soslayar. Al ducharme o al vestirme para las clases matutinas, comencé a percibir una paulatina pérdida de sensibilidad fina en las yemas de mis dedos, como si una imperceptible capa de seda me impidiera sentir las

texturas con claridad al manipular los delicados componentes de los ciclocomputadores Garmin o ajustar la precisión de los cables Shimano. El colmo de mi desconcierto ocurrió durante los momentos de descanso. Sentado en el sillón de mi casa tras una dura jornada de entrenamiento, noté que mi pie izquierdo comenzaba a vibrar de manera autónoma, un temblor leve pero constante que solo aparecía cuando estaba relajado y que desaparecía por completo en cuanto me ponía en movimiento. ¿Cómo era posible que mi propio cuerpo, el mismo que había resistido las pruebas más extremas del *Ironman*, iniciara una rebelión tan extraña y ajena a mi voluntad?

Para un hombre que encuentra su fuerza en la libertad del aire fresco, en los retos al aire libre y en la autosuficiencia absoluta, estas pequeñas alteraciones comenzaron a generar una profunda vulnerabilidad. Yo necesito sentir la brisa en mi rostro para saber que estoy vivo; si me encierras en una oficina o me dices que no puedo moverme, me quitas el aire. La sola sospecha de que mi cuerpo pudiera estar perdiendo su legendaria agilidad me inquietaba en silencio. Intenté racionalizar la situación atribuyendo los temblores y la rigidez al cansancio crónico, al exceso de clases en el gimnasio o al estrés acumulado de sostener un negocio comercial en constante expansión. Al fin y al cabo, un emprendedor siempre está bajo presión, y mi mente activa nunca dejaba de idear nuevos proyectos de cicloturismo por el país.

Finalmente, empujado por la insistencia de mis seres queridos y por mi propio fastidio ante una molestia física que no cedía con el descanso de los fines de semana, decidí consultar a un médico. Esperaba una explicación sencilla, un llamado de atención ordinario sobre mi estilo de vida acelerado. Tras un examen superficial y unas preguntas rápidas sobre mi rutina laboral, el profesional me miró con condescendencia y dictó una sentencia predecible:

todo se debía a un cuadro agudo de estrés y fatiga acumulada por el exceso de entrenamiento y responsabilidades comerciales. Me recomendó bajar de inmediato el ritmo de trabajo, tomarme unos días de descanso obligatorio y evitar las preocupaciones extremas. Según su criterio clínico, una vez que lograra relajar la mente, mi cuerpo recuperaría su armonía habitual.

Sin embargo, al salir del consultorio, una certeza fría y obstinada se instaló en mi pecho. Yo conocía mi cuerpo como nadie; sabía distinguir perfectamente el cansancio saludable del deportista de esta extraña y ajena traición que se gestaba de manera silenciosa en mis extremidades. No podía aceptar que un diagnóstico tan genérico y simplista como el estrés explicara la persistente pérdida de sensibilidad en mis dedos o el misterioso temblor involuntario de mi pie. Mi carácter fuerte, forjado en las rutas más duras de la Patagonia, me impedía conformarme con respuestas fáciles que solo buscaban tranquilizarme de manera temporal. Aunque todavía no tenía respuestas claras sobre lo que ocurría en mi organismo, me negué a quedarme de brazos cruzados. Guardé las indicaciones del médico en un cajón y, con la determinación firme de quien no le teme a la verdad, me dispuse a seguir investigando por mi cuenta, listo para descifrar el misterio que mi propio cuerpo intentaba ocultarme.

Parkinson: la palabra que no acepté

Siempre me consideré un hombre de acción, un atleta de cuerpo vigoroso y mente inquieta, para quien el movimiento era la máxima expresión de libertad. Durante décadas, mi cuerpo respondió a mi voluntad con precisión, permitiéndome cruzar metas y organizar grandes desafíos deportivos. Sin embargo, la vida comenzó a enviarme señales sutiles de que algo andaba mal, alarmas que al principio ignoré, pero que terminaron por arrastrarme hacia un laberinto médico. Noté que esa agilidad que tanto me definía empezaba a perder su brillo, un sutil letargo en mis movimientos que contradecía mi naturaleza activa y me obligó a buscar respuestas en la ciencia.

El camino hacia la verdad no fue sencillo. Cuando acudí a las primeras consultas, los médicos intentaron restar importancia a mis sospechas con explicaciones superficiales que no me satisficieron. Como hombre intuitivo, decidí no conformarme con diagnósticos vagos. Me sometí a una resonancia magnética específica para observar detalladamente mi cerebro. Los resultados revelaron una anomalía en la sustancia negra, la región responsable de regular nuestros movimientos. Esa pequeña mancha en las imágenes fue la señal de alarma definitiva que motivó mi derivación a neurología, transformando mis sospechas en una realidad que ya no podía esquivar.

Dado que el Parkinson no se detecta mediante análisis de sangre, el

diagnóstico definitivo depende de evaluaciones clínicas sencillas pero implacables. Recuerdo la crudeza de esas pruebas en el consultorio: el especialista me pidió caminar por el pasillo para evaluar la simetría de mi marcha y el balanceo de mis brazos. Luego vinieron las pruebas de agilidad fina, como golpear rápidamente los dedos de mis manos y realizar un golpeteo constante con los pies. Cada ejercicio desnudaba la creciente desconexión entre mi cerebro y mis extremidades, exponiendo una debilidad que me costaba asimilar.

El veredicto final se dictó en el Sanatorio Mater Dei por el neurólogo Gastón Gabrioto, un profesional muy joven cuya mirada seria reflejaba la gravedad de la situación. Sin rodeos, me miró a los ojos y pronunció la palabra que cambiaría mi destino para siempre: tenía Parkinson. Aquella noticia cayó sobre mí con la fuerza devastadora de una bomba emocional, destruyendo la imagen de hombre invencible que había construido durante años. A pesar de la juventud del médico, acepté su palabra sin dudar, guiado por mi naturaleza de confiar en las personas, aunque salí de allí sintiendo que el suelo se desmoronaba.

La confirmación médica desató una tormenta de incertidumbre. Aunque sospechaba de la gravedad de mi estado, siempre albergué la secreta esperanza de que se tratara de un simple "temblor esencial", una afección menos grave. Al disiparse esa ilusión, experimenté una profunda sensación de vacío y pérdida de vitalidad. Mi respuesta inmediata fue buscar refugio en el aislamiento; decidí mantener el diagnóstico en secreto y me hundí en una severa depresión de casi dos meses. Fue una etapa de oscuridad absoluta, donde la parálisis de la voluntad resultaba mucho más dolorosa que cualquier rigidez física.

Durante aquellos meses de sombra, levantarme de la cama cada

mañana representaba una batalla monumental contra mi propio desánimo. Para forzarme a reaccionar, sumergía la cabeza en agua helada mientras me repetía la consigna de que debía salir adelante. El peor aspecto de este proceso era la dualidad de librar una guerra interna mientras fingía una absoluta normalidad ante la sociedad. Actuaba como si nada ocurriera, manteniendo la disciplina de ir al gimnasio por las mañanas para ocultar mi estado, esforzándome por levantar pesas y moverme con normalidad ante las miradas de los demás.

Comprendí que para salir de ese pozo necesitaba ayuda, por lo que decidí omitir la terapia psicológica tradicional y acudir directamente a un psiquiatra. Le expuse mi situación con absoluta claridad: necesitaba estabilizar mi mente para poder dar pelea. Inicié un tratamiento farmacológico con antidepresivos durante dos meses que me permitió disipar las nieblas de la depresión. Nunca experimenté pensamientos desesperados sobre rendirme; mi esencia luchadora se impuso y terminé asumiendo la enfermedad no como una condena de muerte, sino como un desafío personal que estaba completamente decidido a enfrentar con valentía y carácter.

Como hombre sumamente estructurado y planificador, rasgos muy míos, entendí que no podía permitirme el lujo de la autocompasión. Ante la urgencia de seguir generando recursos para subsistir y cumplir con mis deberes, decidí adoptar una postura estratégica: me "amigué" con la enfermedad, convirtiéndola en una compañera a la que debía comprender para adaptarme. Rechazo tajantemente el papel de víctima y no permito que mi entorno me trate como tal. Prefiero mantener una mentalidad proactiva y orientada al optimismo, proyectando mis metas con entusiasmo y convicción, demostrando el alma de emprendedor nato que siempre me ha definido.

En el plano afectivo, mi carácter solitario me llevó a procesar esta

transición de manera interna. Mi familia de origen, a excepción de mi pareja y mis hijos, no representó un apoyo en este proceso, lo que me obligó a buscar las fuerzas dentro de mí mismo. En el hogar, la convivencia con mi pareja, Carolina, presenta complejidades cotidianas; sin embargo, siempre nos apoyamos mutuamente. Mis hijos, Felicitas y Francisco, han sido mis verdaderos faros. Por ellos tres, me obligo a mantenerme firme, demostrando que la grandeza de una vida no se define por las limitaciones físicas.

La enfermedad, no obstante, sigue avanzando de forma silenciosa. Aunque conservo una marcha estable que pasa desapercibida en la calle, el deterioro físico es innegable en comparación con el año anterior, cuando aún no sentía la enfermedad. Actualmente, hay días en los que sufro de rigidez severa en una pierna que me impide caminar temporalmente dentro de mi propia casa. El síntoma que más me afecta a nivel emocional es la pérdida de la fluidez verbal y la presencia de una voz entrecortada. Yo, que siempre me consideré una persona con gran capacidad de oratoria, sufro el tránsito hacia el silencio, pero trabajo diariamente en su aceptación.

A pesar de la dificultad que supuso aceptar esta limitación en el habla, enfoco mis esfuerzos en preservar intacta mi capacidad cognitiva. Actualmente, me encuentro a la expectativa de ajustes en mi medicación, confiando en que el uso de dopamina me ayude a combatir la rigidez y a recuperar la movilidad perdida. El Parkinson intentó imponer su ley sobre mi cuerpo, pero se topó con una mente que se niega a rendirse. No acepté esta palabra como un final, sino como el inicio de una etapa de resistencia. Mientras mi mente funcione, sé que encontraré la manera de hacer que mi cuerpo la acompañe, manteniendo encendida la llama de la esperanza.

Esta transición hacia el silencio me obliga a redefinir la forma en que me comunico. No es un silencio de resignación, sino un espacio de

observación paciente. A menudo, mi mente corre a gran velocidad, concibiendo ideas y estructurando planes, mientras mi voz se toma su propio tiempo para intentar alcanzarlas. Aprender a convivir con este desfase ha sido un ejercicio de paciencia monumental, pero también un recordatorio de que mi fortaleza reside en mis convicciones. Sabiendo que la verdadera esencia de un hombre no se desvanece por la rigidez de sus extremidades, mi mirada sigue siendo clara y mi carácter, indestructible. No permitiré que esta condición defina los límites de mi vida; mi historia la escribo yo con cada decisión de seguir adelante.

La rabia puede mover montañas

Siempre fui un hombre definido por el movimiento. Antes de que el destino barajara de nuevo las cartas de mi vida, mi cuerpo era un templo de agilidad, una máquina perfectamente afinada que pesaba cincuenta y nueve kilos y no conocía límites. Me entrenaba con la ferocidad de quien encuentra su libertad en el asfalto y el viento; completé diez exigentes pruebas de Ironman, cruzando la meta de forma consistente por debajo de las diez horas, una marca de élite que me situaba con orgullo en el *top* diez o doce de mi categoría a nivel internacional. Mi vida transcurría a un ritmo vertiginoso, devorando kilómetros y sintiendo que la resistencia física era un recurso inagotable. Sin embargo, en junio de 2017, ese santuario de certezas se desmoronó de golpe con una palabra que cayó sobre mí como un yunque de plomo: párkinson.

Al recibir el diagnóstico médico, el mundo pareció detenerse en un silencio espeso. La noticia no me causó una tristeza pasiva o una resignación silenciosa, sino una frustración sorda, feroz y punzante que me quemaba el pecho. Lo que más me dolió, lo que verdaderamente rebeló mi espíritu, fue el presagio de la inminente pérdida de la agilidad física que me definía. Sentí lo que hoy identifico como la «*rabia del movimiento*»: un enojo visceral dirigido no hacia las personas ni hacia el destino, sino hacia mi propio cuerpo, que de

pronto amenazaba con traicionarme. No podía concebir que el mismo organismo que había resistido las pruebas atléticas más brutales ahora se resistiera a obedecer mis órdenes cotidianas más sencillas. Esa rabia, sin embargo, se convirtió rápidamente en un combustible de una potencia insospechada. Sabía perfectamente que tenía dos opciones claras: dejarme consumir por la derrota, o transformar esa impotencia en un grito de guerra indomable. Decidí rebelarme activamente contra el veredicto médico.

Apenas tres meses después del diagnóstico, a finales de agosto de 2017, decidí poner a prueba mis límites de una manera que muchos consideraron una auténtica locura. Me inscribí en la mítica carrera Génesis Inka en Perú, un desafío de ultraciclismo de dimensiones sobrehumanas: mil seiscientos kilómetros de recorrido extremo a más de cinco mil metros de altura sobre el nivel del mar, pedaleando entre picos nevados y durmiendo a la intemperie bajo cielos gélidos. Éramos sesenta intrépidos ciclistas en la línea de salida, cincuenta y cinco de ellos expertos corredores europeos y apenas un puñado de sudamericanos dispuestos a desafiar el abismo andino. Las condiciones eran absolutamente hostiles, la falta de oxígeno quemaba los pulmones a cada pedalada y el cansancio acumulado jugaba trucos crueles a la mente. Pero cada vez que el dolor se hacía insoportable y sentía el impulso de bajar los brazos en medio de la inmensidad de la puna, el recuerdo de mi diagnóstico aparecía y esa rabia contenida volvía a encender mis músculos.

De los sesenta valientes que iniciamos aquella odisea andina, solo doce logramos completar el trayecto. Yo fui el duodécimo en cruzar la meta tras nueve días de pedaleo ininterrumpido. Aunque superé por un día el estricto límite oficial establecido por el organizador, aquella llegada representó para mí una victoria absoluta, un testimonio innegable de que mi espíritu seguía intacto y fuerte. En ese instante de agotamiento sublime, comprendí una

verdad fundamental que se convertiría en el gran lema de mi existencia: «*Si la mente funciona, el cuerpo acompaña*». La mente tiene un poder superior e inevitable sobre la materia física; si la voluntad es firme y el deseo es ardiente, la carne no tiene más remedio que seguir adelante. Mi cuerpo me había desafiado con limitaciones, pero mi mente le había ganado la primera gran batalla en el techo del mundo.

Esa epopeya en los Andes peruanos marcó mi transición definitiva de la tristeza a la rebeldía consciente. Me di cuenta de que soy un hombre cabeza dura, un guerrero terco que, cuando se propone una meta, no se detiene hasta alcanzarla, aceptando que no siempre se llega a todas las cimas, pero que el valor real radica en intentarlo con todas las fuerzas. Entendí también que debía adaptar mi vida y mi faceta profesional a esta nueva realidad biológica. No podía quedarme estancado esperando un milagro pasivo; mi espíritu emprendedor me impulsó a canalizar toda esa energía en la creación de proyectos de ultraciclismo. Así nació Patagonia Ultra Bike, un proyecto en el que me convertí en diseñador de rutas complejas mediante GPS y organizador de competencias extremas, demostrando que de los grandes problemas siempre nacen las mejores soluciones de negocio.

Hoy en día, organizo cuatro grandes carreras al año en Argentina: una en San Luis, otra en Salta-Jujuy, una tercera en la Patagonia Norte y la última en los confines de la Patagonia Sur extrema. Diseñar estas rutas y guiar a otros ciclistas a través de los paisajes más imponentes del país me devolvió la sensación de control y de libertad que la enfermedad pretendía arrebatarme. Aunque hoy en día sufro de manera severa la lentitud y la falta de fluidez en mis movimientos, y a veces busco el aislamiento para no compartir los momentos más difíciles de mi falta de motricidad, sigo pedaleando con la misma determinación inquebrantable. La rabia que sentí

aquel junio de 2017 no me destruyó; la convertí en la fuerza motriz que me permite, día tras día, mover mis propias montañas.

Nueva York apareció en mi cabeza

Aceptar que el propio cuerpo, aquel que alguna vez fue un templo de agilidad y resistencia indomable, de pronto comience a desobedecer tus órdenes es un proceso devastador que desgarrar la identidad. Tras mi participación en la carrera Norcate en 2022, mi realidad dio un vuelco irreversible; de la noche a la mañana, el diagnóstico de Parkinson pasó a formar parte de mi identidad pública. La sociedad comenzó a verme como «el hombre con Parkinson que supera la adversidad». Aunque este reconocimiento era una muestra de afecto, sentía que no podía limitarme a ser receptor pasivo de compasión. Sabía que debía volcar mis fuerzas hacia algo trascendental, algo que ayudara de manera práctica y directa a la comunidad que convivía diariamente con este diagnóstico.

Por esta razón, tomé la firme determinación de fundar una asociación sin fines de lucro que sirviera como un faro de acción. El camino estuvo plagado de obstáculos burocráticos y complejidades impositivas que me desgastaron a lo largo de dos años de batallar. Sin embargo, mi espíritu emprendedor jamás contempló dar marcha atrás y, en el año 2024, logré constituir formalmente INDEPAR. A través de ella, consolidamos un espacio de apoyo mutuo y establecimos una estrecha colaboración científica con el prestigioso Instituto Leloir, trabajando con el investigador Fernando

Pitossi en proyectos de tratamiento con células madre. Sentía que estábamos abriendo caminos reales hacia el futuro.

A pesar de este gran avance, el verdadero detonante de mi mayor locura ocurrió a comienzos de 2025. Con el propósito de visibilizar la enfermedad, planifiqué una caminata benéfica de dos kilómetros en los bosques de Palermo, en Buenos Aires. Conseguí el apoyo promocional de destacadas figuras del deporte argentino, medallistas de oro y leyendas de la talla de Gabriela Sabatini, José Meolans y Juan Curuchet, quienes grabaron videos muy conmovedores invitando a la ciudadanía a sumarse. Tenía la certeza de que sería un éxito rotundo. No obstante, al llegar al punto de encuentro aquella mañana, la realidad me propinó un golpe helado: los senderos estaban vacíos; exceptuando a mis amigos más íntimos, casi nadie asistió.

La frustración y la rabia que experimenté en ese momento me oprimieron el pecho con una fuerza inusitada. Sentí una impotencia tan profunda que me dolió el alma. En medio de la desolación de Palermo, comprendí que las caminatas ordinarias ya no tenían el poder de despertar a una sociedad adormecida. El mundo ignoraba nuestro esfuerzo cotidiano. Decidí que, si quería llamar verdaderamente la atención del planeta, debía emprender un desafío de dimensiones tan brutales que rompiera por completo la imagen del tipo simple y demostrara que era capaz de alcanzar lo imposible. Aquel fracaso aparente se convirtió en la chispa que encendió un fuego indomable en mi interior.

La idea de este viaje nació de la manera más imprevista imaginable. Al no poseer un automóvil, realizaba todos mis traslados en bicicleta. A mediados de abril de 2025, regresaba pedaleando a casa tras visitar a mi pareja, Carolina, en su hogar en Ingeniero Maschwitz, lo que implicaba un

trayecto de cincuenta kilómetros bajo el cielo crepuscular. Mientras la brisa fresca azotaba mi rostro y mis piernas mantenían un ritmo constante de rotación sobre los pedales, mi mente comenzó a divagar en el silencio. Miré fijamente el manubrio de mi fiel bicicleta y, en una epifanía tan súbita como arrolladora, tomé una decisión radical: *viajaría pedaleando hasta Nueva York*. Mi destino sagrado sería conocer personalmente al actor Michael J. Fox, el gran referente mundial en esta lucha.

La descabellada propuesta se instaló en mi cabeza como una obsesión hermosa. Durante la segunda semana de abril, pasé horas interminables en mi casa frente a la computadora, deslizando el cursor sobre la pantalla de Google Maps para trazar de manera preliminar aquella inmensa ruta continental. Estudié mapas, relieves, pasos fronterizos y climas; estimé que el viaje me tomaría entre setenta y noventa días de esfuerzo ininterrumpido. Para evitar que las opiniones ajenas y los miedos bienintencionados debilitaran mi determinación, decidí fijar la fecha de partida para el 1 de junio, sin consultar con nadie. El viaje real me demandaría, a la postre, la asombrosa cifra de ochenta y tres días de pedaleo efectivo cruzando América.

En esta planificación solitaria, tomé la drástica determinación de no informar absolutamente nada a mis médicos de cabecera. Sabía perfectamente que, desde su perspectiva clínica, me pondrían innumerables límites y prohibiciones que solo contaminarían mi espíritu con pensamientos limitantes. No deseaba escuchar que era médicamente inviable; prefería confiar en la soberanía de mi propia voluntad. En su lugar, de manera silenciosa, me dediqué a organizar una inmensa dotación de medicamentos específicos que me permitieran regular mis síntomas físicos a lo largo de las miles de leguas que me aguardaban. Estaba convencido de que, si la mente funciona y mantiene el control, el cuerpo no tiene más remedio que

acompañar.

Todos pensaron que estaba loco

*L*a idea de este viaje monumental no nació en la paz, sino de una profunda frustración que logré transformar en fuego. Tras mi diagnóstico de párkinson, organicé un evento en un parque para visibilizar la causa, pero casi nadie asistió. Al contemplar ese vacío, decidí que para sacudir al mundo debía hacer algo brutal. En la autopista Panamericana me llegó la revelación: uniría Buenos Aires con Nueva York en bicicleta; catorce mil kilómetros de desafío en solitario. Un plan madurado en silencio, sabiendo que mi pedaleo constante debía convertirse en un grito de esperanza para millones de personas.

La primera persona a la que le confíé este delirio fue a Carolina, mi pareja. Al escucharme, cerró los ojos y guardó un largo silencio; medía el impacto de semejante bomba en su mente. Ella sabía que intentar frenarme era inútil, pues cuando tomo una decisión, mi compromiso es absoluto. Al abrir los ojos, me ofreció su apoyo incondicional. Sabía que el trayecto sería extremadamente largo, peligroso y hostil, pero respetó mi profunda necesidad de no dejarme vencer. Ese abrazo fue la mayor muestra de amor en el umbral de mi partida.

Compartí el plan con mis amigos cercanos: Paulo, Daniela, Carlos, Germán y el querido “Maxicleta”. Todos abrieron los ojos con asombro,

pero conociendo mi temperamento indomable y mi pasado como atleta que completó diez exigentes pruebas de *Ironman*, terminaron por aceptar la idea. Sabían que antes del diagnóstico yo corría el Ironman en diez horas y que, apenas dos meses después de recibir la noticia en 2017, ya estaba completando una carrera de 1,600 kilómetros en Perú. Entendían que detrás de la aparente locura latía el impulso de un guerrero que se niega a rendirse.

Decidí no decir nada a mis médicos para blindar mi mente de advertencias científicas o pensamientos limitantes. No quería escuchar pronósticos desalentadores sobre la pérdida de agilidad de mi cuerpo. En la intimidad de mis pensamientos, convivía con un temor silencioso pero profundo: que mi párkinson fuera sumamente invasivo y me inutilizara por completo mucho antes de lo previsto. Sentía el miedo constante de que mi vida útil, o incluso mi propia existencia, pudiera acabar antes de tiempo. Esa angustia se transformó en una premura incontenible. Necesitaba moverme ya, desafiar al destino antes de que el cuerpo me lo impidiera. Estaba convencido de que si la mente funciona, el cuerpo acompaña; el movimiento continuo sería mi propia terapia para retrasar los síntomas de la enfermedad.

Cada intento de frenarme me daba más rebeldía; cuando me prevenían del peligro, yo escuchaba un estimulante «*¡mejor!*», pues mi mensaje resonaría con más fuerza. Quería emular la histórica travesía de 1930 de Gato y Mancha, los dos caballos criollos que viajaron desde Argentina hasta Nueva York, demostrando que con un estilo de vida minimalista y desapegado de los lujos se pueden alcanzar las metas consideradas imposibles por el común de la gente.

Entendía el temor de mi familia, pero en mis circunstancias no había tiempo que perder. Esa urgencia que me devoraba por dentro no era un capricho; por más descabellado o suicida que les pareciera a los demás, para

mí este viaje era una cuestión de vida o muerte. Tenía la misión urgente de gritarle al mundo sobre el párkinson, apoyar la investigación de células madre del doctor Fernando Pitossi a través de la fundación INDEPAR y estrechar la mano de la Fundación Michael J. Fox al llegar a nuestro destino. Todos pensaron que estaba loco, pero mi única locura fue negarme a ser una víctima pasiva del destino y elegir, en su lugar, pedalear por la vida.

Buenos Aires quedó atrás

El diagnóstico de párkinson irrumpió en mi realidad como un mazazo silencioso pero devastador, amenazando con demoler el único templo que siempre había considerado verdaderamente mío: mi cuerpo. Para un hombre inquieto, deportista, atlético y celoso custodio de su propia independencia, la simple perspectiva de perder la agilidad de mis miembros y quedar a merced de una rigidez implacable era un destino inaceptable. Sentirse vulnerable es una experiencia que contradice mi temperamento. Por eso, cuando el miedo intentó paralizarme, decidí mirarlo directamente a los ojos y transformarlo en un desafío absoluto, aferrándome a una máxima que se convirtió en mi faro: *“Si la mente funciona, el cuerpo acompaña”*. Mientras uno respira, hay vida, y mientras haya vida, hay una batalla que librar.

Así, el 1 de junio de 2025, bajo un cielo plomizo y una cruda temperatura invernal de apenas 6°C, inicié mi travesía desde Buenos Aires. Partí de manera silenciosa, compartiendo mi decisión únicamente con mi entorno íntimo para evitar distracciones. La primera jornada fue un bautismo de fuego devastador: recorrí ciento cuarenta extenuantes kilómetros hasta la localidad de Varadero. Al caer la noche, exhausto y con el frío calando hondo en mis articulaciones, la dureza de la ruta se hizo presente cuando el encargado de una estación de servicio me negó con desdén el

permiso para acampar en el lugar. Sin otra opción, arrastré mi bicicleta detrás de un árbol cercano y, oculto en la oscuridad, levanté mi pequeña carpa para guarecerme de las heladas ráfagas del viento pampeano. Aquella primera noche, temblando bajo el abrigo y rodeado por la hostilidad del clima, comprendí que este viaje no perdonaría debilidades, pero mi determinación de continuar permaneció intacta.

Al segundo día de marcha, tras alcanzar la localidad de San Jerónimo en la provincia de Santa Fe y acumular algo más de doscientos kilómetros en las piernas, mi cuerpo comenzó a resentir el esfuerzo. El culpable de mi fatiga era un pesado carrito de carga que remolcaba con ropa, víveres, herramientas y una antena Starlink. Aquel peso muerto limitaba mi velocidad de avance a unos agónicos diecisiete kilómetros por hora y amenazaba con destruir mis rodillas. En un arranque de sensatez y desapego absoluto, tomé una decisión drástica que de inmediato transformaría por completo el viaje: decidí desprenderme de casi todo. Dejé el carrito y la mayor parte del equipaje al cuidado de los empleados de una estación de servicio y continué únicamente con mi bolsa de dormir, dos mudas de ropa —una de invierno y otra de verano—, mis dispositivos de carga electrónica, un par de zapatillas extra y dos pares de medias. De inmediato, libre de ataduras materiales, mi velocidad promedio se elevó a veintitrés kilómetros por hora, y sentí que una profunda ligereza espiritual se apoderaba de mí.

La segunda noche en San Jerónimo se convirtió en un verdadero punto de inflexión humano. Tras ser rechazado nuevamente para acampar en una estación abandonada, busqué refugio en una modesta pulpería del pueblo. En su interior, el aire estaba impregnado de nostalgia; un grupo de paisanos de manos curtidas jugaba al truco mientras bebían ginebra. Al verme entrar con mi indumentaria de ciclista, mi barba canosa y mi tez clara, me llamaron

cariñosamente "gringo" y me interrogaron sobre mi procedencia. Para evitar su escepticismo, omití los catorce mil kilómetros que me separaban de Nueva York y solo mencione que venía pedaleando desde Buenos Aires. Mientras devoraba un "carlitos" —ese delicioso sándwich tostado de jamón, queso y ketchup típico de la región—, la cocinera del bar me miró con fijeza e insistió con mirada inquisitiva: "*¿Y a dónde vas, paisano?*". Al revelar finalmente mi destino, un silencio de asombro se apoderó de las mesas, roto providencialmente por la inesperada entrada del periodista local al establecimiento, quien no tardó en interesarse por mi historia y publicarla en el diario local.

Aquella entrevista fortuita en la pulpería encendió una chispa que comenzó a propagarse de pueblo en pueblo de manera orgánica, tejiendo una maravillosa red de solidaridad que me acompañaría durante todo el trayecto por territorio argentino. Gracias a la difusión de mi historia, esa misma noche los bomberos voluntarios de la zona me abrieron sus puertas, ofreciéndome un techo cálido y seguro donde descansar. Comprendí entonces que ya no viajaba en soledad; las voces de aliento de miles de desconocidos empujaban mis pedales en la distancia, transformando mi causa personal en un mensaje de esperanza colectiva. Esta inquebrantable resiliencia no era nueva en mí; se había forjado en mis momentos más oscuros, como durante la histórica crisis argentina del año 2001, cuando me quedé sin ingresos y con una familia que mantener, y logré salir adelante convirtiendo mi amor por el deporte en un negocio propio. De las cenizas de la adversidad siempre he sabido rescatar mi versión más fuerte, la de un luchador que le pone el pecho a las balas y que jamás contempla la opción de rendirse.

La disciplina diaria del viaje se volvió sumamente estructurada bajo la

guía a la distancia de mi amigo Eric Martínez Iseux, miembro de la fundación Indepar, quien pacientemente utilizaba Google Maps para trazar y ajustar mis rutas cotidianas. Mi rutina consistía en pedalear entre ocho y diez horas diarias de forma constante, descansando apenas unas cuatro o cinco horas por noche. Curiosamente, este castigo físico constante provocó un asombroso milagro biológico: la regularidad del ejercicio hacía que los síntomas del párkinson disminuyeran notablemente durante el esfuerzo diario, demostrando de manera empírica que la mente puede someter a la biología si se mantiene enfocada en un propósito elevado. Esa misma fortaleza espiritual me permitió entablar una relación de profundo respeto con la naturaleza, como cuando, un poco más adelante, en mi trayecto por el desierto de Chile, me vi sorprendido por una violenta tormenta de arena; en lugar de luchar contra el viento, caminé setecientos metros tierra adentro buscando una duna baja que sirviera de trinchera, me cubrí con la arena y dormí plácidamente allí hasta el amanecer.

A medida que avanzaba hacia el norte, devorando kilómetros de asfalto y tierra, la magnitud de la hazaña empezó a calar hondo no solo en mí, sino en la opinión pública. La tímida nota periodística que nació en aquella pulpería de San Jerónimo se convirtió en un reguero de pólvora incontendible. Pronto, mi rostro cansado pero firme comenzó a aparecer en los principales medios de comunicación de mi país, desde las páginas de La Nación, Clarín y las pantallas de TN y Canal 13, hasta cruzar las fronteras de la mano de la cadena internacional CNN. Sentir el interés de la prensa y de quienes me seguían en redes sociales me llenaba de responsabilidad. No buscaba alimentar mi ego, sino dar voz a quienes lidian con una enfermedad que la sociedad a menudo prefiere no ver. Esta exposición me permitió gritar con fuerza mi mensaje y apoyar el incansable trabajo del doctor Fernando

Pitossi en su búsqueda de una cura real mediante células madre. Cada noche, en alguna de las incontables camas y lechos que me cobijaron rodeado de personas generosas, recordaba que mi marcha era también la de ellos. Mi hija Felicitas me enviaba su fuerza recordándome nuestro pacto de no rendirnos, y mi hijo Francisco me sostenía en silencio. Cada pedalada en la soledad de la ruta era una prueba de que la voluntad humana rediseña su destino.

Al alcanzar San José de Metán, en Salta, hice un alto bajo un cielo azul infinito junto al gran cartel colorido que celebraba la geografía local con tucanes, guitarras y bailarines folclóricos. Con mi casco blanco y celeste número 37, mis gafas, y mi jersey de Patagonia con el número 25, me sentí en comunión con el camino. Sujetando mi bicicleta Shimano de gravel con su compacta bolsa gris, miré atrás con orgullo. El asfalto recorrido era el testimonio de mi resistencia; Buenos Aires había quedado definitivamente atrás, y frente a mí se abría la inmensidad del continente, recordándome que mientras la mente mantenga su rumbo firme, el cuerpo no tiene más opción que acompañarla en su glorioso vuelo hacia la libertad.

Chile: el miedo viaja conmigo

*E*l viento helado golpeaba mi rostro con una fuerza descomunal, como si la cordillera andina misma intentara advertirme de la osadía de mi empresa. Crucé la frontera desde la provincia de Jujuy hacia Chile a través del imponente y hostil Paso de Jama, un gigante geográfico situado a más de 4.200 metros de altitud sobre el nivel del mar. Allí arriba, en la cima del mundo, las ráfagas heladas y las temperaturas extremas que rondaban los diez grados bajo cero no solo calaban los huesos, sino que amenazaban con congelar mi propia determinación. Llegar a este punto limítrofe, un paraje inhóspito y desolado compuesto por apenas cuatro o cinco viviendas suspendidas en medio de la nada, me había tomado ocho días de pedaleo constante e implacable desde mi salida de Buenos Aires, cubriendo una distancia superior a los dos mil kilómetros. En ese instante de soledad absoluta, rodeado por una inmensidad blanca y el aire enrarecido de la altura, comprendí que el miedo se había convertido en mi compañero de viaje más fiel, una sombra invisible pero sumamente perceptible que marchaba al compás de mis piernas fatigadas.

El miedo que sentía no era simplemente el temor común a la fatiga o al fracaso de un ciclista convencional. Era una angustia mucho más profunda, un eco constante de la traición silenciosa de mi propio cuerpo. Yo, que había

sido un atleta disciplinado, un hombre de apenas cincuenta y nueve kilos de peso que completó diez exigentes competencias de Iron Man, me encontraba ahora batallando contra el diagnóstico devastador del párkinson. Pasar de la agilidad absoluta y la autosuficiencia física a la incertidumbre diaria de no saber si mi cuerpo respondería al siguiente pedalazo fue un golpe demoledor. En la inmensidad del Paso de Jama, el frío extremo actuaba como un implacable amplificador de los síntomas; mis músculos se tensaban con una rigidez dolorosa y mis manos, entumecidas, se aferraban al manubrio con una desesperada terquedad. Sin embargo, en medio de la tormenta interna, me repetía a mí mismo una frase que con el tiempo se convirtió en mi ley de vida: *«Si la mente funciona, el cuerpo acompaña»*. No había espacio para la rendición; si la mente mantenía el control, los músculos tendrían que obedecer.

Tras superar la rigurosa prueba de la altura y el frío extremo, inicié el descenso hacia tierras chilenas. La primera noche la pasé bajo el imponente manto estrellado de San Pedro de Atacama, un desierto místico que parecía respirar paz y misterio a partes iguales, antes de emprender camino hacia Calama al día siguiente. Este tramo me permitió observar con claridad los notables contrastes que definen la infraestructura vial de nuestro continente. Debo reconocer que la Argentina posee una infraestructura vial superior a la de buena parte de Sudamérica y Centroamérica. Aunque los Estados Unidos presumen de autopistas perfectas, estas se encuentran diseñadas casi exclusivamente para la velocidad de los automóviles, marginando al ciclista a una situación de riesgo constante. En contraposición, Chile me recibió con una infraestructura vial ejemplar, fruto de una notable inversión en obra pública, ofreciendo rutas amables y cuidadas que, a pesar de las pendientes, hacían del viaje una experiencia de rodaje mucho más fluida y segura.

A medida que avanzaba por territorio chileno, el viaje comenzó a transformarse en un fenómeno mediático que superó con creces cualquier expectativa que hubiese albergado en solitario. A través de mis redes sociales, realizaba transmisiones frecuentes con el único propósito de mantener una conexión viva con aquellos que me acompañaban en la distancia. Mi frase recurrente en cada transmisión era tan simple como vital: *«Estoy vivo»*. Esas palabras se convirtieron en mi sello de identidad y en una dosis de tranquilidad diaria para mi pareja, Carolina, para mis hijos, Felicitas y Francisco, y para los incontables seguidores que se sumaban a la travesía. Además, para garantizar la transparencia absoluta de mi hazaña y despejar cualquier duda, el recorrido quedaba registrado sin margen de error mediante un dispositivo GPS público que transmitía mi ubicación en tiempo real. Este sistema científico validaba mis velocidades, paradas y confirmaba de forma irrefutable que cada kilómetro ganado al mapa se realizaba puramente con la fuerza de mis piernas, descartando cualquier tipo de asistencia vehicular o traslados falsos.

Resulta asombroso recordar que este inmenso impacto mediático y comunitario no se originó en las grandes capitales ni en las principales cadenas de televisión, sino en la calidez de un pequeño pueblo de apenas dos mil habitantes llamado San Jerónimo. Allí, un único periodista de carácter local me había concedido mi primera entrevista formal en una modesta pulpería antes de iniciar la travesía. Aquella pequeña y entrañable comunidad adoptó mi viaje como propio, siguiendo con devoción mi progreso a lo largo de los tres meses que duró el periplo. La conexión emocional fue tan intensa que, cuando finalmente logré alcanzar la meta soñada en la ciudad de Nueva York, los habitantes de San Jerónimo se reunieron para celebrar un asado en mi honor, enviándome un emotivo video que guardo como uno de los

tesoros más preciados de esta aventura.

La travesía estuvo marcada por una constante contradicción existencial y material, una verdadera antítesis que se convirtió en la dinámica habitual de mi día a día en la ruta. En cuestión de horas, pasaba de experimentar la vulnerabilidad más absoluta de dormir a la intemperie, con el frío del desierto calando mis articulaciones fatigadas por la enfermedad, a disfrutar del confort y los agasajos más inesperados gracias a la inmensa solidaridad humana. Al llegar a Calama, con el cuerpo resentido y la fatiga acumulada, un generoso organizador de eventos deportivos local me obsequió una estancia en un hotel de cinco estrellas y me facilitó entrevistas con la prensa local. De igual manera, el organizador de la tradicional carrera de ultraciclismo Tacama Sprint se contactó conmigo de forma completamente altruista para ofrecerme su valioso apoyo, costeándome otra noche de hospedaje de lujo donde recibí un trato excepcional que me devolvió las fuerzas físicas y el aliento moral para continuar.

Tras dejar atrás el oasis de hospitalidad de Calama, continué mi avance inexorable hacia el norte extremo de Chile, pasando por la ciudad costera de Arica antes de encarar el cruce fronterizo hacia la ciudad peruana de Tacna. Esta etapa estuvo marcada por el desafío del pedaleo nocturno, una experiencia que exige una concentración mental absoluta. Avanzar en la oscuridad total por carreteras desconocidas, guiándome únicamente por la luz de mi faro delantero y la certeza de los mapas digitales, me sumergía en un silencio sepulcral donde el único sonido era el rodar rítmico de mis neumáticos sobre el asfalto. El miedo seguía allí, viajando conmigo en la penumbra, pero ya no como un paralizante, sino como un recordatorio constante de mi propia resistencia.

Este cambio geográfico trajo aparejado también un profundo choque

cultural y gastronómico que evidenció las ricas diferencias de nuestro continente. Al dejar atrás la marcada influencia europea de la mesa argentina, caracterizada por la abundancia de carnes y pastas, la alimentación en Chile, Perú y Colombia adoptó un carácter mucho más autóctono, con una profunda raíz indígena ligada a los productos de la tierra. Mi sustento diario se redujo de manera casi invariable a la fórmula tradicional de «el almuerzo»: una sopa caliente de entrada que servía para templar el cuerpo, seguida de un plato de pollo con arroz. Esta comida sencilla, preparada con el cariño de los lugareños en modestos comedores de carretera, se convirtió en mi combustible diario y en el símbolo de un continente que me alimentaba no solo físicamente, sino también con su inmensa generosidad.

Cruzar Chile me demostró que el miedo es un viajero inevitable cuando decidimos desafiar nuestros propios límites físicos y mentales. Sin embargo, también me enseñó que la debilidad percibida se desvanece cuando la voluntad se mantiene firme. En cada subida empinada, en cada noche silenciosa en el desierto, la certeza de estar enviando un mensaje de esperanza a todas las personas que conviven con el párkinson, y el apoyo incondicional de médicos comprometidos con la investigación como el doctor Fernando Pitossi, me daban el impulso definitivo para seguir adelante. El cuerpo podía flaquear, pero la mente continuaba liderando el camino con una fuerza inquebrantable, demostrando que ninguna travesía es del todo imposible cuando se pedalea con el corazón.

Perú: sobreviviendo al caos

*P*edalear por el territorio peruano fue adentrarme en un largo, provocador e intenso torbellino de contrastes. Desde el primer instante en que crucé la frontera, sentí que Perú se manifestaba ante mí con una fisonomía marcadamente diferente al resto de Sudamérica. Es un país de grietas profundas, con una fisonomía social donde el pulso diario late entre un fuerte arraigo machista y una paradoja económica casi incomprensible: mientras los números macroeconómicos brillan en los balances del hemisferio, el día a día se desenvuelve en una microeconomía caótica, desregulada, de una anarquía casi pura. No había transporte público regulado; en su lugar, una red informal de taxis improvisados se adueñaba de las pistas. A los costados de las rutas, el pedaleo constante se veía custodiado por montañas desbordadas de basura y el avistamiento de plagas de ratas que cruzaban veloces el asfalto. Sin embargo, en medio de ese escenario hostil, latía un espíritu indomable y una generosidad humana que me mantuvo a flote en los momentos más oscuros.

La ruta peruana me enseñó de inmediato que la velocidad era un concepto abstracto y poco práctico en estas tierras. El asfalto parecía un enorme y eterno pozo, un camino devastado y lleno de baches donde ganar ritmo era una utopía, especialmente en zonas críticas como Trujillo. En ese

terreno hostil, comprendí que el mantenimiento de mi bicicleta era tan crucial como el cuidado de mi propio cuerpo; de hecho, mi salud física y el estado de mi máquina eran una misma cosa. Ella era mi único medio de transporte, mi herramienta de lucha y mi boleto hacia el sueño de llegar a Nueva York para visibilizar el párkinson. Sorprendentemente, a pesar de las carreteras destrozadas, el destino fue benevolente y solo sufrí cuatro pinchazos y un único cambio de cubierta en todo el trayecto por el país. Esa misma falta de regulación estatal, que por momentos asustaba, me otorgaba también una libertad de movimiento absoluta, un lienzo salvaje donde yo decidía cómo y cuándo avanzar.

Pero la ruta no es un paseo pacífico y la naturaleza a veces reclama su territorio de forma violenta. Camino a la capital, viví un percance que todo ciclista teme, pero que en mi caso tomó un rumbo doloroso. Un perro callejero me salió al cruce. La teoría dice que los perros son territoriales, que cuidan un perímetro de unos doscientos metros y que si te detienes y los enfrentas, suelen retroceder. Sin embargo, aquel día, exhausto y con la adrenalina a flor de piel, decidí acelerar para ganarle el paso. Fue un error. El animal me alcanzó y me mordió con saña en el muslo y la pantorrilla, dejándome heridas sangrantes que tiñeron mi ropa de rojo. A tan solo sesenta kilómetros de Lima, con el peligro inminente de una infección grave, me vi obligado a tomar una decisión difícil: interrumpí el pedaleo, subí mi bicicleta a un colectivo y busqué atención médica urgente en la capital. A pesar de las alarmistas advertencias de los médicos sobre la rabia y las presiones para someterme a tratamientos agresivos, preferí confiar en mi propia intuición corporal. No me apliqué vacunas adicionales; decidí conservar esas cicatrices como marcas de batalla, recuerdos físicos de que el camino siempre exige su tributo de sangre.

El ingreso a Lima fue un asalto a los sentidos. El estrés acústico de las bocinas interminables y el tránsito desordenado de una metrópolis cosmopolita me envolvieron en una nube de vértigo. Sin embargo, la gran ciudad se convirtió en un hito logístico y emocional inigualable. Detrás de escena, el rol de Eric, el coordinador de mi travesía, fue monumental; él siempre iba varios pasos adelante, gestionando agendas y tejiendo la red que me sostenía. Gracias al contacto facilitado por mis entrañables amigos del *Club Ocampo*, fui recibido con honores en la Embajada Argentina por el embajador Samuel Ortiz Basualdo. El embajador convocó a la prensa, y de repente, mi causa tuvo el altavoz que tanto necesitaba. Frente a las cámaras y los medios de comunicación, pude presentarme tal como soy: Alejandro Cárcano, un ex-triatleta de cincuenta y siete años diagnosticado con la enfermedad de Parkinson, fundador de INDEPAR Argentina (Instituto de Parkinson Argentina). Expliqué al público que mi pedaleo desde Buenos Aires no era un capricho personal, sino un grito de auxilio y concientización para impulsar los estudios con células madre del prestigioso doctor Fernando Pitossi en el *Instituto Leloir*, y que no me detendría hasta llegar a Nueva York para retratarme con Michael J. Fox, el gran faro de nuestra lucha global.

El impacto mediático de mi llegada a Lima atrajo la atención de un influyente empresario peruano que también convivía con el párkinson. Con una solidaridad conmovida, me ofreció alojamiento en su imponente residencia del exclusivo barrio de Miraflores. Compartimos no solo rodadas en bicicleta por los acantilados de la ciudad, sino también confidencias profundas sobre el avance de nuestra dolencia común. Él vivía obsesionado con la asepsia y el control absoluto de su entorno; recuerdo vivamente cómo me señalaba con angustia las bacterias de mi propia boca tras mis largas

jornadas de polvo y ruta. La noticia de su fallecimiento, ocurrida apenas tres meses antes de plasmar estas líneas, me golpeó con fuerza y desató en mí una profunda reflexión filosófica. Aquel hombre, que disponía de todos los recursos imaginables, vivió limitado por el miedo y el control riguroso de su biología, y aun así la muerte lo alcanzó. Eso reafirmó mi propia filosofía de vida: sé que el final es inevitable para todos, pero yo elijo vivir con libertad, asumiendo los riesgos del camino, antes que marchitarme bajo el amparo de pautas restrictivas que asfixian el alma.

Tras treinta y un días de un pedaleo implacable, alcancé la frontera norte en Tumbes a altas horas de la madrugada, cerca de las tres. Con el sello de salida de Perú ya estampado en mi pasaporte, choqué de frente contra un muro burocrático inesperado: las autoridades de Ecuador me negaron el ingreso por no portar la cartilla de vacunación contra la fiebre amarilla, un requisito exigido para quienes ingresan desde territorio peruano del cual nunca fui advertido en Argentina. La policía me escoltó de regreso a territorio peruano. Se me impuso una cuarentena obligatoria de diez días en el puesto fronterizo, donde finalmente recibí la vacuna. Aunque muchos me sugerían buscar atajos informales, decidí realizar todo el trámite bajo la más estricta legalidad; no podía permitir que un error administrativo comprometiera la legitimidad y el mensaje de mi travesía.

Aunque los agentes fronterizos me ofrecieron dejarme pasar y hacer de la vista gorda, yo preferí viajar con todos mis documentos en regla para evitar posibles percances futuros en otros cruces fronterizos, sin embargo, cruzar de un país a otro no era muy estricto e hice mi cuarentena de los dos lados de la frontera.

Esos diez días de aislamiento forzado en la frontera, rodeado de un entorno que percibía sumamente ajeno y aborígen, en la localidad de

Huaquillas, fueron una de las pruebas psicológicas y físicas más devastadoras del viaje. Para alguien como yo, cuya medicina diaria es el movimiento continuo y el viento golpeando el rostro, la inactividad prolongada fue catastrófica. Sin el estímulo del pedaleo, el párkinson recuperó terreno con una ferocidad inusitada. Cuando llegó el momento de volver a subirme a la bicicleta, descubrí con horror que mi cuerpo estaba rígido como una pared, sumamente duro e incapaz de responder con la agilidad de antes. Fue como empezar de cero, un reinicio doloroso y frustrante donde cada kilómetro requería un esfuerzo sobrehumano. No obstante, en medio de esa vulnerabilidad extrema, la belleza humana volvió a florecer: la repercusión de mi viaje conmovió a los habitantes locales y una joven ecuatoriana me compuso una canción que se convirtió en un himno de aliento para mi regreso. Con el cuerpo entumecido pero el espíritu encendido por el afecto de extraños que ya sentía como hermanos, volví a empujar los pedales hacia el norte, convencido de que si la mente funciona, el cuerpo, tarde o temprano, acompaña.

El traqueteo incesante sobre el suelo peruano no solo desgastaba el metal de mi bicicleta, sino que sometía a mi sistema nervioso a una vibración constante y demoledora. Para una persona que convive con el párkinson, cada bache imprevisto es una sacudida que reverbera directamente en la columna, desatando espasmos de tensión que agotan la energía física. Había jornadas en las que el dolor de espalda se volvía insoportable y la rigidez de mis manos sobre el manubrio me obligaba a detenerme a la vera del camino, respirando hondo bajo el sol abrasador para intentar calmar las contracciones involuntarias. En esos momentos de soledad absoluta, contemplando los desiertos de arena del norte peruano, me enfrentaba cara a cara con mis propios fantasmas. Sentía que el desorden exterior del paisaje

reflejaba de algún modo la tormenta química que ocurría dentro de mi cerebro. Sin embargo, limpiar la cadena, ajustar los frenos y verificar la presión de las cubiertas se convirtieron en rituales sagrados de supervivencia. Si mi máquina resistía la anarquía del terreno, mi mente se obligaba a hacer lo propio, transformando cada bache superado en una pequeña victoria sobre la enfermedad que pretendía detenerme.

La humillación de tener que abandonar la ruta temporalmente tras el ataque del perro fue un golpe devastador para mi orgullo de atleta. Vernos obligados, mi bicicleta y yo, a viajar en el interior de un transporte colectivo ruidoso, supuso una lección de humildad extrema. Las miradas de los pasajeros se fijaban en mis piernas heridas y en mi semblante fatigado; en ese cubículo estrecho, desprovisto de la libertad que me otorgaba el pedaleo, me sentí verdaderamente frágil. El dolor punzante en la pantorrilla no era lo único que me atormentaba; lo que más me dolía era la interrupción del ritmo que con tanto esfuerzo había construido desde mi salida de Buenos Aires. El miedo a una infección bacteriana que pudiera arruinar el viaje por completo me obligó a confrontar mis propias limitaciones biológicas. En la capital, mientras los médicos de urgencia insistían en protocolos invasivos, me mantuve firme en mi decisión de escuchar únicamente a mi propio cuerpo, ese que conozco de memoria tras años de competiciones extremas. Mis cicatrices no son meras imperfecciones de la piel; son las marcas de una tregua firmada con la adversidad en el asfalto limeño.

La parálisis de diez días en la frontera de Huaquillas representó, sin duda, la prueba de resistencia mental más dura de toda la travesía. Para un cuerpo habituado a la exigencia del ultraciclismo, la inactividad forzada en aquel rincón fronterizo fue un veneno silencioso. Sin el pedaleo diario que actúa como un regulador natural de mis síntomas, la química de mi cerebro

pareció desmoronarse. El párkinson aprovechó la quietud para manifestarse con toda su crudeza: mis extremidades se volvieron pesadas, la temida rigidez me aprisionó como una armadura de hierro invisible y las tareas más sencillas se convirtieron en batallas monumentales. Pasaba las horas contemplando el movimiento caótico de la frontera, sintiéndome como un náufrago atrapado en la orilla del río. Fue la calidez de los habitantes locales la que me salvó del abismo emocional; ver que mi esfuerzo inspiraba a personas tan sencillas, hasta el punto de componer una melodía que celebraba mi paso, me devolvió el combustible espiritual. Al retomar la marcha con el cuerpo sumamente rígido, cada revolución de los pedales fue un acto de pura rebelión, demostrando que la voluntad puede doblegar la inercia de una biología traicionera.

Ecuador: volver a levantarme

Tras los amargos diez días de inactividad forzada en la frontera con Perú por culpa de un trámite de vacunación imprevisto, sentí que mi cuerpo se apagaba progresivamente. El párkinson no da tregua y aprovecha la quietud para ganar terreno; la rigidez comenzó a manifestarse de nuevo en mis articulaciones, amenazando con minar la determinación que me había traído hasta aquí. Por eso, ingresar a Ecuador no fue solo cruzar una línea geográfica en el mapa, sino que representó mi regreso al movimiento y el instante crucial para volver a levantarme. Disponía de un margen de tiempo sumamente estrecho, de apenas tres o cuatro días según las estimaciones previas que había coordinado con Eric, para cruzar el país. Tenía por delante un itinerario exigente, pero mi mente estaba decidida a ganarle la partida al desánimo y demostrar que mis piernas seguían siendo un motor capaz de avanzar.

Quienes no conviven con una condición neurodegenerativa difícilmente pueden comprender la velocidad con la que la falta de movimiento nos arrebató la libertad de manera silenciosa. Cada hora sin pedalear es un territorio que la rigidez le gana a la voluntad, un milímetro de flexibilidad que perdemos frente a un enemigo invisible que nunca descansa. Al subirme de nuevo a la bicicleta tras aquella cuarentena inesperada en la frontera, sentí que mis articulaciones protestaban con una hostilidad dolorosa; las rodillas pesaban como si estuvieran rellenas de plomo,

los tobillos carecían de la soltura necesaria para el pedaleo fluido y los primeros kilómetros sobre el asfalto requirieron una concentración mental absoluta. Sentía la microescritura de mis movimientos corporales, esa tendencia implacable de la enfermedad a empequeñecerlo todo, desde el trazo de un bolígrafo en un papel hasta la zancada de un atleta. Mis expresiones faciales, congeladas por la disminución de la dopamina, no lograban reflejar el torbellino de emociones y frustraciones que me embargaba, pero por dentro, la determinación de continuar seguía ardiendo con la misma fuerza del primer día. Sabía que no había espacio para la autocompasión; si me dejaba vencer por la inercia del reposo, el viaje terminaría antes de comenzar.

Vestido con mi maillot naranja, blanco y negro, donde los logotipos de mis patrocinadores y la palabra "*Patagonia*" brillaban bajo la intensa luz solar del trópico, me dispuse a reconquistar la carretera. Mi bicicleta de ruta, con su cuadro blanco impecable y su horquilla negra con la inscripción "*SHIMANO*", se convirtió una vez más en mi única aliada y en la extensión mecánica de mi propia voluntad. Llevaba mi casco blanco con el número treinta y siete bien visible en la frente, aferrado a mi mochila de hidratación negra que se ceñía firmemente a mis hombros para evitar cualquier balanceo innecesario. En el ciclismo de ultra distancia, cada gramo de peso y cada movimiento en falso consumen una energía preciosa que no me puedo permitir desperdiciar. Mis piernas, que respondían de manera diferente según el humor de la enfermedad en cada jornada, comenzaron a girar lentamente, buscando ese ritmo constante y armonioso que me permitiera cubrir distancias de entre ciento ochenta y doscientos de kilómetros diarios. Sentir de nuevo la brisa húmeda golpeando mi rostro y el calor del pavimento ascendiendo por mis zapatillas oscuras fue una bendición; era la constatación física de que, mientras mi motor interno respondiera, yo seguiría teniendo el control sobre mi destino.

El relieve ecuatoriano se presentó ante mí con una mezcla de majestuosidad y exigencia. Las carreteras, aunque sinuosas, me obligaban a mantener una atención constante sobre el manillar para esquivar los imprevistos del camino. A diferencia del territorio peruano, donde las rutas rotas y llenas de baches habían puesto a prueba la resistencia de mis llantas de perfil bajo, el asfalto de Ecuador me ofreció pasajes de mayor fluidez, aunque la humedad del trópico se adhería a mi piel como una segunda capa, obligándome a hidratarme de manera constante. La preparación de cada etapa requería una planificación meticulosa: debía dosificar la medicación que llevaba conmigo, calculando las dosis exactas para mantener a raya la rigidez muscular durante las horas de mayor esfuerzo físico. No contaba con el asesoramiento directo de mis médicos para esta travesía, pues preferí no cargar con sus advertencias limitantes, pero conocía mi cuerpo lo suficiente como para saber cuándo presionar y cuándo permitirle un breve respiro. La bicicleta era mi medio de transporte, pero también mi barómetro de salud; si ella rodaba fina y silenciosa, mi mente se sumergía en un estado de concentración zen que adormecía temporalmente los síntomas del párkinson.

Hubo jornadas en las que el pedaleo se prolongó hasta el crepúsculo tardío y la noche cerrada nos envolvió a la bicicleta y a mí en una profunda soledad. Rodar en la oscuridad por las autopistas ecuatorianas, bajo la estructura de concreto de los viaductos iluminados por tenues luces de sodio, es una experiencia mística y sobrecogedora. En la penumbra, el entorno urbano y rural se vuelve silencioso, y el único sonido que me acompañaba era el zumbido rítmico de la cadena y el rodar de los neumáticos sobre el asfalto húmedo. A lo lejos, el faro encendido de alguna motocicleta o las luces traseras de un camión lejano rompían momentáneamente la monotonía visual. En medio de ese vacío, la fatiga física acumulada se manifestaba con mayor nitidez, pero también lo ponía todo en perspectiva. Es en la soledad del camino nocturno donde uno se enfrenta cara a cara con sus temores más profundos,

donde la vulnerabilidad se hace más palpable, pero también donde se temple el carácter de un guerrero. Sabía que cada kilómetro recorrido en la oscuridad era una victoria arrebatada a la enfermedad, un paso más cerca de mi meta final y una validación de mi lema más querido: *"moverme me hace avanzar"*.

Mi llegada a la bulliciosa ciudad de Guayaquil se transformó en un verdadero bálsamo de energía, afecto y reconocimiento social. Tras días de esfuerzo solitario en la carretera, el calor de la gente y la formalidad de los eventos programados sacudieron mi rutina de viaje. Uno de los hitos más conmovedores de este tramo fue mi visita a la prestigiosa Universidad Católica de Santiago de Guayaquil (UCSG), una institución imponente con una vibrante comunidad de cinco mil alumnos. Caminar por su campus, vistiendo aún mi ropa de ciclismo y portando en mi cuerpo las huellas evidentes del desgaste del viaje, fue una experiencia que jamás olvidaré. Fui recibido con un respeto y una calidez extraordinarios por el doctor Walter Mera Ortiz, rector de la universidad, quien en un acto formal me hizo entrega de un reconocimiento oficial por mi travesía continental. La prensa local se hizo eco inmediato de mi hazaña; ver mi historia reflejada en los diarios y canales de televisión como el ciclista argentino que desafía catorce mil kilómetros para recaudar fondos para la investigación con células madre y visibilizar el párkinson fue un momento de profunda revelación. Comprendí que el mensaje estaba llegando con fuerza, que el dolor de mis piernas se traducía en esperanza para miles de personas que seguían mi trayecto a través de las redes sociales.

El encuentro con Nadia Guerra, fundadora de Parkinson Ecuador, y los integrantes del Movimiento Parkinson Ecuador, representó el corazón emocional de mi paso por este país. Sentarme a conversar con personas que comprenden perfectamente lo que significa lidiar con los síntomas cotidianos de esta condición fue una experiencia sumamente liberadora. Hablamos de aquellas batallas invisibles

que la sociedad rara vez percibe: la microescritura que encoge nuestras cartas, la rigidez matutina que dificulta las tareas más sencillas, las alteraciones del sueño provocadas por la escasez de serotonina y dopamina, y la frustración de sentir que el propio cuerpo a veces se convierte en una prisión de carne y hueso. Compartir mis temores y mis estrategias con ellos me hizo sentir profundamente acompañado. Al ver la tenacidad de Nadia y la generosidad de su equipo, reafirmé la misión de la asociación civil sin fines de lucro Indepar, que fundé en julio de 2024. Mi pedaleo diario cobraba un sentido de urgencia colectiva: recaudar fondos mediante donaciones para apoyar a los científicos argentinos, como el doctor Fernando Pitossi en el Instituto Leloir, que investigan tratamientos con células madre para frenar el avance de la enfermedad. Aunque estos avances médicos lleguen demasiado tarde para mí, la sola posibilidad de que alivien a las generaciones futuras es un combustible inagotable para mi alma.

Otro de los compromisos más significativos y puros de mi estancia en Guayaquil fue brindar una conferencia motivacional en un colegio católico dirigida a estudiantes de quinto año. Hablar a jóvenes de unos dieciocho años, cuyas vidas y proyectos apenas están comenzando, me llenó de una inmensa responsabilidad y me obligó a despojarme de cualquier discurso preconcebido. Me paré frente a ellos con mi barba canosa y densa, mostrando con naturalidad la fatiga de mi cuerpo y los sutiles temblores de mis manos. Les hablé de mi pasado como atleta de alto rendimiento, de cuando pesaba cincuenta y nueve kilos y completaba exigentes triatlones Ironman en menos de diez horas, situándome entre los mejores de mi categoría, y cómo pasé de esa plenitud física a recibir un diagnóstico devastador. Aunque esta labor de orador no era nueva para mí —pues en Argentina ya había impartido charlas tras finalizar la carrera extrema Norcape y en eventos para corporaciones como laGoosen y la obra social médica OSDE—, la mirada atenta y conmovida de esos chicos encendió en mí una chispa diferente. Les transmití que

el verdadero fracaso no radica en caer ante la adversidad o en ver truncados nuestros planes originales, sino en rendirse y dejar de buscar soluciones creativas a los problemas. Les insté a no bajar los brazos frente a la incertidumbre del futuro, recordándoles que la mente siempre posee la capacidad de liderar al cuerpo, sin importar cuán difícil se presente el camino.

A lo largo de mi vida, he aprendido que donde otros ven un obstáculo insalvable, mi mente de emprendedor nato tiende a buscar de inmediato una oportunidad o una solución innovadora. Cuando la crisis económica de 2001 en Argentina me dejó sin ingresos y con la inmensa responsabilidad de mantener a mi familia, no me senté a lamentarme; transformé mi pasión por el deporte en un negocio viable y funcional, demostrando que la necesidad puede ser el mejor catalizador para la reinención personal. Con el diagnóstico de párkinson ocurrió algo similar. Tras una etapa de inevitable tristeza y aislamiento inicial en la que evitaba compartir mi realidad con el entorno, comprendí que la autocompasión era un callejón sin salida. Decidí que si mi cuerpo físico iba a experimentar limitaciones, mi mente debía expandirse para compensar esa pérdida. Así nació la idea de esta travesía continental: un reto brutal y aparentemente imposible que capturara la atención del mundo entero y sirviera como plataforma para difundir un mensaje de superación. Esta filosofía de vida se consolidó en las rutas ecuatorianas, donde compartir pedaladas con colectivos de ciclistas locales y recibir el afecto de las familias de Guayaquil me deparó una de las mayores lecciones de solidaridad de todo mi viaje, demostrándome que el dolor compartido se mitiga y que la unión de voluntades es capaz de mover montañas.

Al despedirme de Ecuador y enfocar mi mirada hacia la frontera con Colombia, sentí que el cansancio acumulado en mis piernas se había transformado en una energía renovada y llena de esperanza. Sabía que las próximas etapas de mi travesía me exigirían un esfuerzo físico descomunal para ascender hacia Bogotá y

luego descender hacia Cartagena, antes de enfrentar la compleja logística aérea que me permitiría sortear el impenetrable Tapón del Darién para reanudar el pedaleo en Costa Rica y continuar mi avance por Centroamérica y México. El objetivo final de llegar a la ciudad de Nueva York durante la segunda semana de agosto y golpear las puertas de la Fundación Michael J. Fox seguía siendo mi faro indiscutible. La lección fundamental que me dejó el territorio ecuatoriano fue la de la aceptación activa: amigarse con la enfermedad no significa resignarse a ella, sino integrarla como una compañera de viaje con la que se debe colaborar diariamente para seguir adelante. Cada mañana, al salir el sol y disponer mi equipaje ligero sobre la bicicleta blanca, agradezco la bendición de un nuevo día de movimiento, con la absoluta convicción de que mientras la mente mantenga encendida la llama de la determinación, el cuerpo físico no tendrá más remedio que acompañar el camino.

Colombia: la última noche en Sudamérica

*E*l viaje por territorio colombiano se caracterizó por un ritmo vertiginoso, un pedaleo constante, intenso y profundamente concentrado. Atravesé el país con una celeridad casi urgente, espoleado por la certeza de que el mapa comenzaba a estrecharse y de que las naciones centroamericanas que me aguardaban en el horizonte presentaban dimensiones geográficas mucho más reducidas. En Colombia, cada jornada en la carretera requería una entrega total; no había espacio para la dispersión ni para el titubeo. Las sinuosas carreteras, flanqueadas por una vegetación de un verde asombrosamente denso y desafiante, me obligaban a mantener los ojos fijos en el asfalto mientras sentía el latir de mi propio corazón fundirse con el avance de las ruedas. El asfalto colombiano exigía respeto, y yo se lo entregaba en cada pedalada, consciente de que mi resistencia física estaba siendo empujada hacia nuevos límites.

Esta exigencia física extrema ponía a prueba de manera constante mi compleja relación con el párkinson. El pedaleo continuo no era solo un medio para desplazarme de un punto a otro, sino una terapia activa, un escudo que interponía entre mi cuerpo y la rigidez que amenazaba con paralizarme. Sabía muy bien que, en mi caso, el movimiento era vida; mientras mis piernas se mantuvieran girando sobre los pedales, el avance era

real y la enfermedad se veía obligada a retroceder, a mantenerse al margen. Sin embargo, el esfuerzo prolongado bajo el cambiante clima colombiano, que pasaba del calor húmedo de los valles a la fría neblina de las cumbres montañosas, despertaba a veces sutiles alarmas en mi organismo. El temblor acechaba en los momentos de fatiga, pero mi mente, firmemente disciplinada tras años de retos atléticos y personales, se imponía con una fuerza serena, obligando a cada músculo a responder con precisión.

En medio de esta intensa marcha, Colombia me reservaba un refugio emocional inestimable: el reencuentro con un queridísimo y viejo amigo, Maximiliano "Maxi" Blanco. Maxi me recibió en su hogar con los brazos abiertos, un gesto que transformó de inmediato el desgaste del viaje en pura calidez humana. Hoy en día, contemplar a Maxi es admirar a un profesional de éxito arrollador; se ha convertido en un fotógrafo de renombre mundial y en un orgulloso embajador de la prestigiosa marca Nikon a nivel global. Para documentar mi travesía, Maxi preparó su equipo, encendió las luces y me realizó una serie de entrevistas y videos de una calidad impecable que posteriormente se difundirían en redes sociales, ayudándome a amplificar ese grito de esperanza y concienciación que me impulsaba a seguir adelante.

Al sentarme frente a su lente, fue inevitable que una oleada de recuerdos compartidos nos inundara el pecho. Mi mente retrocedió de inmediato a aquellos años difíciles en los que Maxi no encontraba su rumbo profesional ni tenía un trabajo estable. En esa época, yo practicaba la fotografía de manera aficionada, un pasatiempo que utilizaba principalmente para registrar mis propias rutas ciclistas y vender imágenes en competencias de *running* y ciclismo. Al ver su talento latente y su necesidad de un impulso, tomé la decisión de regalarle su primera cámara fotográfica, un instrumento que para él se convirtió en la llave de un universo entero. Verlo ahora

consagrado, manejando con maestría absoluta las herramientas de su oficio, me llenó de un orgullo y una alegría infinitos. Confirmé, con el pecho henchido, que la verdadera riqueza de la vida reside en la capacidad de tender la mano a otros, y que la generosidad siempre regresa multiplicada en forma de afecto incondicional.

Recordar aquellos años junto a Maxi me hizo comprender que el ciclismo y la fotografía siempre han sido mis canales para comunicarme con el mundo. Cuando le entregué esa primera cámara, lo hice con la intuición de quien ve un fuego encendido en otra persona; ver hoy ese fuego transformado en una carrera brillante, y que sea él quien registre mi paso por la vida en este viaje, cerró un círculo de generosidad que me devolvió la fe en los momentos más oscuros. En su casa, rodeado de lentes y equipos profesionales, comprendí que las semillas que plantamos en el pasado siempre encuentran la manera de florecer para ofrecernos sombra cuando el camino se torna árido y exigente.

Tras ese día de profunda conexión humana y recarga emocional, llegó el momento de enfrentar el colosal desafío geográfico que define la frontera de Sudamérica: el temible Tapón de Darién. Esta selva virgen, un abismo verde y pantanoso desprovisto de cualquier infraestructura vial, se alzaba como una muralla infranqueable entre Colombia y Panamá. El análisis logístico detallado que realizamos en constante comunicación con Eric arrojó un veredicto definitivo: intentar el cruce por vía terrestre o marítima informal era una temeridad inviable que ponía en serio peligro la integridad de la expedición y de mi propia salud. La única alternativa razonable y segura era tomar un vuelo que nos permitiera saltar sobre este obstáculo natural para continuar la travesía en suelo centroamericano.

Lo que debía ser un simple trámite de transición aérea se transformó,

no obstante, en una de las jornadas más desgastantes y frustrantes de todo el viaje debido a la rigidez burocrática de la aerolínea Avianca. Al presentarme para adquirir el pasaje de ida simple, me topé con un muro de incompreensión administrativa. Dado que había ingresado a territorio colombiano por tierra y montado en mi bicicleta, mi pasaporte carecía de un registro de ingreso aéreo en sus bases de datos comerciales. Los empleados se negaban sistemáticamente a venderme el billete bajo el argumento de que no cumplía con los protocolos estandarizados para pasajeros internacionales de ida simple. Pasar horas enteras en la terminal, ofreciendo explicaciones detalladas, mostrando las bitácoras de mi viaje y argumentando frente a la frialdad de un sistema informático, supuso un desgaste que amenazaba con quebrar mi templanza.

Para una persona que convive con el párkinson, el estrés emocional y la impotencia ante situaciones absurdas representan un peligro invisible pero sumamente real, ya que estas tensiones actúan como un disparador inmediato que agrava los síntomas motores. Sentado en aquella terminal de aeropuerto, rodeado de un ruido ajeno y de miradas indiferentes, sentí por momentos que tocaba fondo, experimentando esa odiosa vulnerabilidad que me asalta cuando me veo encerrado o privado de mi libertad de movimiento. Yo necesito el aire fresco y la brisa en el rostro para sentirme fuerte; las paredes de una oficina de atención al cliente son mi peor enemigo. Sin embargo, en medio de la tormenta burocrática, cerré los ojos y recurrí a mi mantra de vida: *"Si la mente funciona, el cuerpo acompaña"*. Con una respiración profunda, logré aplacar la ansiedad, mantuve la firmeza de mi carácter y, tras largas horas de gestiones y una tenacidad indomable, logramos finalmente solucionar el inconveniente, aunque me juré a mí mismo no volver a volar jamás con dicha compañía.

Una vez superado el escollo administrativo, desarmé con sumo cuidado mi bicicleta, esa compañera de acero que es tan vital para mi existencia como mi propio estado de salud. Embalarla en su caja de viaje fue un ritual casi sagrado; acaricié su cuadro marcado por los baches y el polvo de las carreteras peruanas y colombianas, agradeciéndole silenciosamente su fidelidad. El vuelo despegó finalmente, sobrevolando la densa e impenetrable frondosidad del Tapón de Darién y el territorio panameño, para aterrizar directamente en San José, Costa Rica. De este modo, dejábamos atrás la masa continental de Sudamérica sin haber pisado físicamente el suelo de Panamá, pero con la mirada fija en el nuevo escenario que se abría ante nosotros.

Aquella última noche, ya con la perspectiva del mar Caribe y del istmo centroamericano golpeando mis pensamientos, me detuve a sopesar el camino recorrido. El Alejandro que había partido de Buenos Aires, lleno de incertidumbres pero empujado por una rabia transformadora tras el devastador diagnóstico, difería enormemente del Alejandro que ahora se preparaba para adentrarse en Centroamérica. En la capital argentina había comenzado con un sueño casi inalcanzable; hoy, ese sueño se había consolidado en un proyecto sólido, un monumento a la resiliencia humana construido a base de sudor, baches y la generosidad de decenas de extraños que me habían tendido la mano. No obstante, me repetía a mí mismo que no podía perder el enfoque: un avance extraordinario no equivale a la victoria final, y en este viaje, como en la vida, la meta solo se alcanza cuando se cruza el último metro de la última línea.

Mi relación con el párkinson se mantenía constante, una sombra que viajaba conmigo en el asiento de al lado, manifestándose de forma imprevista y exigiéndome una atención absoluta cuando decidía reclamar su espacio. Entendí que no podía permitirme el lujo de cantar victoria prematuramente;

mi enemigo íntimo vivía dentro de mí, latente y listo para tomar el control si me descuidaba. Por ello, aquella noche desterré cualquier atisbo de soberbia y me concentré únicamente en la pureza del propósito. No importaban las fronteras políticas ni las aduanas que se dibujaban en los mapas; ante mis ojos solo existía una única y continua línea de asfalto, un trazo infinito que debía recorrer pedaleada a pedaleada, con el firme deseo de gritarle al mundo que la mente humana posee el poder absoluto de someter a la materia.

Costa Rica y el significado de “Pura Vida”

Cruzar la frontera de Costa Rica representó un tramo geográficamente breve en mi mapa —apenas unos 300 o 350 kilómetros de asfalto y naturaleza—, pero significó un inmenso remanso emocional para mi travesía. A pesar de adentrarme en un territorio nuevo y de dejar atrás la vasta Sudamérica, mi mente permanecía firmemente anclada en el camino, con la mirada fija en el objetivo final. Para mí, las fronteras eran líneas imaginarias sobre un mapa que no lograban fragmentar mi percepción: yo sentía a toda América como un único, continuo y gigantesco continente, un solo sendero que debía conquistar pedalazo a pedalazo. Esta devaluación de las fronteras solo se rompería mucho más tarde al ingresar a los Estados Unidos, pero en estas tierras centroamericanas la continuidad del viaje se sentía orgánica, como si la propia tierra me arrastrara hacia el norte en un abrazo cálido y húmedo.

A nivel paisajístico, la densa y exuberante vegetación de Costa Rica me trajo una oleada de nostalgia y alivio. Sus bosques verdes y sus selvas repletas de vida me recordaron de inmediato a la geografía de Colombia, un contraste absoluto frente a la aridez extrema y los desiertos polvorientos que había

tenido que sortear en gran parte de mi trayecto por el Perú. El aire aquí se respiraba diferente, saturado de humedad y de un olor a tierra mojada que parecía alimentar mis pulmones cansados. Sin embargo, el cambio más impactante y transformador para mi desgastado cuerpo no fue el paisaje, sino la infraestructura del país. Después de miles de kilómetros de carreteras deterioradas, baches interminables y la constante sensación de que el Estado estaba ausente en el mantenimiento de las rutas de Perú o Ecuador, entrar a Costa Rica fue como deslizarse sobre una pista de seda. Las carreteras cuidadas y bien señalizadas evidenciaban un Estado presente y activo, una organización del espacio público que me recordó profundamente a la idiosincrasia de los Estados Unidos. Para mí, que convivo diariamente con el párkinson, la calidad del camino no es una simple cuestión de comodidad; es un factor determinante para mi salud. Cada bache esquivado es un espasmo menos, y cada kilómetro de asfalto liso es una bendición que me permite mantener el control de mis músculos sin que la fatiga me venza.

Este orden estructural se reflejaba también en las dinámicas sociales que iba observando desde la altura de mi bicicleta. A lo largo de mi viaje por Sudamérica, especialmente en las grandes urbes peruanas o en Guayaquil, me había topado con una dolorosa y marcada segregación social. Era común ver cómo las clases adineradas se refugiaban en zonas exclusivas y elevadas, completamente separadas de la realidad de los sectores más vulnerables, existiendo en mundos paralelos que jamás se cruzaban. En Costa Rica, y posteriormente en México, descubrí una dinámica de convivencia mucho más integrada. Aquí, la población rica y la pobre compartían los espacios cotidianos con una naturalidad asombrosa. Aunque las diferencias socioeconómicas existían y eran innegables, la vida diaria transcurría en una coexistencia armoniosa que diluía las barreras visibles. La gente convivía, se

saludaba y compartía las calles de una manera que me conmovió profundamente, revelando una madurez social que se respiraba en cada rincón.

Fue en esa atmósfera de integración y calidez donde empecé a comprender el verdadero significado de una frase que escuchaba constantemente a lo largo de la ruta: “*Pura vida*”. Al principio, me pareció un simple saludo, una muletilla comercial o un eslogan turístico para atraer visitantes. Sin embargo, a medida que me internaba en el territorio nacional, me di cuenta de que esas palabras encerraban una filosofía de vida profunda y transformadora. Era un estado de ánimo colectivo, una forma de aceptar el presente con alegría y sencillez, sin importar las dificultades. En mi pedaleo diario, bajo el sol implacable y el esfuerzo físico extremo que hacía brotar gotas de sudor constantes de mi frente, la vibración de esa alegría nacional parecía aligerar el peso de mi equipaje y de mis propias limitaciones. El “*pura vida*” no era solo una frase; era una fuerza invisible que me animaba a disfrutar del esfuerzo y de la brisa en mi rostro, recordándome que la vida, con todas sus pruebas, seguía siendo un regalo maravilloso.

En medio de este recorrido, viví un reencuentro que, aunque mundano, tuvo un impacto psicológico increíble en mi moral. Después de miles de kilómetros recorridos por carreteras donde solo encontraba pequeños bodegones locales y puestos de comida improvisados, de repente vi el cartel luminoso de mi primer McDonald's en Costa Rica. En mi interior, por razones que van más allá del hambre, asociaba esta franquicia internacional con una sensación de retorno a lo conocido, un puente directo hacia la civilización de la que me había alejado hacía tanto tiempo. Incapaz de resistir la tentación de esa familiaridad, realicé una parada técnica y me senté a disfrutar de una hamburguesa. Cada bocado fue una delicia y un

combustible emocional. Me di cuenta de que la presencia de estas cadenas se volvía más común a medida que avanzaba hacia el norte, lo que me confirmaba, de manera tangible, que mi meta no era un sueño imposible, sino un destino real al que me estaba acercando paso a paso.

Pero el momento más humano y profundo de mi paso por Costa Rica ocurrió una tarde en la que el cansancio y los síntomas de mi enfermedad amenazaban con derribarme. Necesitaba con urgencia un lugar seguro donde pasar la noche y recuperar fuerzas. Me detuve en una estación de servicio en la ruta, con el cuerpo tembloroso por el esfuerzo acumulado. Allí me encontré con un muchacho que trabajaba de manera humilde limpiando los pozos sépticos de la gasolinera. Tras entablar una breve conversación y explicarle la magnitud de mi travesía y las dificultades de mi condición, él me miró con una empatía pura y me ofreció un gesto de hospitalidad confidencial que jamás olvidaré. *“Métete en ese baño, en el sector para personas con discapacidad, que tiene aire acondicionado”*, me susurró con una sonrisa cómplice. Aquel espacio cerrado, limpio y fresco se convirtió en mi santuario esa noche. Mientras descansaba en el suelo de baldosas, refugiado del calor sofocante del exterior gracias al aire acondicionado, sentí una gratitud que me humedeció los ojos. Cuando al día siguiente le agradecí infinitamente su ayuda, él simplemente se encogió de hombros con sencillez y me despidió con un sentido: *“Pura vida, amigo”*.

Este viaje me ha enseñado que el éxito no se mide únicamente en la cantidad de kilómetros que registran mis aplicaciones de navegación, sino en estos momentos de profunda conexión humana. Costa Rica me demostró que la solidaridad no requiere de grandes discursos, sino de pequeños actos de amor desinteresado. Con el cuerpo recuperado y el alma rebosante de esperanza, empaqué mis pertenencias y apunté mi bicicleta hacia la frontera

con Nicaragua. Sabía que allí me esperaban nuevos desafíos logísticos y que probablemente enfrentaría inconvenientes con las autoridades aduaneras debido a parte de mi equipamiento de viaje. Pero ya no tenía miedo. La calidez del pueblo costarricense y la certeza de que mi mente seguía al mando me dieron la fuerza necesaria para enfrentar lo que viniera. Si la mente funciona, el cuerpo acompaña, y mi mente estaba más decidida que nunca a seguir adelante, un kilómetro a la vez.

La transición a este territorio no solo fue un cambio en el mapa, sino un verdadero bálsamo para mis articulaciones. En el Perú, las rutas rotas y los baches constantes sometían a mi cuerpo a una vibración violenta que terminaba por despertar la rigidez y los temblores propios del párkinson; cada bache era un enemigo que amenazaba el control de mi bicicleta. Al pisar el asfalto liso de Costa Rica, sentí que la carretera misma me daba una tregua. La suavidad del camino me permitió concentrarme en la cadencia de mi pedaleo, liberando a mi mente de la tensión de esquivar pozos y permitiéndome contemplar el paisaje con una paz que hacía tiempo no experimentaba. El verdor que me rodeaba, tan denso y húmedo como el de Colombia, parecía filtrar el calor del sol y regalarme una sombra protectora.

Aquella hamburguesa en el McDonald's representó un hito psicológico fundamental. Venía de meses de comer lo que la ruta ofrecía de manera improvisada y ver ese cartel luminoso fue como divisar un faro en la niebla. Era la confirmación de que estaba avanzando hacia el norte, de que el esfuerzo me estaba acercando a la meta y de que la civilización me abría nuevamente las puertas. Mientras disfrutaba de cada bocado, observaba a mi alrededor cómo la gente local interactuaba. Confirmé que en estas latitudes las diferencias sociales no se traducían en distancias insalvables; el adinerado y el trabajador compartían el mismo espacio con una naturalidad asombrosa.

Esta convivencia pacífica, libre de la desconfianza que a veces se respira en otras regiones, me infundió una profunda seguridad.

La noche en la estación de servicio terminó de sellar mi comunión con el espíritu costarricense. El calor tropical había dejado mi cuerpo de nuevo exhausto, y la humedad exacerbaba la fatiga muscular. Cuando aquel joven me ofreció el baño de discapacitados con aire acondicionado, me estaba regalando un refugio donde mi cuerpo podía enfriarse y recuperarse del desgaste diario. Acostado en ese suelo fresco, sintiendo cómo el frío aliviaba la tensión de mis extremidades, sentí una gratitud infinita por la generosidad humana. Ahora, con las fuerzas renovadas, guardo mis pertenencias y me preparo para el siguiente desafío. Sé que la frontera con Nicaragua me espera con su burocracia, pero la fortaleza adquirida en estas tierras me asegura que ningún obstáculo administrativo detendrá mi determinación.

Nicaragua: lo invisible también duele

*L*a frontera de Nicaragua se presentó ante mí como un límite geográfico cargado de tensión y sospechas insalvables. Intentar ingresar a un territorio gobernado por el régimen autocrático de Daniel Ortega y Rosario Murillo implicaba lidiar con una burocracia ciega que desconfiaba de cualquier mirada externa, y mi dron —una herramienta indispensable para registrar en video cada rincón de esta travesía— fue detectado y prohibido de inmediato en el puesto aduanero. Frente a la opción de frustrar mi avance o perder el costoso equipo, tomé una decisión guiada exclusivamente por la fe en los demás: regresé sobre mis pasos a Costa Rica, le entregué el dispositivo a un absoluto desconocido junto con mis datos de contacto, y le pedí que me lo enviara a mi hogar en Argentina. Semanas después, para mi profunda sorpresa y eterna gratitud, el dron llegó sano y salvo a mi casa. Este episodio me demostró que vivir bajo la bandera de la verdad absoluta y la transparencia no solo es mi filosofía de supervivencia, sino un escudo que desarma las sospechas de las aduanas y de la vida misma; la mentira siempre teje enredos innecesarios que terminan por asfixiar el camino.

Habiendo superado el conflicto burocrático gracias a esa honestidad brutal, me enfrenté de inmediato al rigor de las carreteras nicaragüenses. Aunque ya había logrado domar la rigidez muscular que me había dejado la

cuarentena de diez días en la frontera anterior —esos días imprevistos de no movimiento que permitieron el regreso agresivo de los síntomas del párkinson—, el clima de este país me tenía reservado un desafío asfixiante. El calor tropical y húmedo se pegaba a la piel como una pesada manta de plomo, haciendo que cada bocanada de aire se sintiera ardiente en los pulmones. Alrededor de las once de la mañana, cuando el termómetro marcaba unos implacables cuarenta y cinco grados centígrados, la ruta se convirtió en un infierno líquido. Para protegerme del viento abrasador y buscar un resquicio de sombra, me pegué desesperadamente a la parte trasera de un camión que avanzaba a unos cuarenta kilómetros por hora, aprovechando su inercia durante media hora que me exigió una concentración mental absoluta.

El esfuerzo al límite me obligó a buscar una tregua antes de que mi cuerpo, ya afectado por el avance silencioso del párkinson, colapsara bajo el sol de mediodía. Me detuve en un pequeño y rústico boliche de carretera, un comercio humilde que apenas contaba con tres neveras gastadas. Al entrar, me encontré con un grupo de jóvenes que, intrigados por mi apariencia física, me preguntaron de inmediato si era alemán. Mi respuesta risueña inició una charla espontánea y franca que se prolongó por cuatro maravillosas horas. Entre cervezas frías que compramos por un valor de entre veinte y treinta dólares, y un plato de camarones fritos que ellos generosamente compartieron conmigo, la distancia cultural se evaporó por completo. Me despedí de aquel oasis de camaradería un tanto ebrio —*medio pedo*, como solemos decir—, pero con el alma reconfortada por la calidez de su gente.

Sin embargo, el viaje no deja de tener sus aristas surrealistas y perturbadoras. Tras haber descansado durante las horas de mayor calor y

cenado una chuleta de cerdo al caer la tarde, decidí avanzar durante la noche. Al indagar sobre algún lugar donde descansar que contara con piscina, los lugareños me guiaron hacia un terreno cercano. Al llegar, descubrí con asombro que el sitio era un descuidado circo ambulante. Dormir allí fue una experiencia casi delirante: el aire estaba impregnado de un insoportable olor a orina de felino, las jaulas de los leones y tigres se ubicaban a escasos treinta metros de mi improvisada carpa, y el ambiente estaba dominado por el ladrido incesante de los perros. En medio del desorden, la mugre y el rugido de las fieras, tu que recurrir a tomar un clonazepam para poder engañar a los sentidos y conciliar el sueño.

Este recorrido constante está cobrándome una factura física de proporciones gigantescas. Siento con total honestidad que el párkinson está socavando mis fuerzas, que he vaciado por completo mi reserva física y que me costará años enteros recuperarme de semejante esfuerzo. No obstante, en los momentos más oscuros de agotamiento, me aferro con terquedad a mi lema de cabecera: *“Si la mente funciona, el cuerpo acompaña”*. Es la mente la que lidera el camino, la que empuja cada pedaleada cuando el dolor muscular parece insoportable.

La soledad de la carretera también me ha obligado a mirarme hacia adentro con una honestidad desprovista de adornos. Me reconozco como una persona de profundas dualidades: puedo ser un egoísta de primera en lo interno —entendiendo esto como una necesidad vital de preservar mi autonomía, conocerme profundamente y buscar mi propia felicidad sin depender del juicio ajeno—, mientras que en lo material y social me considero sumamente desprendido. Soy un hombre de apariencia fuerte y ruda, un guerrero que le hace frente a la adversidad, pero en mi intimidad habito una sensibilidad tan delicada que soy capaz de conmoverme hasta las

lágrimas con el desenlace trágico de una película comercial como *Armageddon*, con el sacrificio final del personaje de Bruce Willis.

Esta misma sensibilidad es la que me impulsa a practicar una empatía radical en el camino; cuando convivo con comunidades humildes de costumbres muy sencillas, me despojo de mis zapatos si ellos están descalzos, o como con las manos si ellos lo hacen, buscando mimetizarme horizontalmente para borrar cualquier barrera social.

Nicaragua me ha enseñado que lo invisible también duele, que el desgaste del cuerpo y las restricciones del entorno pueden herir en lo más profundo, pero que la voluntad humana es capaz de sobreponerse a cualquier límite impuesto. Con los recuerdos de este territorio grabados a fuego en la memoria, ajusto los bolsos de mi bicicleta y dirijo la mirada hacia el norte, listo para cruzar la frontera y desafiar las tierras de Honduras. Cada kilómetro conquistado en esta ruta es una victoria íntima sobre el silencio y el olvido que impone mi enfermedad.

Honduras: cuando los desconocidos te salvan

*E*l cruce de la frontera entre Nicaragua y Honduras se presentó ante mí de forma fluida, un deslizamiento suave sobre mi bicicleta que, sin embargo, pronto comenzó a cobrarme la factura del cansancio acumulado. El aire caliente de Centroamérica pesaba sobre mis hombros y mi cuerpo, que libra su propia batalla silenciosa y constante contra el párkinson, suplicaba por un respiro y un poco de alimento. El termómetro arañaba ya los asfixiantes cuarenta grados centígrados. En ese estado de absoluta vulnerabilidad, divisé un humilde quiosco familiar instalado en el garaje de una casa a la vera del camino. Decidí detenerme, buscando más que una bebida fría, un instante de sombra para recuperar las fuerzas.

Allí me recibió una joven con una mirada curiosa y amable. Entre sorbos de agua, comenzamos a charlar. Le conté de dónde venía y hacia dónde iba; le hablé de mi travesía en bicicleta y de la inmensa misión que cargaba en mis alforjas: dar visibilidad a la lucha contra esta enfermedad y apoyar la incansable búsqueda de una cura. Su asombro era evidente. Poco después, el chirrido de la puerta anunció la llegada de su esposo. Lejos de mostrarse desconfiado ante la presencia de un extranjero en su hogar, el hombre me miró con una calidez inmediata y, sin dudarle un segundo, me invitó formalmente a sentarme a su mesa. Minutos más tarde, compartía con

ellos un abundante y delicioso plato de fideos preparado con el amor que solo se encuentra en las cocinas más sencillas.

Durante el almuerzo, las palabras fluyeron como si nos conociéramos de toda la vida. El dueño de casa me abrió su corazón y compartió su historia: había emigrado a los Estados Unidos buscando un futuro mejor, pero con el tiempo tomó la valiente decisión de regresar a su patria para reconstruir su hogar, bloque a bloque, con el esfuerzo diario de toda su familia. Comprendí entonces que el calor de afuera no era nada comparado con la calidez que emanaba de esas cuatro paredes. Al notar mi evidente fatiga y el agobio por el clima extremo, me ofrecieron algo impensable para un desconocido: su propia habitación climatizada con aire acondicionado. Me insistieron tanto que no pude negarme; allí, en la frescura de su santuario privado, dormí una plácida siesta hasta las dos de la tarde. Me trataron con un respeto y un cariño tan excepcionales que, por unas horas, olvidé la carretera y me sentí un miembro más de su hermoso hogar.

Aquel gesto de profunda generosidad caló hondo en mi alma y me sumergió en intensas reflexiones sobre la condición humana. En momentos así, reafirmo mi convicción de que la humanidad es, en esencia, una sola gran familia; nuestra supervivencia y bienestar dependen enteramente del cuidado mutuo y de la empatía. Experimentar esa confianza absoluta cuando me encontraba en mi punto más vulnerable me transformó. Me inspiró a replicar esa misma actitud en mi vida cotidiana; hoy, las puertas de mi casa permanecen abiertas para los demás, sin cerrojos ni sospechas, porque creo firmemente en la ley del retorno. Sostengo que si uno actúa con honestidad, verdad y haciendo el bien, el universo se encarga de cruzar en tu camino a las personas correctas cuando más las necesitas, mientras que la mentira y el desvío tarde o temprano te conducen al error.

Esta travesía me ha enseñado que la autosuficiencia total no es más que una ilusión; todos, de una forma u otra, dependemos de la mano amiga del prójimo. He aprendido a domar mi propia ansiedad y a cultivar una paciencia profunda, confiando en que las soluciones aparecen justo en el instante preciso. Para mí, la adaptación frente a la incomodidad es una regla de oro que suelo ejemplificar con una analogía muy sencilla: cuando te pica un mosquito, la clave para no desesperar es resistir el impulso de rascarte y dejar fluir la circunstancia; si permites que el fastidio te domine, la molestia solo se hace más grande. Del mismo modo, ante las asperezas del camino y las limitaciones de mi salud, elijo respirar, adaptarme y recordar que *si la mente funciona, el cuerpo acompaña*.

Atravesar el territorio de Honduras me tomó únicamente dos días debido a la geografía compacta del país, pero la huella que dejó en mi espíritu fue imborrable. Con el corazón rebosante de gratitud, me despedí de aquella maravillosa familia para enfilar mi rumbo hacia la frontera con El Salvador. Al mirar atrás en este punto del viaje, no puedo evitar reflexionar sobre la inmensa generosidad del pueblo latinoamericano; a lo largo de toda mi ruta por estas tierras, la solidaridad de la gente fue del ciento por ciento. Es un contraste crudo y curioso pensar que, en toda mi travesía, los únicos rechazos y la indiferencia más fría que experimenté no ocurrieron en los rincones más humildes de nuestro continente, sino mucho más al norte, al cruzar las fronteras de los Estados Unidos. Aquí, en el calor de Honduras, los desconocidos me salvaron el día, recordándome por qué sigo pedaleando con el alma encendida.

Cada pedalazo posterior a ese bendito encuentro llevaba el peso ligero de la gratitud, una fuerza invisible que aliviaba el temblor de mis manos y me recordaba que, en este largo viaje, nunca estaré realmente solo.

El Salvador: pedaleando entre el miedo

*L*as advertencias me habían escoltado desde que crucé la frontera de Honduras. El Salvador arrastraba una fama oscura, alimentada por años de violencia y portadas internacionales que lo catalogaban como uno de los rincones más peligrosos del planeta. Aunque el país se encontraba en medio de una transición profunda y abrupta bajo el mandato del presidente Nayib Bukele, la atmósfera que respiré al ingresar todavía crujía con una tensión subterránea. El orden nuevo se anunciaba en los discursos, pero en las calles, la calma se sentía frágil, como un cristal templado a punto de quebrarse. Yo no era un turista común; era un hombre maduro montado en una bicicleta cargada de alforjas, avanzando a la velocidad de mis propias piernas y lidiando en silencio con los temblores de un cuerpo que a veces se negaba a obedecer.

Desde el primer kilómetro, el terreno me impuso su ley. La entrada al territorio salvadoreño fue una prueba de fuego para mi resistencia física y para mi temple mental. Me topé con una pendiente ascendente, ininterrumpida y brutal, de casi dieciocho kilómetros a través de una zona montañosa. Para cualquier ciclista, un ascenso de esa magnitud representa un desafío majadero; para mí, con el Parkinson como compañero de viaje de forma insistente en el lado derecho de mi cuerpo, se convirtió en una

verdadera batalla contra la gravedad y la rigidez muscular. Sentía el pecho encendido y las piernas cargadas de ácido láctico. Tuve que flexibilizar mi marcha y aprender a escuchar las señales de alarma de mi organismo. Me detuve constantemente en las modestas estaciones de colectivos que salpicaban la ruta, buscando la sombra y esperando que la rigidez amainara bajo el lema que se había convertido en mi brújula: *si la mente funciona, el cuerpo acompaña*.

A medida que avanzaba hacia el interior, descubrí un paisaje social de agudos contrastes. Percibí una pobreza extrema y una marcada división que separaba las vidas de sus habitantes, pero al mismo tiempo, me llamó la atención un acelerado proceso de americanización. A diferencia del entorno más virgen y de la gastronomía puramente local de Honduras o Nicaragua, aquí irrumpían con fuerza los anuncios luminosos y las cadenas internacionales de comida rápida, un fenómeno que parecía convivir de forma extraña con las carencias del día a día. También sentí la desconfianza de la gente local. Sus miradas me observaban con recelo; me veían como un extranjero invasor, un bicho raro que simplemente cruzaba su territorio sin dejar grandes ingresos económicos, puesto que mi objetivo era puramente avanzar. Sin embargo, no permití que esa distancia me hiciera flaquear. El coraje no es la ausencia de miedo, sino la convicción de que hay algo mucho más importante que el temor.

Al llegar a la capital, San Salvador, experimenté un inesperado bálsamo de aliento. La prensa local, específicamente el diario *El Sol*, se interesó por mi travesía y me dedicó una generosa cobertura mediática. Aquella atención periodística era la continuación de una cadena de solidaridad que se había iniciado de forma doméstica en los pueblos de mi querida Argentina, desde San Jerónimo, pasando por Córdoba y Tucumán.

Saber que mi mensaje de concientización sobre el Parkinson y mi apoyo a las investigaciones del doctor Fernando Pitossi y el Instituto Leloir resonaban también en estas tierras me inyectó una fuerza renovada para los doscientos cincuenta o trescientos kilómetros que me restaban por pedalear en este país.

Pero el destino me tenía reservada la prueba más extrema de todo el viaje, una noche donde el peligro dejó de ser una suposición estadística para transformarse en una sombra de carne y hueso. Ocurrió durante el descenso desde San Salvador, bajo el azote de un diluvio tropical torrencial que borraba el horizonte y anegaba el asfalto. La oscuridad era absoluta y el frío de la lluvia calaba mis huesos, agudizando la rigidez de mis músculos. Desesperado por encontrar un refugio, divisé las estructuras vacías de unas tolderías que de día funcionaban como puestos callejeros de comida. Decidí guarecerme allí temporalmente, con la idea fija de buscar luego un hotel por horas, de esos alojamientos económicos y comunes en Centroamérica que no exigen demasiada documentación, para pasar la noche.

Fue en ese instante de vulnerabilidad cuando un auto Toyota Corolla blanco de los años ochenta recortó sus faros a través de la cortina de agua y se detuvo a escasos metros de mí. La puerta se abrió y descendió un hombre. A través de las penumbras de la noche y el resplandor de los relámpagos, mi sangre se heló por completo al ver su piel: estaba cubierta de tatuajes complejos y oscuros de pies a cabeza. Era un miembro de las pandillas, un mara, uno de esos hombres cuya sola mención sembraba el pánico en toda la región. Su presencia física resultaba innegablemente aterradora.

El hombre se colocó a escasos dos metros de donde yo intentaba hacerme invisible y comenzó a orinar en la calle, aparentemente ajeno a mi presencia. Yo contenía la respiración, rezando en silencio para que terminara y se marchara sin mirarme. Pero la providencia me obligó a enfrentar el reto

cara a cara. Al terminar, el pandillero se volteó despacio, clavó sus ojos directamente en los míos y, mientras guardaba una pistola entre los pliegues de su ropa, me soltó una pregunta con un tono de voz gélido:

—*¿Cuánto vale tu bicicleta, gringo?*

En ese segundo eterno, mil pensamientos cruzaron mi mente. Sabía perfectamente que en ese lugar desolado mi vida pendía de un hilo, y que mi bicicleta representaba mucho más que un montón de metal y engranajes; era mi salud, mi medio de vida, mi herramienta para gritarle al mundo que el Parkinson no nos define y el vehículo que me llevaría de regreso a mi hogar. En lugar de achicarme o dejarme arrastrar por el pánico, saqué fuerzas de una flaqueza que ni yo mismo sabía que poseía. Lo miré fijamente a los ojos, conteniendo el temblor de mi mano derecha con una determinación inquebrantable, y le respondí con firmeza:

—*Mira, mi bicicleta vale mi vida. Y no está en venta. Es mi medio de transporte, es lo que me va a llevar a mi casa de vuelta.*

Se hizo un silencio espeso, solo roto por el rugido de la lluvia golpeando el techo de la toltería. Sostuvimos la mirada durante unos instantes que me parecieron siglos. Entonces, para mi absoluto asombro y alivio, la tensión se disipó de golpe. El pandillero dio media vuelta, esbozó una mueca extraña y, antes de subir de nuevo a su vehículo para perderse en la noche, me dijo con un inesperado deje de respeto:

—*Quédate tranquilo, Maradona, seguí con tu bicicleta.*

Cuando el auto se alejó y sus luces traseras desaparecieron en la tormenta, solté todo el aire acumulado y busqué un baño donde intentar calmar el temblor que ahora sí sacudía todo mi cuerpo. Aquel encuentro traumático me dejó reflexionando profundamente sobre la fragilidad de mi existencia en esta ruta interminable. Comprendí que la prudencia es vital para sobrevivir, pero que la determinación y el coraje lo son aún más. No hay que cometer errores evitables, pero tampoco podemos permitir que el miedo opaque los retos que merecen ser vividos. Esa noche dormí sabiendo que, aunque mi cuerpo me exponga a la debilidad, mi mente seguía siendo la dueña absoluta de mi destino.

Guatemala: música, pobreza y esperanza

Al cruzar la frontera y adentrarme en Guatemala, una oleada de humedad y calor tropical me envolvió por completo, dándome la bienvenida a un paisaje que me resultaba extrañamente familiar pero cargado de un misticismo diferente. A medida que avanzaba, la infraestructura del entorno comenzó a revelar sus profundas raíces ancestrales; las pequeñas viviendas y los caminos angostos evocaban una herencia aborígen viva y latente en cada rincón. En medio de esta sencillez material, descubrí a un habitante local de carácter corajudo, gente trabajadora que planta cara a la adversidad con una dignidad admirable. Sin embargo, no tardé en percibir también las marcadas costuras de una sociedad tradicionalmente machista, donde el espacio público parecía regirse por una constante división social que mantenía a los hombres y a las mujeres en esferas claramente separadas.

Mi pedaleo constante por las carreteras se convirtió en una ventana hacia el alma de este país, al que los locales se refieren con orgullo y calidez simplemente como la “*Guate*”, un modismo entrañable que enseguida comparé mentalmente con el “pico” de Costa Rica, el “güey” de los mexicanos o nuestro eterno “che” en Argentina. Atravesar sus poblados era sumergirse en una experiencia sensorial abrumadora. El ritmo de vida guatemalteco es dinámico, ruidoso y desordenado en su propia y hermosa

manera: las calles vibraban con el constante rugir de motocicletas y vehículos que circulaban a gran velocidad, mientras que los olores a comida tradicional, el colorido de las vestimentas y el eco de la música y el baile llenaban el aire, pintando un cuadro de resiliencia colectiva frente a la pobreza.

En medio de este torbellino de estímulos externos, mi cuerpo libraba su propia batalla silenciosa. El párkinson, ese compañero incansable que viaja conmigo sin haber sido invitado, comenzó a cobrar una factura dolorosa en mi garganta, debilitando mis cuerdas vocales con severidad. De repente, me di cuenta de que esta circunstancia física estaba transformando mi personalidad; me convertí en un hombre sumamente silencioso, alguien que se veía obligado a hablar hacia adentro, masticando las palabras antes de intentar pronunciarlas. En muchas ocasiones experimentaba una profunda frustración al notar que la gente del camino apenas lograba comprenderme, lo que me obligaba a comunicarme cada vez con mayor frecuencia a través de gestos, miradas y una inmensa dosis de paciencia.

Conforme mi ruta continuaba hacia el norte, el verdor y la geografía de Guatemala comenzaron a fundirse de manera natural con el horizonte de México. Esta transición paulatina me llevó a reflexionar profundamente sobre el concepto de las fronteras políticas. Al mirar cómo una montaña se une con otra sin pedir permisos, comprendí con mayor claridad la artificialidad de estas divisiones creadas por el ser humano; la tierra es una sola, continua y generosa, ajena a los límites que trazamos en los mapas. Durante este tramo, también observé con curiosidad cómo se mantenía aquella separación física en las plazas y mercados, con grupos compactos de hombres por un lado y de mujeres por el otro, un misterio cultural en el que mi apresurado ritmo de viaje no me permitió profundizar.

Las jornadas eran agotadoras y el descanso se volvía una necesidad vital para mantener a raya los síntomas de mi enfermedad. Una de esas noches me vi obligado a hospedarme en un pequeño y descuidado hotel de carretera. El lugar estaba visiblemente sucio y sumido en el abandono, pero en mi situación, aquello no importaba en lo absoluto. Lejos de quejarme, valoré enormemente la bendición de tener un espacio para ducharme, lavar mi ropa de ciclismo y, sobre todo, dormir sobre un colchón de verdad. Para mí, que tantas veces había pasado la noche tiritando sobre el frío cemento de las paradas de carretera del autobús, aquel humilde cuarto representaba un refugio de absoluto lujo y el combustible necesario para seguir adelante.

Finalmente, alcancé el límite geográfico del territorio guatemalteco y me preparé para cruzar la frontera hacia México por la costa del Pacífico. Al ingresar por la localidad de Hidalgo, en el estado de Chiapas, y detenerme precisamente en la zona conocida como el "Parquecito de la entrada", la emoción me desbordó por completo. Un grupo de seguidores entusiastas me estaba esperando allí con los brazos abiertos, ansiosos por recibirme, estrechar mi mano y brindarme su afecto. En ese instante, al ver sus rostros llenos de ilusión y escuchar sus palabras de aliento, comprendí que cada pedalada, cada dolor en la garganta y cada noche de incertidumbre habían valido la pena para demostrar que el movimiento siempre nos permite avanzar.

México parecía interminable

*E*l ingreso a territorio de México fue fluido y se sintió de inmediato como una cálida y silenciosa bienvenida en medio del cansancio que ya acumulaba mi cuerpo. Al cruzar el puesto migratorio, me encontré con una sorpresa conmovedora: un grupo de ciclistas locales me estaba esperando con los brazos abiertos. Habían estado siguiendo mi recorrido en tiempo real a través de las redes sociales. Este emotivo encuentro, lleno de atenciones y una comida compartida, representó un bálsamo inmenso para mí. Habitualmente, las coordinaciones de mi ruta se realizaban de forma planificada desde mi oficina en Buenos Aires, por lo que este recibimiento espontáneo me devolvió la certeza de que este viaje trascendía cualquier mapa.

Poco después de iniciar mi pedaleo por las carreteras mexicanas, ocurrió un milagro cotidiano. Me detuve en una tienda de la cadena Oxxo al lado de una gasolinera para comprar agua. Mientras descansaba, se me acercó un hombre que resultó ser el director de marketing de la compañía. Se interesó por mi travesía, escuchó sobre mi lucha contra el Parkinson y, en un gesto de inmensa generosidad, me ofreció comida gratuita en cualquier tienda Oxxo de todo el país hasta llegar a la frontera con los Estados Unidos. Registró mi documento de identidad en el sistema de la compañía y,

a partir de ese instante, tuve un refugio seguro para abastecerme en cada tramo. Este apoyo supuso un alivio invaluable para el desarrollo logístico del viaje y un empujón anímico que no olvidaré jamás.

Sin embargo, la inmensidad del territorio mexicano pronto se hizo sentir; parecía un país interminable. Recorrí un total de 1.823 kilómetros en poco más de diez días, lo que se tradujo en alrededor de noventa horas de pedaleo activo sobre mi bicicleta de tan solo ocho kilos. Mantener un ritmo diario de cerca de ciento sesenta kilómetros exigía una disciplina implacable, con jornadas de descanso fraccionadas y apenas entre cuatro y seis horas de sueño. Para colmo, las temperaturas extremas de la región alcanzaban los 50°C durante el día, un calor tan sofocante que amenazaba con parar mis músculos. No tuve otra opción que adaptarme y pedalear principalmente de noche. En la penumbra, mientras avanzaba por la costa del Pacífico y luego por la del Golfo de México, percibía en el paisaje un aire nostálgico y antiguo, que me evocaba la atmósfera de la década de los ochenta.

Al adentrarme en el norte del país, el entorno se volvió notablemente más hostil, desigual y tenso. Al llegar a San Fernando, una localidad profundamente marcada por el recuerdo de la violencia del narcotráfico, me enfrenté a un panorama desolador y silencioso. Las tiendas Oxxo, que solían ser mi faro de abastecimiento, abren las 24 horas del día. Todas, menos una: la de San Fernando. Allí cerraban antes de las seis de la tarde, y las calles vacías eran patrulladas por camionetas con fuerzas policiales fuertemente armadas con equipo militar. Los lugareños, con miradas de advertencia, me suplicaron que no continuara mi camino durante la noche debido al peligro inminente. Decidí parar en una cafetería de la circunvalación de San Fernando para recuperar fuerzas, pero al momento de pagar, mis tarjetas de crédito fallaron. Quedé desamparado en un lugar peligroso, sin medios de

pago momentáneos. Fue entonces cuando el dueño del lugar, un hombre de aspecto texano, con unas botas de piel de serpiente con puntas de acero, se acercó a mí para indagar sobre mi presencia en su negocio, queriendo saber mis verdaderas intenciones al no haber podido hacer el pago de mi consumo. Escuchó mi historia con atención y no tardó en solidarizarse conmigo, al grado de no solo pagar mis bebidas sino que adicionalmente, me invitó la cena. Una vez más, la calidez humana me rescataba del desamparo.

A pesar de las advertencias del peligro, mi determinación era de hierro y decidí seguir adelante en la madrugada. Alrededor de las tres de la mañana, mientras circulaba por la carretera solitaria con todas mis luces encendidas, viví el momento más crítico de todo mi paso por México. De repente, en la oscuridad de la noche me adelantó a gran velocidad una camioneta roja. Era una Toyota Land Cruiser. Tenía sus luces apagadas lo que no dejaba de ser sospechoso. A los tres minutos dos camionetas más repitieron lo mismo. Tres camionetas sospechosas con las luces apagadas me rebasaron a gran velocidad. Minutos después, en medio de la oscuridad absoluta, mientras pedaleaba iluminando los escasos metros frente a mí que alumbran mi linterna de bicicleta, un despliegue de luces intensas bloqueó la ruta más adelante, revelando un operativo armado. Mientras seguía pedaleando mi mente desnudaba sus pensamientos y dudaba si seguir o regresar. La situación no prometía. Pero decidí que no había marcha atrás. Con el corazón latiendo con fuerza, pero decidido a no detener mi marcha, opté por avanzar sigilosamente por el arcén del carril contrario. Conseguí pasar desapercibido en la oscuridad, deslizándome a pocos metros de un grupo de hombres fuertemente armados con pistolas, rifles y armas largas que apuntaban hacia la dirección desde donde venía. Tras superar el control sin que se registraran disparos, aceleré el ritmo con el alma en un hilo hasta dejar

atrás aquella zona de peligro cerca de la frontera con el Río Bravo.

A lo largo de todo el cruce mexicano, el mayor desafío físico y mental no fue la geografía, el calor extremo ni la palpable inseguridad, sino la batalla silenciosa contra mi propio cuerpo. Hubo días en que la fatiga extrema y los síntomas del Parkinson entorpecían mi pedaleo y ponían a prueba mi paciencia. En esos momentos de desánimo, mi estrategia consistía en detenerme, descansar, meditar y esperar a sentirme recuperado para continuar. Mi mente se aferraba con fuerza a un pensamiento que se ha convertido en mi brújula: *“Si la mente funciona, el cuerpo acompaña”*. Bloquéé cualquier distracción o nostalgia sobre mi vida en Argentina y me enfoqué exclusivamente en el objetivo final. Con el aliento constante de los camioneros que me tocaban bocina y de los lugareños que me ofrecían comida en la ruta, logré llegar finalmente a Matamoros para cruzar hacia Estados Unidos. Había vencido al gigante mexicano, pero al mirar el mapa sabía que aún me restaban tres mil kilómetros de territorio estadounidense; el treinta por ciento de mi travesía me esperaba para la última gran batalla hacia Nueva York.

Pedalear en la inmensidad de las noches mexicanas me obligó a sumergirme en un estado de introspección casi místico. Cuando las luces de mi bicicleta rasgaban la oscuridad del desierto, el zumbido constante de las cubiertas sobre el asfalto se convertía en la única música disponible en kilómetros a la redonda. En esa soledad absoluta, el aire caliente de la costa del Pacífico me golpeaba el rostro con una mezcla de rudeza y libertad, evocando en mi memoria aquellos años de juventud en los que el movimiento corporal era una garantía y no un desafío diario. El paisaje adormecido, salpicado por estaciones de servicio solitarias y moteles que parecían suspendidos en el tiempo, despertaba en mí una profunda nostalgia.

Cada pequeño pueblo que cruzaba en la penumbra me recordaba la transitoriedad de la vida y la importancia de saborear cada instante, incluso aquellos marcados por el dolor físico y la incertidumbre. El Parkinson, lejos de darme tregua, se manifestaba como una sombra que acechaba en los momentos de mayor fatiga, obligándome a entablar una negociación constante entre mi voluntad mental y la respuesta de mis extremidades.

La tensión acumulada al aproximarme a San Fernando caló hondo en mis huesos. El miedo, en mi caso, no es solo una perturbación psicológica, sino un desencadenante biológico que amenaza con endurecer mis articulaciones y sabotear mi equilibrio sobre la bicicleta. Cuando mis tarjetas de crédito fallaron en aquella cafetería solitaria, la sensación de vulnerabilidad fue absoluta; me sentí como un náufrago desprovisto de herramientas en medio de un territorio inhóspito. Por eso, el gesto desinteresado de aquel dueño con apariencia texana cobró un valor monumental. Al invitarme la cena, no solo llenó mi estómago vacío, sino que me proveyó de un escudo emocional indispensable para afrontar lo que vendría. Aquella muestra de generosidad me recordó que, en los rincones más señalados por la desconfianza, siempre emerge la nobleza de espíritu de quienes deciden tender una mano al caminante. Su compasión fue el combustible silencioso que me sostuvo cuando la noche se volvió verdaderamente oscura y el peligro real se materializó frente a mis ojos.

Al arribar finalmente a Matamoros, el cansancio acumulado de diez días brutales se transformó en un llanto silencioso de puro agradecimiento. Cruzar México no solo significaba haber sobrevivido a un trayecto lleno de incertidumbres, sino constatar que mi mente seguía firme al mando de mi destino. Cada kilómetro ganado a la carretera había sido una victoria rotunda sobre el Parkinson. Con la frontera de los Estados Unidos ante mis ojos,

sentí que la inmensidad del camino recorrido era el testimonio vivo de que, mientras exista el deseo de superación en el corazón, la voluntad del alma siempre encontrará una forma de hacer que el cuerpo responda.

El sueño americano no era como imaginaba

*E*l jueves 14 de agosto de 2025, mi rueda delantera pisó finalmente la línea que separa a Matamoros de Brownsville, y con ese simple movimiento crucé la frontera hacia los Estados Unidos. El impacto fue inmediato, un choque directo contra una geografía, un idioma y un ritmo de vida completamente ajenos a todo lo que venía arrastrando desde el sur. Admito que sentía miedo. Viajar solo, sin dominar el inglés, con la única compañía de mi bicicleta y mi diagnóstico, se sentía como caminar por la cuerda floja. Para lidiar con el control migratorio, ideé una pequeña estrategia: grabé un audio en inglés en mi teléfono celular explicando quién era, la travesía que estaba realizando y mi destino final en Nueva York. Al llegar, vi las vías de automóviles colapsadas bajo un calor agobiante, pero el acceso peatonal estaba vacío. Le mostré mi teléfono a la agente de aduanas, quien escuchó mi voz digitalizada, me miró de arriba abajo y, para mi sorpresa, estampó el sello en mi pasaporte con una agilidad que jamás experimenté en las caóticas fronteras de Centroamérica. Estaba adentro, pero el verdadero desafío apenas comenzaba.

Apenas crucé la frontera, la cruda realidad de mi enfermedad se

interpuso en mi camino sin darme tregua. El párkinson trae consigo síntomas de los que pocos se atreven a hablar, y uno de los más humillantes y desesperantes es la incontinencia. Viajar solo multiplica este problema de manera cruel: cuando sientes la necesidad imperiosa de correr a un baño, te enfrentas al dilema logístico de no poder dejar la bicicleta sola en la calle con todo tu equipaje y equipo expuestos al robo. Aquel día, la urgencia física desbordó mis capacidades de contención. Fue una crisis devastadora que me quebró por dentro y me obligó a interrumpir la marcha de inmediato. Avergonzado, exhausto y vulnerable, arrastré mi bicicleta hasta el histórico Hotel Occidental, un antiguo establecimiento que alguna vez hospedó al mítico Pancho Villa. Allí, entre paredes que respiraban pasado, me encerré para asearme, lavar con desesperación mi ropa y asimilar el peso de mi vulnerabilidad. No había espacio para el orgullo; solo quedaba limpiar las prendas, recuperar el aliento y recordar que rendirse no era una opción.

A medida que devoraba kilómetros, el país idílico que el cine me había vendido comenzó a desmoronarse frente a mí. Me encontré con una infraestructura de servicios impecable, limpia y uniforme, pero envuelta en una inquietante soledad. A diferencia del bullicio mexicano, la densidad de población aquí era bajísima. Atravesaba pueblos fantasmas con abundantes casas vacías y vehículos abandonados devorados por la maleza. La pobreza estadounidense me mostró su rostro más amargo en las llamadas "*Villas Miseria*", precarios asentamientos de viviendas rodantes donde familias enteras subsistían con el acceso más básico de agua y electricidad, ocultas a la vista del turismo. También presencié una marcada división social en el mercado laboral: los puestos de mando y de seguridad estaban reservados para los ciudadanos locales, mientras que el sudor y la fuerza de trabajo en la construcción y los servicios municipales provenían de los inmigrantes

mexicanos. En los márgenes de las autopistas, los moteles y gasolineras que me servían de refugio eran administrados casi en su totalidad por personas de origen hindú y musulmán, tejiendo un tapiz social complejo y fragmentado.

La alimentación se volvió una rutina monótona y desabrida dominada por el plástico de la comida rápida tradicional: McDonald's, Burger King y Waffle House se convirtieron en paradas obligadas, donde el único alivio real para mi estómago era encontrar algún restaurante de comida china para variar el menú. Al cruzar los límites hacia los estados de Mississippi y Alabama, el entorno demográfico cambió notablemente, con una presencia mayoritaria de población afroamericana en los comercios de carretera. El pedaleo en sí se transformó en una lucha burocrática y de seguridad. Aunque mi plan original contemplaba las autopistas interestatales, la policía me desviaba constantemente hacia carreteras secundarias. Esta medida, aunque me protegía de los peligrosos arcones de las autopistas repletos de basuras y desechos metálicos que amenazaban con destrozar mis neumáticos, alargaba sustancialmente mi recorrido. Estaba ante una inmensa masa de 3.600 kilómetros por recorrer en total aislamiento, una soledad agravada por la barrera del idioma que limitaba mi comunicación a traductores de pantalla y esporádicas llamadas a mi oficina en Buenos Aires. Mi único cordón umbilical con el afecto eran los reportes que subía cada dos o tres días a mi Instagram, donde el aliento de mis seguidores me recordaba por qué estaba haciendo esto.

Sin embargo, en medio de esa inmensidad desértica y silenciosa, la providencia me regaló momentos de una calidez humana inolvidable. En Corpus Christi, entré a las oficinas de la empresa petrolera Caramis con la única intención de pedir un enchufe para cargar la batería de mi celular. Al

escuchar mi travesía, el gerente texano se conmovió profundamente; no solo me entregó un fajo de billetes de su propio bolsillo, sino que ordenó a sus empleados colaborar conmigo, reuniendo en pocos minutos un total de 300 dólares. Días después, en una oficina de Western Union, tras conocerse mi historia, el personal se organizó para otorgarme una donación espontánea de 800 dólares sin que yo hubiese pedido un solo centavo. Al llegar a Houston, la hospitalidad se vistió de hogar: fui acogido en la residencia de un empresario petrolero, hermano de un querido amigo de Buenos Aires. Allí, entre sábanas limpias, comida casera y duchas calientes, pude reconstruir temporalmente mis fuerzas y sentir que, aunque estuviese a miles de kilómetros de mi hogar, no estaba verdaderamente solo.

El tramo final de este recorrido por el sur me pasó una factura física muy alta. Los síntomas del párkinson comenzaron a agudizarse con una agresividad que no había sentido antes; la rigidez muscular severa se apoderaba de mis piernas de forma repentina, obligándome a detener el pedaleo a un lado del asfalto a esperar a que la tormenta neuromuscular cediera para poder dar la siguiente vuelta de pedal. Era un proceso lento y desesperante que ralentizaba enormemente mi avance. Pero en esos instantes de quietud forzada, bajo el cielo norteamericano, mi determinación mental se mantenía de hierro. Entendí que la enfermedad tiene la potestad de pausar mi marcha temporalmente, de ponerme de rodillas ante la mirada de extraños o de hacerme temblar, pero jamás podrá detener mi progreso definitivo hacia la meta. Mientras mi voluntad permanezca intacta, cada kilómetro de asfalto secundario me acerca un paso más a Nueva York, porque sé con certeza absoluta que si la mente funciona, el cuerpo acompaña.

Cruzar la línea divisoria no fue solo un cambio cartográfico; fue un salto al vacío donde el silencio se convirtió en mi compañero más constante.

En el lado mexicano, el aire bullía con música y el caos vibrante de la vida fronteriza; al dar la primera pedaleada en territorio estadounidense, una quietud casi sepulcral se apoderó de todo. Aquel audio pregrabado que sostenía con mi mano temblorosa frente a la oficial de aduanas representaba mi único puente con el entorno, un frágil salvoconducto digital que reducía mi historia a unos pocos segundos de ondas sonoras en un inglés imperfecto. Cuando el sello golpeó el papel y me adentré en Texas, la inmensidad de las distancias se desplegó ante mí de una manera sobrecogedora. La barrera del idioma levantó una muralla invisible que me aislaba por completo de la gente que cruzaba en sus vehículos climatizados, estirando el asfalto hasta el infinito.

La humillación que experimenté aquel primer día con el episodio de incontinencia caló hondo en mi identidad. Yo, que había completado diez Iron Man, que solía devorar kilómetros con un cuerpo dócil y atlético que respondía con precisión matemática a cada una de mis órdenes, me encontraba de pronto derrotado por mis propias entrañas en el medio de la nada. La logística de la soledad en el viaje es implacable: la necesidad apremiante de encontrar un baño chocaba frontalmente con el pánico de perder la bicicleta, mi único medio de subsistencia y mi pasaporte de regreso a la vida. Cuando finalmente me refugié en el Hotel Occidental, bajo las mismas vigas de madera que alguna vez contemplaron a Pancho Villa, me senté en el suelo a lavar mis prendas con un nudo en la garganta, asimilando que viajar con párkinson implicaba desnudarse de toda vanidad y aceptar la vulnerabilidad para construir una verdadera resistencia.

A medida que avanzaba, la desilusión respecto a la opulencia norteamericana se hacía más evidente en el paisaje cotidiano. Las "*Villas Miseria*" que encontré en los bordes del camino eran una bofetada a las

expectativas de riqueza que el cine proyecta en el extranjero. Aquellos asentamientos de casas rodantes corroídas por el sol, rodeadas de polvo y conectadas a postes eléctricos mediante cables improvisados, reflejaban una marginación profunda. Me impactó ver cómo el engranaje del país dependía de una división invisible: los inmigrantes mexicanos, con la piel curtida por el sol y la fatiga en los ojos, eran quienes sostenían el peso físico de la nación reparando carreteras bajo un calor infernal, mientras las patrullas policiales locales vigilaban sus movimientos con un celo constante. En ese tejido social, los pequeños comercios y moteles de paso se transformaban en enclaves multiculturales administrados por familias hindúes y musulmanas.

El desvío constante hacia las carreteras secundarias por orden de las autoridades locales convirtió mi mapa en un laberinto de desgaste. La prohibición de utilizar las autopistas interestatales me arrojó a calzadas plagadas de escombros metálicos, alambres oxidados y restos de neumáticos reventados que amenazaban mi avance. Reparar una cámara de aire en medio de la desolación de los estados sureños, con los dedos rígidos por los espasmos musculares y el sudor nublándome la vista, era un calvario. Al cruzar Mississippi y Alabama, el asfalto parecía retener aún más el calor, y el paisaje demográfico cambió para mostrarme una América profunda, mayoritariamente afroamericana, donde los comercios de carretera poseían un ritmo más pausado. La soledad se hacía tan densa que el sonido de mi propia respiración y el crujido de la cadena eran las únicas pruebas de mi existencia, obligándome a repetir mi lema para no rendirme.

La aparición de la solidaridad en lugares como Corpus Christi y Houston fue el bálsamo que evitó que mi espíritu se quebrara bajo el peso de la fatiga. Aquellos trescientos dólares recolectados por los operarios de la petrolera Caramis y los ochocientos dólares entregados espontáneamente en

Western Union representaron manifestaciones puras de una humanidad que trasciende fronteras. En Houston, al cruzar el umbral de la casa del hermano de mi amigo, el cansancio se derramó en un llanto silencioso de gratitud mientras el agua caliente limpiaba el polvo de mi piel. El párkinson podía congelar mis músculos con crisis de rigidez en la ruta, pero esas muestras de amor y mi determinación me recordaban que la meta seguía allí, esperándome. Mi cuerpo podía traicionarme, pero mi mente gobernaba firmemente cada paso hacia Nueva York.

Estados Unidos no está hecho para bicicletas

Cuando crucé la frontera y mis ruedas comenzaron a rodar por las carreteras de este gigante norteamericano, un profundo y extraño presentimiento se instaló en mi pecho: había dejado atrás la caótica pero cálida fluidez de Latinoamérica para adentrarme en un engranaje de asfalto, prisa y acero que parecía no contemplar en lo más mínimo el ritmo de un hombre y su bicicleta. La inmensidad de las distancias se desplegó ante mí como un tapiz infinito de autopistas perfectas y horizontes lejanos, y de inmediato comprendí que mi viaje adquiriría una dimensión física y psicológica completamente diferente. Ya no se trataba solo de sortear baches, esquivar el caótico tránsito de los pueblos o lidiar con imprevistos fronterizos; aquí me enfrentaba a un territorio planificado exclusivamente para la velocidad y la potencia de los motores de combustión, un espacio donde el peatón o el ciclista son vistos casi como una anomalía peligrosa, una interferencia en el flujo de la productividad. En este vasto país, el asfalto es el rey absoluto, y quien pretenda recorrerlo debe aceptar las reglas de un juego hostil, deshumanizado e implacable.

Lo primero que golpeó mi espíritu fue la instauración de una atmósfera invisible pero asfixiante de desconfianza. A lo largo de mi viaje por el sur y el centro del continente, a pesar de las muchas advertencias sobre la

inseguridad, siempre encontré un tejido comunitario vibrante: la gente me miraba, me saludaba, abría las puertas de sus casas o bajaba las ventanillas de sus vehículos para preguntarme de dónde venía y ofrecerme agua. Aquí, por el contrario, imperaba un clima de sospecha continua. Al acercarme a los automóviles detenidos en algún semáforo con la simple intención de pedir orientación, el sonido seco de los pestillos cerrándose y el rápido ascenso de los vidrios polarizados se convirtieron en mi bienvenida habitual. Descubrí que el miedo rige las interacciones cotidianas de esta sociedad, alimentado en gran medida por una cultura de posesión de armas de fuego que resulta escalofriante para un extranjero. Especialmente al atravesar Texas, donde es normal que las personas porten revólveres con total naturalidad, el peligro latente se sentía en el aire como una corriente constante. Para sobrevivir en esta etapa, decidí ignorar deliberadamente esa paranoia generalizada, aislarme en mi propio foco y seguir pedaleando con la mirada fija en el horizonte, sin dejarme vencer por el pánico de los demás.

A nivel cultural y geográfico, el contraste socioeconómico me reveló una realidad sumamente compleja. Mi ruta se desvió hacia el este del país, atravesando estados húmedos, densos y boscosos como Alabama y Missouri, donde la geografía parecía cerrarse sobre mí en un laberinto verde de humedad sofocante. Fue en estas zonas rurales donde descubrí la paradoja de la pobreza y el consumo norteamericano. Me llamó la atención toparme con numerosos asentamientos de casas rodantes que, en su precariedad, me recordaban a las villas miseria de Sudamérica. Sin embargo, la diferencia radical radicaba en el consumo: en estos lugares, donde las viviendas eran láminas de metal desgastadas por el tiempo, la dependencia absoluta del automóvil privado debido a la inexistencia de transporte público obligaba a sus habitantes a poseer vehículos de gran cilindrada. Era un espectáculo

surrealista contemplar casas móviles semiderruidas junto a camionetas Jeep Cherokee relucientes o potentes Mustangs. El rugido de los motores V8 dominaba el paisaje sonoro, sustituyendo al bullicio humano y a las bocinas constantes y ensordecedoras a las que me había acostumbrado en los países del sur.

Esta mentalidad de consumo desmedido impregnaba todos los aspectos de mi rutina diaria, convirtiendo las tareas más sencillas en verdaderos rompecabezas logísticos. En los supermercados, la lógica de la abundancia me imponía barreras absurdas: yo, un ciclista solitario que necesitaba racionar el peso y el espacio en sus alforjas, no quería verme obligado a comprar alimentos en formatos gigantescos. Era difícil adquirir porciones pequeñas; la leche, por ejemplo, solo se vendía en enormes envases de galón imposibles de racionar para un ciclista de ruta. Paralelamente, la infraestructura vial se revelaba como una maquinaria de altísima eficiencia logística orientada al comercio constante, operando bajo el implacable lema del *just in time*. El tráfico comercial de camiones pesados era simplemente abrumador, alcanzando su punto álgido en las inmediaciones de Atlanta, la cuna y el colosal centro de operaciones de la compañía Coca-Cola. Allí, el asfalto temblaba bajo el peso de miles de tráileres que se desplazaban con la precisión de un reloj, ignorando por completo mi pequeña bicicleta en el arcén.

Para avanzar a un ritmo aceptable, me vi obligado a tomar una decisión arriesgada y sistemática: circular por las autopistas interestatales, a pesar de que el tránsito de bicicletas estaba estrictamente prohibido en ellas. Sabía que violaba la ley, pero las carreteras secundarias a menudo me desviaban demasiados kilómetros o desaparecían en la nada. Solo abandonaba estas grandes autopistas cuando la policía me interceptaba. En

general, mis interacciones con los oficiales fueron correctas, pero viví una excepción tensa cerca de la ciudad de Chattanooga, en el estado de Tennessee. Un patrullero me obligó a detenerme en una sección desolada de la autopista y el oficial descendió con una actitud hostil y autoritaria, amenazándome con arrestarme por treinta días en una cárcel local. Comprendí que cualquier intento de discutir solo empeoraría la situación. Opté por una estrategia de absoluta sumisión y humildad: bajé los hombros, mantuve una actitud colaboradora y le expliqué pacientemente la magnitud de mi travesía y las limitaciones físicas que me imponía el Parkinson. Al ver mi fragilidad física y mi falta de arrogancia, la hostilidad del oficial se disipó por completo; me dio indicaciones con respeto y me permitió retirarme sin multa, demostrándome que la docilidad inteligente es una gran herramienta de supervivencia.

La dureza del entorno estadounidense también me brindó momentos de profunda conexión humana, recordándome que debajo de las capas de asfalto aún late el corazón de la empatía. Al llegar a la terminal de autobuses de Knoxville, presencié una escena de desamparo. Un joven inmigrante indocumentado, originario de El Salvador, intentaba desesperadamente sin éxito abordar un autobús para continuar su viaje. Carecía por completo de dinero en efectivo y el chofer lo trataba con un desprecio intolerable, negándole el acceso y empujándolo hacia el andén. Al ver el desamparo en sus ojos, reviví las ocasiones en que la generosidad de extraños me había salvado en las carreteras del continente. Sentí la necesidad de intervenir y retribuir esa abundancia que había recibido. Me acerqué decididamente a la taquilla y, utilizando mi tarjeta de crédito —el único medio de pago electrónico que yo portaba por seguridad—, le compré el pasaje que necesitaba. Lo hice de manera rápida y discreta, sin buscar agradecimientos,

permitiendo que el joven abordara el transporte antes de desaparecer en la multitud. Le entregué el billete con una leve sonrisa, sintiendo un profundo alivio al saber que su travesía no se truncaría en aquel lugar hostil.

Sin embargo, la prueba definitiva de mi resistencia me aguardaba en las estribaciones de la cordillera de los montes Apalaches, la gran barrera natural, a medida que me aproximaba a mi destino intermedio en Washington. Debido a que el viaje a través del territorio se había prolongado de manera drástica con tantos imprevistos, mis reservas de medicación diaria para combatir el Parkinson comenzaron a agotarse peligrosamente. La escasez del fármaco comenzó a pasarme una factura física terrible, sumiendo a mi sistema nervioso en un estado de vulnerabilidad extrema. El momento de mayor terror ocurrió en una solitaria carretera de montaña, rodeado por la inmensidad de los bosques y bajo un frío húmedo que calaba los huesos. En plena subida, mi cuerpo sufrió un severo ataque de rigidez muscular que paralizó mi costado derecho por completo. Mi pierna izquierda apenas lograba sostener un giro agónico en el pedal para evitar que cayera al suelo, mientras que mi pierna derecha quedó completamente trabada abajo, rígida como una barra de hierro, sacudida por calambres intensos y un dolor insoportable que me arrancaba las lágrimas. Tuve que arrastrarme hacia el arcén, apoyando la bicicleta contra la barandilla de seguridad, solo e indefenso en mitad de la nada.

Tendido sobre la grava del arcén, rodeado por la inmensidad de los montes Apalaches, me encontré cara a cara con mis propios demonios. El dolor físico era abrumador, pero el verdadero enemigo era el pánico que intentaba apoderarse de mi mente. Para colmo de males, la soledad desató la alerta sobre la presencia de osos salvajes en la zona, un peligro real en esos bosques profundos. Sabiendo que no podía correr ni defenderme, apelé a mi

último recurso de supervivencia: el humor y la resignación absoluta. Pensé con ironía que, si un oso decidía atacarme en ese momento, se encontraría con un ciclista argentino tan rígido a causa del Parkinson que probablemente le resultaría imposible de masticar. Aquel pensamiento absurdo me arrancó una sonrisa en mitad de la agonía y me devolvió el control de mis pensamientos. Si viene un oso, pues lo saludo, me seguía diciendo a mi mismo para mantener el control y el ánimo. Cerré los ojos, respiré profundamente y comencé a meditar, inyectando paciencia milímetro a milímetro en mis músculos agarrotados. Tras una eternidad, la rigidez comenzó a ceder y el control regresó lentamente a mis extremidades. Me incorporé con dificultad, subí nuevamente al sillín y reanudé el pedaleo, viendo cómo el asfalto volvía a correr bajo mis ruedas. Había vencido una vez más. Mi cuerpo me había traicionado temporalmente en el asfalto del norte, pero mi mente seguía al mando, empujándome con firmeza hacia el final del camino, recordándome que si la mente funciona, el cuerpo acompaña.

Ahora necesitaba encontrar urgentemente una solución para abastecerme de mi medicina, y un solo camino apareció en mi mente.

El Parkinson gana terreno, y me quedo sin medicinas

*L*a carretera es un escenario silencioso que no perdona el desgaste, un río de asfalto gris que devora lentamente las fuerzas del viajero más templado. Tras haber recorrido miles de kilómetros desafiando la geografía implacable de todo un continente, el cansancio acumulado de tantas jornadas de lucha comenzó a cobrarse su deuda más cara en mi propio ser. Sentí, con una claridad fría y aterradora, cómo mi cuerpo empezaba a traicionarme de forma sistemática. El párkinson, ese inquilino persistente, silencioso e invisible que habita en mis adentros y con el que convivo cada segundo de mi existencia, despertó de su letargo con una agresividad inédita, como si quisiera recordarme con saña quién tiene el control definitivo sobre mis movimientos. De pronto, la rigidez muscular se apoderó de mis extremidades con una violencia inusitada; un hormigueo helado y constante me recorrió el rostro, entumeciendo mis facciones, y en plena ruta, mientras intentaba mantener el frágil equilibrio sobre la bicicleta, experimenté la parálisis temporal de mi pierna izquierda. No se trataba de un simple cansancio físico, no era la fatiga normal que cualquier atleta de alto rendimiento conoce tras una jornada extenuante; era la constatación física e inapelable de que la enfermedad estaba ganando terreno de manera agresiva, estrechando su cerco sobre mí y amenazando con arrebatarme lo que más valoro en esta

vida: mi capacidad de moverme en total libertad, de sentir la brisa en mi rostro y de decidir mi propio rumbo sin depender de nadie.

Aquel recrudecimiento brutal de los síntomas convirtió el trayecto en una verdadera prueba de resistencia psicológica y soledad extrema. Me vi obligado a detener la marcha constantemente a un costado del asfalto, expuesto a los rigores de la intemperie, al viento cortante que soplaba desde el norte y a una incertidumbre devoradora que amenazaba con paralizar mi mente antes que mis músculos. Permanecía sentado en el arcén de la carretera, mirando pasar el tráfico veloz de los camiones, preguntándome si mi pierna respondería al intentar ponerme en pie o si me quedaría allí varado para siempre. Sin embargo, cuando la parálisis absoluta me impedía subirme al sillín de mi bicicleta, me negaba rotundamente a quedarme inmóvil o a dejarme vencer por el desánimo. Desmontaba con un esfuerzo supremo, apoyaba mis pies temblorosos en la tierra y, con el alma firme aunque mis piernas flaquearan a cada paso, avanzaba a pie empujando la pesada bicicleta bajo el cielo inmenso. En esos interminables kilómetros de caminata forzada, comprendí con una profundidad que nunca antes había alcanzado que avanzar no siempre significa ir deprisa, ni acumular kilómetros a gran velocidad; a veces, el verdadero heroísmo consiste simplemente en no dejar de dar el siguiente paso, en mantener la mirada fija en el horizonte y en empujar la rueda delantera un metro más, sin importar lo pesado, doloroso y humillante que resulte el esfuerzo diario.

Para un hombre como yo, que ha consagrado su existencia entera al deporte de alto rendimiento y al desafío constante de los límites físicos, esta nueva realidad representaba un golpe devastador para el orgullo personal. Hubo una época en la que mi cuerpo era una máquina perfecta de precisión y potencia; pesaba apenas cincuenta y nueve kilos de puro músculo y fibra, y

era capaz de completar diez competencias de Ironman de manera consecutiva, manteniéndome de manera constante por debajo de las diez horas, lo que me situaba siempre entre los mejores corredores de mi categoría. Había aprendido a dominar el cansancio, a ignorar el dolor de los músculos quemados por el ácido láctico y a exigirle a mi físico rendimientos imposibles. Por eso, ver que esa misma estructura atlética que antes respondería con velocidad y precisión ahora se negaba a realizar el movimiento mecánico más simple era una experiencia desgarradora que ponía a prueba mi cordura. Sentado en la tierra fría del arcén, mirando mi rodilla completamente bloqueada, sentía una rabia sorda que me quemaba el pecho. Era la frustración de ver caer al guerrero ante un enemigo invisible que no usa armas, sino que desgasta las conexiones de tu propio cerebro. Sin embargo, en medio de esa oscuridad, mi terquedad se imponía: si mi cuerpo no quería responder, lo obligaría a hacerlo mediante la fuerza bruta de mi voluntad.

Con la firme intención de transformar este sufrimiento en un mensaje de esperanza y de buscar aliados de peso para nuestra causa, decidí ponerme en contacto con la renombrada Fundación Michael J. Fox. Creía, con la inocencia y la pasión de quien viaja impulsado por un sueño noble, que una institución dedicada por entero al párkinson entendería el valor simbólico de mi travesía. Quería decirles que estaba cruzando un continente en bicicleta para demostrar que no debemos rendirnos, y que buscaba visibilizar la urgente necesidad de financiar investigaciones científicas, como las terapias con células madre que el doctor Fernando Pitossi impulsa con tanto tesón. Lamentablemente, la respuesta que recibí fue un cubo de agua helada que congeló mis expectativas. Me encontré con una corporación fría, una estructura burocrática inexpugnable donde no había espacio para el contacto

humano ni para la empatía. Fui tratado como un mendigo de atención, un número más en un sistema automatizado de relaciones públicas que solo pretendía archivar mi historia en una gélida nota de prensa para sus propios fines de recaudación de fondos. No hubo una llamada telefónica sincera, no hubo un gesto de camaradería ni un interés real por mi salud o mi travesía. Esa profunda decepción me sumió en una tristeza infinita durante varios días; me sentí increíblemente solo en la carretera, comprendiendo que la verdadera lucha contra el párkinson se libra en el asfalto, en la soledad de cada paciente, y no en los lujosos despachos de las fundaciones metropolitanas.

A este desgaste emocional se sumó una crisis física de proporciones alarmantes: mis reservas de medicamentos comenzaron a agotarse rápidamente. Para un paciente de párkinson, la medicación no es un complemento, sino el único puente que nos mantiene conectados con la normalidad del movimiento. Sin la levodopa, el cerebro se apaga lentamente, permitiendo que la rigidez avance como el cemento fresco por cada articulación. En los Estados Unidos, un país caracterizado por un sistema de salud extremadamente burocrático, privatizado y rígido, me di cuenta de que conseguir mis pastillas sin una receta firmada por un médico local era una tarea absolutamente imposible. Mi dinero, mi pasaporte argentino y mi historia de viaje no significaban nada ante los ojos de los farmacéuticos, quienes me mirarían con fría sospecha detrás de sus ventanillas de cristal, negándome sistemáticamente la ayuda. Sentir que mi capacidad de hablar, de caminar y de respirar dependía de un trámite administrativo inalcanzable me provocó una angustia indescriptible. Me encontraba en un laberinto sin salida, viendo cómo cada día que pasaba mi cuerpo se volvía un poco más lento, un poco más torpe, un poco más prisionero de sí mismo.

La desesperación me llevó a límites que nunca imaginé alcanzar. En mis momentos más oscuros, me descubrí caminando lentamente por las plazas públicas y las aceras de los suburbios norteamericanos, observando con obsesiva atención el andar de los transeúntes. Buscaba de manera desesperada algún indicio físico que delatara a otro paciente de párkinson: el temblor involuntario de una mano, la rigidez en los hombros, la mirada fija y carente de parpadeo, o esa marcha característica de pasos cortos y apresurados. Mi mente, acorralada por la falta de dopamina, ideaba planes desesperados. Pensaba en acercarme a un extraño, mostrarle mis propias manos temblorosas como una muda credencial de nuestra hermandad de dolor, y rogarle que compartiera conmigo aunque fuera una sola de sus pastillas para permitirme seguir adelante. *"Si lo encuentro, le pediré una pastilla"*, me repetía a mí mismo en voz baja, con el orgullo completamente hecho pedazos. Pero la gente en las grandes urbes camina deprisa, blindada contra el entorno por auriculares y pantallas, sumida en una prisa ensordecedora que ignora al prójimo. Nadie se detuvo, nadie leyó la súplica en mis ojos cansados y me quedé allí, de pie en medio de la multitud, sintiéndome como un fantasma invisible en un mundo de autómatas.

Cuando las fuerzas parecían abandonarme por completo, el destino me tendió un salvavidas inesperado a través de una llamada telefónica. Al otro lado de la línea escuché la voz de Juan, un querido amigo de mi infancia que ahora residía en Baltimore, muy cerca de la capital estadounidense. Escuchar su tono de voz, impregnado del afecto y de la calidez de nuestra patria común, fue como recibir una inyección directa de vida en el alma. Al enterarse de mi situación límite, Juan no vaciló un solo instante; se ofreció de inmediato a recibir en su domicilio un envío de emergencia con mis medicamentos vitales, el cual sería despachado desde Buenos Aires gracias a

la rápida movilización de mis seres queridos. Sin embargo, mi estado físico era tan precario que resultaba evidente que no podría pedalear la distancia que me separaba de su hogar. Mi cuerpo amenazaba con sufrir un colapso total en cualquier momento. Tuve que tragarme el orgullo, aceptar mis limitaciones actuales y trazar un plan de contingencia urgente: debía abordar un colectivo para recorrer los kilómetros más difíciles y llegar a la zona de Washington antes de quedar completamente paralizado en medio de la nada.

La estación de autobuses, sin embargo, se convirtió en el escenario de una de las humillaciones más dolorosas de todo mi viaje. Con mi pasaje ya pagado en la mano, me presenté ante el autobús que debía rescatarme de aquella pesadilla. El chofer, un hombre de color con mirada hostil y ademanes bruscos, me barrió con una mirada de desprecio y me espetó que no me permitiría subir a menos que embalara perfectamente mi bicicleta. Mis manos, severamente afectadas por la falta de medicación, apenas podían obedecer las órdenes de mi cerebro; me temblaban los dedos y carecía de la fuerza necesaria para realizar tareas finas. Aun así, arrastrándome por los alrededores de la estación, logré recolectar cartones viejos y cinta adhesiva para fabricar un embalaje improvisado, luchando contra el dolor y la rigidez de mis articulaciones. Cuando regresé exhausto ante el conductor, mostrando orgulloso el fruto de mi penoso esfuerzo, el hombre me rechazó con una rudeza incalificable. Argumentó que el embalaje era insuficiente y, cerrando las puertas del autobús en mi propia cara, me dejó allí varado mientras el motor rugía y el vehículo se alejaba, ignorando mis protestas y mi evidente estado de vulnerabilidad física.

Pasé aquella noche interminable a la intemperie, arrinconado contra la pared exterior de la estación, rodeado por mis pertenencias y con la bicicleta desmontada a mi lado. El frío de la noche calaba hondo en mis huesos,

exacerbando los espasmos del párkinson y provocando que todo mi cuerpo temblara sin control en la oscuridad. En esos momentos de desamparo absoluto, bajo un cielo ajeno y hostil, la tentación de rendirme flotó en el aire como una sombra de desánimo. Me dolía el cuerpo entero, pero me dolía aún más la absoluta falta de consideración de quienes me rodeaban, perdidos en la indiferencia de una sociedad que parece no tener tiempo para detenerse ante el dolor ajeno. Sin embargo, apreté los dientes y recordé las razones que me habían llevado a iniciar esta locura desde Buenos Aires. No estaba allí para dar lástima; estaba allí para demostrar que un diagnóstico no define el final de nuestra historia ni el límite de nuestros sueños. Al amanecer, la frustración acumulada se transmutó en una rebelión silenciosa y constructiva.

Contraté un servicio profesional de embalaje que dejó la bicicleta perfectamente protegida, compré un nuevo pasaje y, esta vez con un chofer diferente que mostró algo de decencia humana, logré abordar el autobús que me llevaría hacia la salvación. Aquel viaje de setenta kilómetros en autobús hasta la estación de Fairfax fue un bálsamo necesario para mi cuerpo maltratado. Reclinado en el asiento, cerré los ojos y permití que el suave balanceo del vehículo relajara mis músculos tensos y mi mente agotada por tantas horas de tensión. Al descender en la estación, el aire fresco de la mañana me devolvió la claridad de inmediato.

Con paciencia y una determinación renovada, abrí la caja, rearmé a mi fiel compañera de metal y ajusté las alforjas con firmeza. Me sentía diferente; la cercanía de la ayuda y el descanso del viaje habían obrado un pequeño milagro en mi espíritu. Me subí al sillín y, sintiendo una corriente de energía pura recorrer mis venas, me dispuse a pedalear los últimos treinta kilómetros que me separaban de Washington. Cada pedalada era una victoria contra la

burocracia, contra la indiferencia corporativa y contra el miedo. Al cruzar el límite de la ciudad, con el sol iluminando el asfalto, supe que el párkinson había perdido una batalla crucial. Mi cuerpo había tambaleado, la carretera me había puesto a prueba en lo más profundo de mi ser, pero mi mente se había mantenido inquebrantable en su propósito. Había logrado llegar, demostrando una vez más que cuando la mente funciona y el deseo de vivir es inmenso, el cuerpo siempre, de alguna manera extraordinaria, encuentra la fuerza para acompañar.

Washington: llorar de felicidad

Llegar a la imponente ciudad de Washington D.C. significó mucho más que un simple hito geográfico en mi mapa; fue el reencuentro con mi propia humanidad tras miles de kilómetros de desgaste físico y mental. En esa gran capital me esperaba Juan, un entrañable amigo que, junto a su esposa —una destacada científica del CONICET—, se convirtió en mi refugio absoluto. Durante los tramos más oscuros de mi ruta, cuando las piernas ya no respondían y el desánimo amenazaba con devorarme, la voz de Juan al otro lado del teléfono había sido mi motor de repuesto. Escuchar su aliento en la distancia me devolvía la fuerza necesaria para seguir pedaleando cuando el cuerpo ya se había rendido. Estar allí, frente a él, era la prueba viviente de que la amistad también es una forma de combustible.

Esos días en la capital estadounidense transcurrieron en una atmósfera de profunda calidez y asombro. Caminar junto a mis seres queridos por aquellas calles sumamente limpias, seguras y ordenadas, contemplando la majestuosidad del monolito de Washington, me brindó una paz que no recordaba haber sentido en meses. Me sentí profundamente querido y atendido en medio de un entorno de alto nivel económico y amabilidad desbordante. Incluso guardo con enorme simpatía el recuerdo de una tarde soleada en una plaza pública, donde un alegre grupo de mujeres locales se

acercó para fotografiarse conmigo, contagiándome de su frescura. Por un instante, el peso de la travesía y las garras del párkinson parecieron desvanecerse bajo el sol de Washington.

Al caer la tarde, nos trasladamos a Baltimore, la ciudad donde residen mis amigos, con la expectativa de recibir a la mañana siguiente un paquete crucial con mis medicamentos enviados desde Argentina. Esa noche, mis anfitriones me agasajaron con una exquisita cena familiar a base de pescado. Poco después, salimos a recorrer la zona costera y el puerto histórico de la ciudad, un lugar vibrante, repleto de luces, música en vivo y una energía nocturna contagiosa. Entramos a un bar donde el jazz y el rock llenaban el ambiente. Fue allí donde ocurrió algo mágico: impulsado por una oleada de felicidad indescriptible y gratitud, mi cuerpo comenzó a moverse al ritmo de la música. Me puse a moverme en lo que me atreví a llamar un baile, en medio del local, con una soltura que parecía imposible. Mis amigos, conmovidos, registraron aquel instante en un video que hoy atesoro como un testimonio de fe.

Aquel baile imprevisto fue un auténtico renacimiento vital. Resultaba casi increíble pensar que, apenas veinticuatro horas antes, había tocado fondo al sufrir una de las crisis de párkinson más severas de todo el viaje, viéndome obligado a dormir en la calle, completamente desprovisto de mi medicación y sumido en la vulnerabilidad más extrema. Pasar de la penumbra de una acera fría a la luz de un bar de jazz en Baltimore, celebrando la vida, fue la confirmación absoluta de mi mantra más sagrado: *"Si la mente funciona, el cuerpo acompaña"*. En ese instante de felicidad pura, comprendí que la enfermedad puede reclamar mis músculos, pero jamás mi voluntad.

No obstante, el viaje exigía decisiones difíciles y pragmáticas. Durante mi estancia en Washington, recibí una invitación del embajador de Argentina

para presentar mi misión en la sede diplomática. El contacto se había gestado gracias a su hermano, Hernán Dietrich, con quien yo había compartido entrenamientos en el pasado. Sin embargo, debido a un viaje de urgencia del embajador a California, me solicitó posponer el encuentro cinco días. Fue una encrucijada dolorosa. La diplomacia y el reconocimiento oficial eran tentadores, pero mi realidad biológica no entendía de agendas oficiales. Esperar cinco días inmóvil significaba dar un terreno peligroso al avance de los síntomas del párkinson, perder el ritmo de la travesía y arriesgar todo el esfuerzo acumulado. Con una firmeza inquebrantable, tomé la decisión de no esperar y continuar mi marcha. Mi única embajada era la carretera.

A la mañana siguiente, tras recibir finalmente el paquete con mis medicamentos, me despedí de mis entrañables amigos con un fuerte abrazo y retomé el rumbo hacia la meta final: Nueva York. Al pedalear los últimos kilómetros de esta épica travesía, mi mente se convirtió en una pantalla donde se proyectaron los contrastes más brutales de mi viaje: la imponencia de las cordilleras, el dolor agudo en las subidas eternas, los pinchazos bajo el sol y la basura acumulada en los arcones. Pero, por encima de todo, recordé la inmensa empatía de la gente que se cruzó en mi camino.

También recordé aquellas crisis físicas en las que el cuerpo me traicionaba a mitad de la nada, obligándome a sentarme a la orilla de la ruta, repitiéndome una y otra vez en voz baja: *"Estoy vivo..., tengo que esperar"*, aferrándome a la famosa frase de Julio Grondona, *"Todo pasa"*. Repasé los refugios improvisados que me cobijaron durante meses: bosques bajo diluvios torrenciales, gasolineras ruidosas, desiertos azotados por tormentas de arena, baños públicos de discapacitados y, en un contraste casi cómico, hoteles de cinco estrellas en Chile. Comprendí que, al final del día, las únicas y verdaderas prioridades de mi existencia se habían reducido a lo más

esencial: encontrar un techo donde guarecerme y un enchufe para cargar las baterías y seguir avanzando. Con la mirada fija en el horizonte, seguí empujando los pedales, sabiendo que cada giro me acercaba un paso más a la victoria.

Recordar aquellas llamadas con Juan en mitad de la nada me estremece. Hubo tardes de tormenta en las que el temblor de mis manos era tan fuerte que apenas podía sostener el teléfono, pero escuchar su voz firme y cargada de un afecto desinteresado me devolvía la dignidad que el párkinson intentaba arrebatarle. Esa dignidad floreció con fuerza en el bar de Baltimore. Bailar no fue solo un acto de alegría, sino un grito de rebelión contra mi propio diagnóstico. Mientras mis pies se movían libres sobre la pista, desafiando la rigidez que me había quebrado el día anterior en la calle, entendí que los límites físicos son fronteras temporales que la mente puede derribar si se lo propone con coraje.

Por eso, rechazar la invitación del embajador, aunque dolió en el orgullo, fue un acto de absoluta coherencia con mi realidad. Hubiera sido hermoso recibir ese reconocimiento oficial, pero mi cuerpo no entiende de agendas diplomáticas ni de esperas burocráticas; el párkinson no se toma vacaciones de cinco días. Detener el pedaleo significaba abrirle la puerta a la rigidez permanente y arriesgar todo el camino recorrido. Elegir el asfalto frío por encima del confort de los salones oficiales reafirmó mi verdadera misión en esta vida. Yo no inicié este viaje brutal para recibir homenajes bajo luces elegantes, sino para gritarle al mundo entero que, mientras la mente se mantenga firme, el cuerpo no tiene más opción que seguir adelante.

Nueva York frente a mis ojos

*L*a noche en Chester fue un duro y gélido recordatorio de que el camino nunca regala nada, de que cada kilómetro ganado exigía pagar un tributo de absoluta resistencia y fe. Dormí a la intemperie, buscando refugio del viento en lo que parecía ser una parada de autobús, abrazando mi bicicleta como si fuera el único ancla sólida en medio de la oscuridad. El párkinson había amainado por las recién llegadas medicinas. Fluía por mis músculos como un compañero silencioso que jamás se duerme, pero mi mente estaba firmemente fija en el mapa invisible que me había traído desde el otro extremo de América. Antes de que el primer rayo de sol rompiera el horizonte, ya estaba de nuevo sobre el sillín, pedaleando con las piernas entumecidas pero con el pecho encendido por la certeza de que el final de esta locura estaba al alcance de mis manos.

El amanecer me recibió con una luz dorada y limpia al entrar a la imponente ciudad de Filadelfia. Sabía que no podía pasar por aquí de largo, así que realicé un desvío estratégico en mi ruta para dirigirme a un lugar que me hacía mucha ilusión conocer: el Museo de Arte de Filadelfia. Allí, frente a la icónica estatua de Rocky Balboa, me detuve y me quedé contemplando esos puños de bronce alzados al cielo. Me tomé una fotografía junto a él sintiendo un nudo en la garganta y una oleada de orgullo indomable. Como

Rocky, yo también había aprendido a recibir los golpes de la vida, a levantarme del suelo cuando el diagnóstico de mi enfermedad amenazaba con noquearme y a seguir pedaleando un asalto más. Aquella estatua no era un simple punto turístico; era el símbolo de todos los que decidimos no rendirnos jamás.

El cansancio acumulado me obligó a hacer una parada técnica para comer algo en el exterior de un supermercado local. Mientras descansaba junto a mi cargada bicicleta, dos residentes afroamericanos se me acercaron con curiosidad. Aunque el inglés no es mi fuerte, la empatía y la solidaridad humana tienen un idioma universal; afortunadamente, uno de ellos hablaba algo de castellano y pudimos entablar una conversación. Les compartí detalles de mi viaje desde Buenos Aires y de la misión de llevar este mensaje de superación sobre el párkinson por todo el continente. Intercambiamos risas, anécdotas efímeras y palabras de sincero aliento antes de estrecharnos las manos y despedirnos. Aquel encuentro fortuito me recordó, una vez más, la belleza de la inmensa familia humana que me había sostenido a lo largo de miles de kilómetros.

Al caer la noche llegué a la ciudad de Trenton, donde volví a pernoctar brevemente en la calle para recuperar las fuerzas mínimas necesarias. Cuando reanudé la marcha, el paisaje de transición y los espacios abiertos comenzaron a desaparecer de forma definitiva para dar paso a una inmensa y ruidosa jungla de asfalto. La densidad de las casas y los colosales edificios de departamentos se multiplicaban a cada paso, marcando mi inminente entrada a Jersey City. El tránsito se volvía más denso y el ritmo de la vida a mi alrededor se aceleraba, pero yo solo mantenía la vista al frente, sabiendo que el momento culminante estaba a la vuelta de la esquina.

Fue al llegar al final del asfalto de Jersey cuando descubrí el último

gran obstáculo geográfico de mi travesía: el majestuoso río Hudson se extendía imponente ante mí, separándome de mi destino final. Al levantar la mirada, la silueta inconfundible de Nueva York, con los rascacielos de Manhattan rascando las nubes, se desplegó por fin frente a mis propios ojos. En ese instante, una euforia salvaje y una felicidad indescriptible me inundaron por completo. Sin embargo, mi rostro, castigado por el agotamiento extremo de tantos meses de pedaleo y noches a la intemperie, apenas lograba reflejar la magnitud de lo que sentía por dentro. Contemplando la corriente del agua y las torres de acero al otro lado, sonreí en silencio. El párkinson me había desafiado a perder el movimiento, pero allí estaba yo, frente a la capital del mundo, demostrando que cuando la mente quiere, el cuerpo siempre acompaña.

Lo imposible también se alcanza

*E*l viento frío que soplaba desde el río Hudson traía consigo el aroma inconfundible de la sal, el diésel de los barcos y el murmullo lejano de una de las metrópolis más imponentes del planeta. Allí, detenido en el límite de Jersey City, apoyé ambas manos sobre el manubrio de mi bicicleta y contemplé la silueta recortada de Manhattan. Las torres de hormigón y vidrio se elevaban como gigantes de una dimensión ajena, desafiando al cielo gris con su arrogancia arquitectónica. Detrás de mí quedaban noventa días de pedalear sin descanso, de devorar rutas imposibles, de desafiar la gravedad en las cordilleras y de soportar el sol implacable de los trópicos. Catorce mil kilómetros desde Buenos Aires se resumían ahora en esa franja de agua que me separaba del destino final. Físicamente, estaba al límite de mis fuerzas; mi rostro, curtido por el sol y el frío, reflejaba la dureza de una travesía que muchos catalogaron como una locura suicida. Sin embargo, por dentro experimentaba una felicidad tan honda y una motivación tan viva que el cansancio parecía desvanecerse ante la magnitud del logro que estaba a punto de consumir.

La quietud contemplativa de ese instante en la orilla se rompió bruscamente cuando sonó mi teléfono celular. Era una llamada que cambiaría por completo la dinámica del tramo final de mi viaje: la

producción de la cadena de televisión internacional CNN en español se comunicaba conmigo para coordinar una entrevista en vivo. La cita estaba pactada exactamente para las 17:00 horas, y el escenario elegido no podía ser otro que el corazón vibrante de la isla, el emblemático Times Square. Por primera vez en todo el recorrido, la prisa se convirtió en una urgencia apremiante. El viaje, que hasta entonces se había medido en el ritmo constante de mis pedaladas y en la resistencia silenciosa de mi cuerpo contra el párkinson, se transformó de repente en una frenética carrera contra las agujas del reloj. No había margen de error; la oportunidad de llevar el mensaje de superación y visibilidad a millones de hogares dependía de que lograra sortear el caos de Nueva York en tiempo récord.

Hubiera querido entrar a Nueva York cruzando un puente. Por algún motivo tenía esa ilusión instalada en algún rincón de mi subconsciente. Sin embargo, no pudo ser.

Para optimizar el poco tiempo con el que contaba, decidí cruzar de la manera más práctica y me dirigí al primer embarcadero que encontré donde tomé un ferry para cruzar el río Hudson rumbo a la isla de Manhattan.

Eran las 13:47.

Esperaba el barco.

Y entonces llegó el estrés.

Compré mi pasaje, abordé el ferry y comenzamos la travesía.

Porque una cosa son los mapas y otra muy distinta la realidad. En los mapas las distancias parecen pequeñas. En la vida, a veces, se toman su tiempo.

Llegué a Manhattan a las 15:25 y las ruedas de mi compañera de viaje hicieron contacto con el cemento del suelo.

El estrés seguía creciendo.

Me subí a la bicicleta, intenté memorizar la ruta y comencé a pedalear.

A mi alrededor se levantaban rascacielos interminables. Lugares que había visto cientos de veces en películas y series. Escenarios que parecían familiares y extraños al mismo tiempo.

Estaba inmerso en la capital del mundo.

Por un lado me sentía feliz, orgulloso, satisfecho.

Por otro, una voz insistente me repetía que si no llegaba a tiempo perdería una oportunidad única de contarle al mundo la magnitud de aquella hazaña.

Pedaleé.

15:30. Distrito Financiero.

Llegué al parque del Ayuntamiento. Giré a la izquierda para tomar Murray Street. Al final de la calle doblé a la derecha y entré en la Hudson River Greenway.

Necesitaba avanzar lo más rápido posible.

15:45.

A mi izquierda apareció otro embarcadero.

Me pregunté por qué mi ferry no había llegado hasta allí.

No tenía tiempo para encontrar la respuesta.

Seguí pedaleando.

15:52.

A mi izquierda apareció lo que parecía un estadio junto al Hudson.

Sabía que el río estaba detrás de aquel edificio, aunque desde allí no podía verlo.

La avenida me permitía mantener un buen ritmo.

No sentía dolor.

Solo avanzaba.

I6:06.

Vi el muelle 76.

Otro muelle.

Supuse que ser nuevo en una ciudad significaba precisamente eso: no entender todavía cómo funcionan las cosas. ¿Acaso habrían ferrys llegando aquí?

Continué pedaleando.

El tráfico comenzó a intensificarse.

Ya no podía avanzar a la velocidad que necesitaba.

Pero no me detenía.

El tráfico se sentía.

Se escuchaba.

Se atascaba.

Tal como en las películas.

La adrenalina circulando por mi sangre me mantenía alerta y ágil.

Entonces lo vi.

A lo lejos apareció algo enorme.

Parecía un portaviones.

Creí distinguir la palabra *museo*.

Por un instante sentí unas ganas inmensas de detenerme y hacer turismo.

Pero no podía.

A medida que me acercaba leí su nombre pintado en el casco: Intrepid.
Me pregunté qué batallas habría librado aquel gigante de acero.

Justo allí giré a la derecha para tomar la calle 46 Oeste.

Un agente de policía me miró y me saludó con un leve movimiento de cabeza.

Le respondí acelerando el pedaleo.

La calle era amplia.

El tráfico no.

Avanzaba más lento de lo que deseaba.

El cansancio comenzaba a aparecer.

Me concentré en la respiración.

Inhalar. Exhalar. Inhalar. Exhalar.

Pensé que las distancias eran mucho mayores de lo que parecían.

O tal vez era yo quien ya no podía avanzar más rápido.

16:50.

Un obrero detuvo el tráfico para permitir la salida de un camión desde una obra en reconstrucción.

Las dos aceras estaban bloqueadas.

Esperé. No podía hacer otra cosa. ¡Frustración!

El camión avanzó desbloqueando la vía.

Continué.

Pedaleé.

Había un solo carril y éramos demasiados.

Seguí por la calle 46 y crucé la 11th Avenue.

No podía evitar reconocer escenarios que había visto en alguna película, aunque no lograba recordar cuál.

Taxis amarillos.

Carritos de comida ambulante.

Olores desconocidos.

Una mezcla imposible de describir.

Una combinación de aromas que, imaginaba, solo podía existir en Nueva York.

Crucé la 10th Avenue.

Ya faltaba menos.

Vi montañas de bolsas de basura alineadas junto a las aceras. Quizá el camión de recogida aún no había pasado. Las imágenes seguían despertando recuerdos cinematográficos. Se sentía extraño.

Sentía que estaba visitando la ciudad por primera vez y, al mismo tiempo, que ya había estado allí muchas veces.

Seguí pedaleando.

Un joven a la moda, vestido y peinado como salido de una revista de tendencias, me adelantó por la derecha montado en su patineta eléctrica.

Seguí pedaleando.

Crucé la 9th Avenue.

Mi corazón golpeaba con fuerza.

No sabía si era emoción... o mi agotamiento.

O ambas cosas mezcladas con el estrés.

En una esquina me golpeó un aroma irresistible.

Pizza recién horneada.

Por un segundo perdí la concentración.

Mmm... qué rico...

Se me antojó.

Mucho.

Pero no podía detenerme.

Volví a concentrarme.

Continué.

—Ya llegaste —me dijo una voz interior.

Otra respondió de inmediato:

—¡No! Todavía no. Falta poco. ¡Pedalea!

Crucé la 8th Avenue.

Entré en la recta final.

No había público.

No había cinta de llegada.

No había aplausos.

Pero yo podía imaginarlos.

Era mi recta final.

Y aceleré.

17:00.

Sonó el teléfono.

No podía contestar, porque seguía pedaleando.

Aceleré aún más mientras el teléfono seguía sonando.

Debía lograrlo.

No podía perder aquella oportunidad.

Estaba demasiado cerca.

—¡Vamos! ¡Vamos! ¡Vamos!

Las luces de los gigantescos carteles publicitarios comenzaron a reflejarse por todas partes.

Ya casi llegaba.

Lo sabía.

Allí estaba.

La Séptima Avenida parecía haberse convertido en una gran plaza peatonal.

Me detuve.

Corrí empujando la bicicleta mientras sacaba el teléfono.

Llamada perdida.

—¡Demonios!

Seguí caminando.

Entonces escuché la transmisión.

En CNN, en vivo, el presentador decía:

—Y un día nosotros supimos de una epopeya que estaba preparando un deportista... y vino aquí a nuestros estudios a hablar... Alejandro Chucky Cárcano...

El teléfono volvió a sonar.

Contesté.

—Hola, Alejandro. Estamos listos para la transmisión. ¿Cómo estás?

—Dame un segundo —respondí mientras acomodaba el teléfono para encuadrar exactamente la imagen que tenía en mente.

Escuché la cuenta regresiva.

—Cinco... cuatro... tres...

—¡Estás al aire!

La voz del presentador continuó:

—...un hombre que sufre de párkinson y que decidió que era momento de unir Buenos Aires con Nueva York para enviar un mensaje al mundo. ¿Saben qué? ¡Lo consiguió! Alejandro, felicitaciones. ¿Cómo estás?

Miré la cámara.

Respiré.

Y respondí:

—Acá estoy... cansado.

Todavía no era plenamente consciente de la magnitud de aquel momento.

—Cansado porque para llegar a tiempo llevo dos horas pedaleando al máximo.

—Qué buena imagen. Estás en este lugar emblemático de Times

Square, si no me equivoco —comentaron desde el estudio.

Sonreí.

—No me preguntes cómo se dice en inglés, porque mi gran problema es precisamente el inglés.

Las risas llenaron la cabina.

—Lo que más sufrí en esta última etapa del viaje fue el inglés.

—¿Y cuándo llegaste? —preguntó el conductor.

Lo miré sorprendido.

Todavía jadeaba.

Todavía tenía las piernas temblando.

Y respondí:

—¡No llegué todavía! (dije entre jadeos y las risas cómplices de los locutores en el estudio).

La entrevista duró apenas siete minutos.

Pero aquel momento quedó grabado para siempre.

Cuando terminó la transmisión, mi mente comenzó a desacelerar.

El estrés desapareció.

La adrenalina se fue retirando lentamente.

Y entonces llegó algo que hacía horas no sentía:

Paz.

La suficiente para buscar un hotel.

Tomar una ducha.

Y entregarme, por fin, a un descanso glorioso.

El viaje no terminó al llegar

*L*as luces incandescentes de Times Square parpadeaban con un brillo casi irreal ante mis ojos cansados, reflejándose en el asfalto húmedo de una noche que parecía haber tardado una vida entera en llegar. Habían sido noventa y cuatro días de travesía pura, más de doce mil kilómetros pedaleados desde que salí de mi querido barrio de Villa Crespo, en Buenos Aires, dejando atrás la calidez de mi hogar para adentrarme en la inmensidad de un continente que me puso a prueba en cada frontera. Al detenerme en el corazón de Nueva York, rodeado por el murmullo incesante de una multitud ajena a mi odisea, una profunda mezcla de triunfo y vulnerabilidad me embargó por completo. Había cumplido una promesa que muchos tildaron de locura, pero en ese preciso instante comprendí, con el pecho agitado y las manos aún temblorosas sobre el manubrio, que la verdadera meta nunca había sido simplemente llegar.

La factura física de semejante esfuerzo no tardó en cobrarse una vez que la adrenalina de la ruta comenzó a disiparse. Me hospedé en un hotel de cápsulas con la intención de descansar y salir a recorrer la ciudad de noche, pero el cansancio extremo me venció y no pude levantarme de la cama. Al día siguiente, cumplí el capricho de cruzar el puente de Brooklyn sobre mi bicicleta, sintiendo la brisa como un bálsamo de victoria. Sin embargo, al

intentar seguir hacia Central Park, la rigidez muscular y el agotamiento ganaron la batalla, recordándome mis límites. Sentí que el Parkinson, ese compañero silencioso, reclamaba su espacio tras haber cooperado en tantos kilómetros exigentes.

Durante mi estadía, intenté contactar a la Fundación Michael J. Fox para establecer un lazo estratégico, pero el actor se encontraba asistiendo al US Open y no se concretó el encuentro, dejando una sensación de asunto pendiente. Aunque sentí frustración, no permití que empañara la travesía; entendí que el lazo estaba sembrado y que el impacto de mi mensaje ya resonaba con fuerza propia, más allá de cualquier oficina o protocolo.

En la quietud de esos días, libre de la presión de buscar refugio o alimento, reflexioné sobre mi identidad. Aunque me llaman "Chuky" y algunos asocian el apodo con cierta dureza por mi seriedad, soy una persona normal, de buen corazón. El diagnóstico transformó mi vida, pero decidí asumirlo como una competencia de carácter interno. Lejos de rendirme, opté por amigarme con la enfermedad, asimilándola como una compañera constante con la que debo coexistir y adaptarme en la cotidianidad, enfrentándola con valentía y confrontación directa.

Durante el vuelo de retorno, contemplando la inmensidad de Nueva York desde la ventanilla, evalué el significado de los miles de kilómetros recorridos, los climas adversos y las personas que conocí. Recordé los caminos rotos de Perú, el susto en El Salvador y los problemas fronterizos. Todo el dolor, la soledad extrema y la intemperie cobraron un sentido trascendental. Aceptando el alto precio pagado, obtuve una certeza absoluta: los límites de la vida se extienden mientras se respire.

Al aterrizar, el deseo de regresar a casa con mi pareja Carolina, mis hijos Felicitas y Francisco, y mis amigos se volvió prioritario tras tantos días

de ausencia. Regresé con un proyecto a medio construir que ahora debía consolidar a través de INDEPAR. La llegada a Nueva York fue el final de la ruta por carretera, pero el inicio de una campaña para visibilizar el Parkinson y recaudar fondos para la fundación, trabajando junto al doctor Fernando Pitossi y el Instituto Leloir en investigaciones con células madre buscando una cura a mi enfermedad y que beneficiara además a las futuras generaciones.

Aquel Alejandro que alguna vez se escondió bajo el colchón al recibir el diagnóstico hoy sabe que la vida se extiende mientras se respire. Si pudiera hablar con ese hombre del pasado, le diría que escuche su voz interior y siga sus instintos. Hoy continúo en movimiento, organizando viajes, eventos deportivos y pedaleando con la misma pasión, seguro de que si la mente funciona, el cuerpo acompaña.

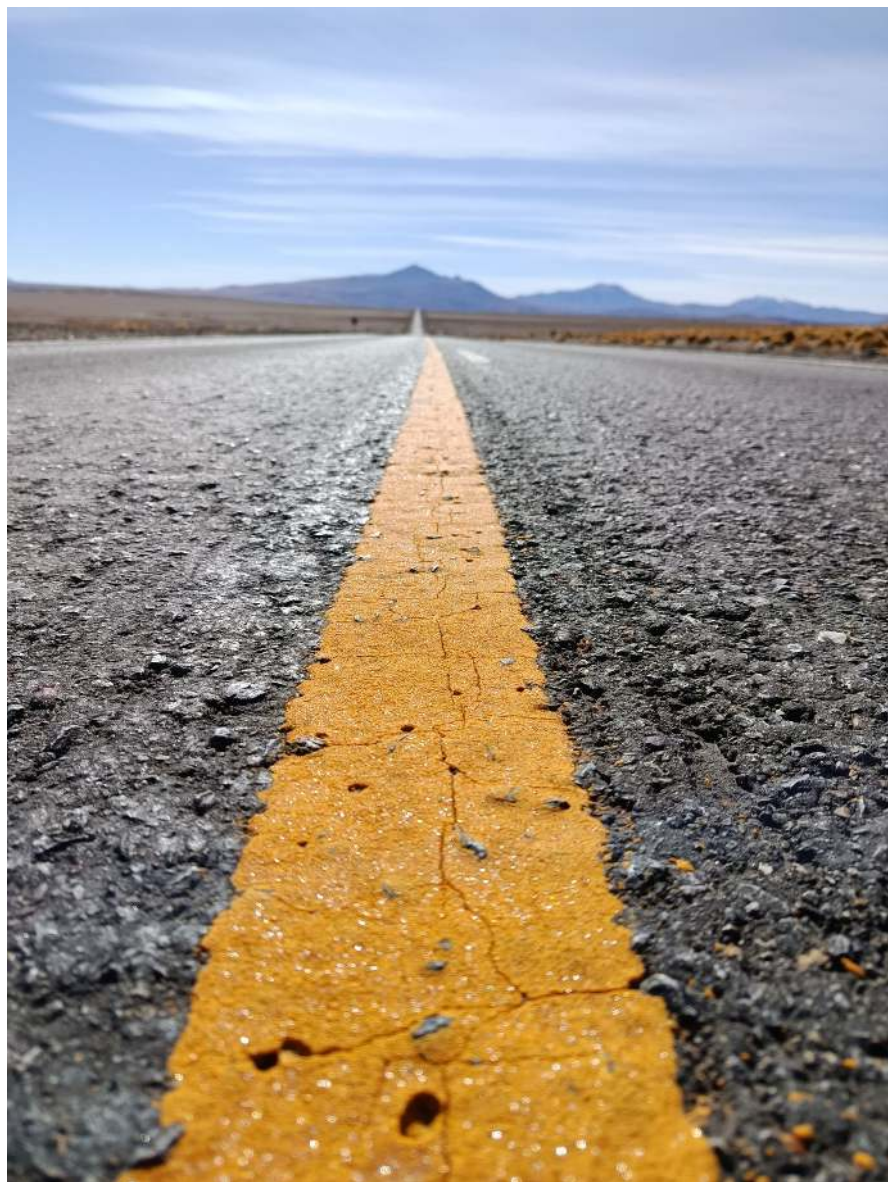
Recuerdo con nitidez el peso de mis párpados dentro de aquella angosta cabina del hotel de cápsulas, donde las paredes parecían estrecharse al ritmo en que mi musculatura se tensaba de fatiga. Intentar domar mi propio cuerpo sobre las maderas del puente de Brooklyn fue una batalla silenciosa contra la gravedad; cada paso del pedal se sentía como arrastrar toneladas de hierro. En ese instante de debilidad, cuando Central Park se convirtió en una meta inalcanzable por la rigidez de mis piernas y el cansancio acumulado, comprendí que la victoria no radicaba en un despliegue de omnipotencia física, sino en la humilde aceptación de mi vulnerabilidad. Aquella parálisis momentánea no era una derrota ante el Parkinson, sino un pacto necesario de convivencia.

La frustración de no estrechar la mano de Michael J. Fox también caló hondo en mi pecho, abriendo una grieta de nostalgia que solo el pensamiento de mi familia lograba mitigar. Sin embargo, al mirar mis manos

ásperas y recordar las miradas de aliento de los desconocidos en las rutas, entendí que el verdadero lazo de unión ya se había forjado en el asfalto. El retorno no era un repliegue, sino la reagrupación de fuerzas junto a Carolina y mis hijos para dar vida a los proyectos que realmente importan, transformando cada gota de sudor en combustible para INDEPAR.

Algunos Recuerdos

Breves parpadeos del viaje





De izquierda a derecha: Felicitas (hija), Paulo, Daniela, "Maxicleta", Carolina, Alejandro, Dr. Pitossi, Germán y Carlos, (y Francisco tomando la foto) el día de la partida.



Felicitas despidiéndose de su padre.



Día 1: Inicia la aventura



Cada atardecer encontraba un nuevo hogar.



Donde caía la noche, encontraba descanso.



La altura: uno de los retos más exigentes del viaje.



Refugios inesperados.



Encontré muchas personas buenas que me ayudaron.



Donde comen dos, comen tres. ¡Gracias!



Cada pedaleada me acercaba a mi meta.



Mi eterna compañera.



El apoyo de la gente me recargaba de energía.



Nada por aquí...nada por allá...

Moverme me hace avanzar

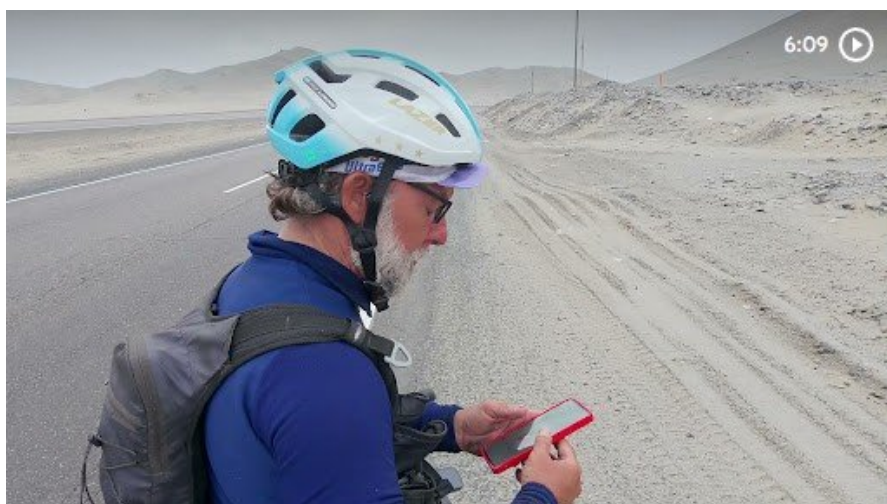


Para los demás esto es una parada de colectivo. Para mí, un refugio protector.





Paisajes que cambiaban con cada giro de las ruedas.



Revisando la ruta: la tecnología fue otra valiosa compañera de viaje.



Muchos países, una sola ruta.



Algunas puertas se abrieron sin conocerme, haciéndome sentir bienvenido.



Como un nuevo miembro de la familia. Estoy eternamente agradecido.



Atravesando lugares increíbles del mundo.



Descubriendo los sabores del camino.



Cada sitio es un lugar único



El avance no solo dependía del pedaleo.

Moverme me hace avanzar



El embajador de Argentina en Perú, apoyando la causa.





En Guayaquil, me sorprende un grupo seguidores que me acompañaron en un tramo del camino.

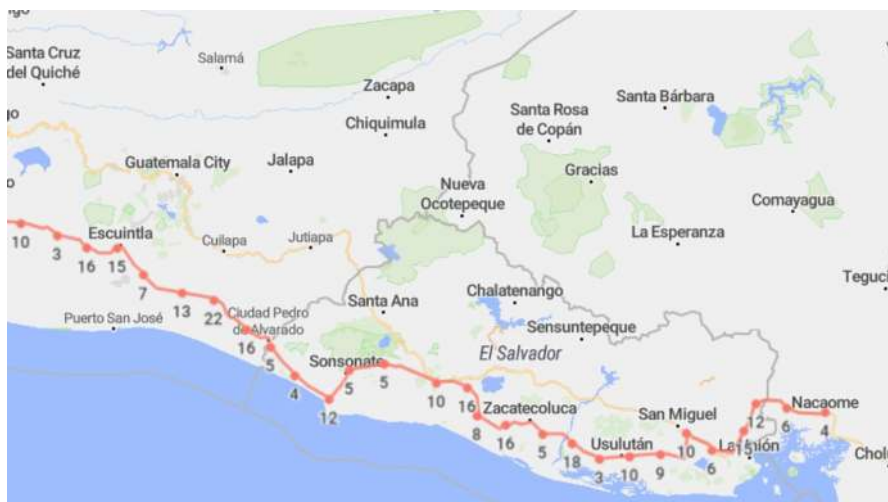


A veces circulé de noche para evitar el calor del día.

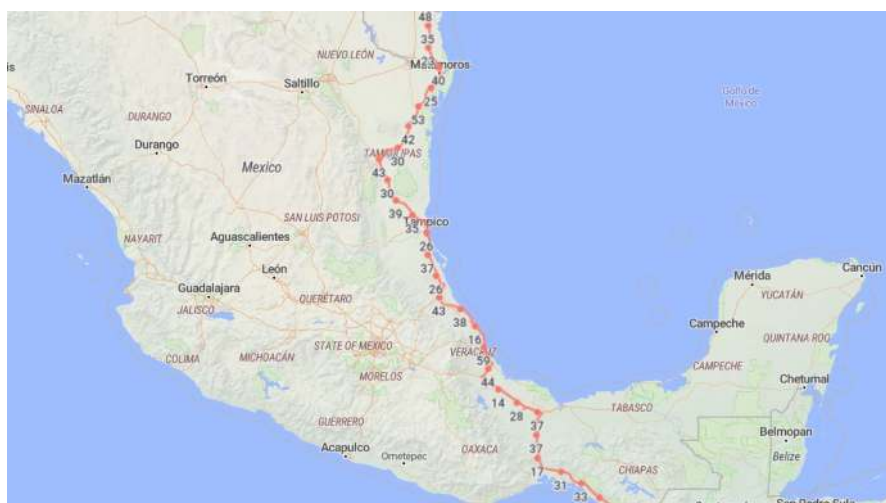
Moverme me hace avanzar



Atravesando El Salvador



El GPS genera una marca periódica con mi posición.



México es un hermoso país lleno de contrastes.



Haciendo amigos por el camino.



Con mi amigo Juan haciendo turismo.



Del Obelisco de Buenos Aires... al Monumento a Washington. Qué largo ha sido el camino.



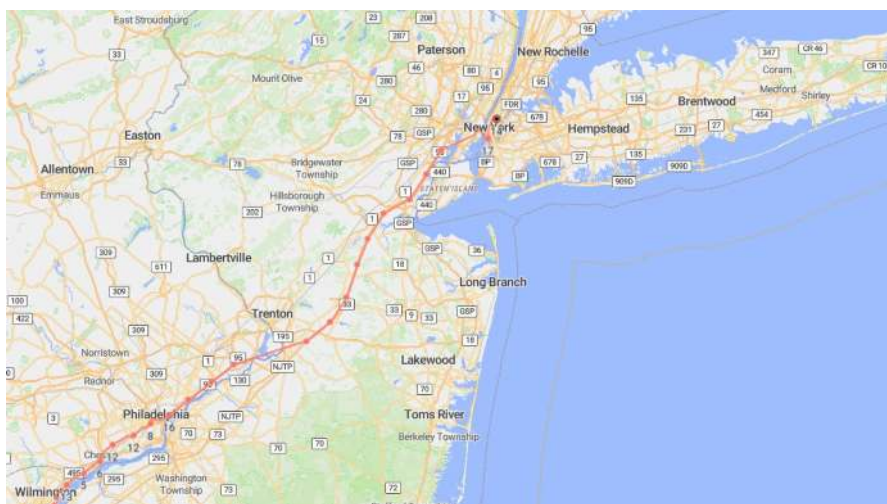
Quería esta foto desde hacía mucho tiempo. Para mí, Rocky siempre fue un símbolo de lucha y perseverancia.



Los últimos kilómetros fueron los más exigentes.



Lo había logrado. Ahora podía dejar de luchar.



Los últimos kilómetros fueron una desgastante batalla contra mí mismo.

172

Notas de Prensa

Algunos recortes sobre la cobertura en en medios

CNN: Entrevista en vivo de la llegada

Meta Cumplida: Buenos Aires - New York / Entrevista en CNN Argentina 02-09-2025

<https://www.youtube.com/watch?v=NjH3YOeSI18>

El Salvador

De Buenos Aires a Nueva York en bicicleta en una lucha contra el Parkinson

Alejandro Cárcano, un ciclista argentino diagnosticado con la enfermedad de Parkinson, emprendió un viaje de más de 14 mil kilómetros por 12 países para visibilizar la necesidad de generar más estudios sobre esta enfermedad.

<https://www.elsalvador.com/h-noticias/h-nacional/ciclista-parkinson-lucha-visibilizar-enfermedad/1233917/2025/>

Caretas, Perú

Pedaleando por la esperanza: Alejandro

Cárcano cruza América para visibilizar el Parkinson

<https://caretas.pe/nacional/pedaleando-por-la-esperanza-alejandro-carcano-cruza-america-para-visibilizar-el-parkinson/>

Diario del Sur. México

Ciclista argentino con Parkinson recorre América para visibilizar la enfermedad

Alejandro Cárcano, de 57 años, ha pedaleado más de 9 mil kilómetros desde Buenos Aires hasta México con el objetivo de concientizar sobre el Parkinson.

<https://oem.com.mx/diariodelsur/local/ciclista-argentino-con-parkinson-recorre-america-para-visibilizar-la-enfermedad-25069589>

El Sol de Tampico, México

De Buenos Aires a Nueva York: ciclista argentino pedalea contra el Parkinson y cruza por Tamaulipas

Aseguró que busca llegar a finales de agosto o principios de septiembre a su destino

<https://oem.com.mx/elsoldetampico/deportes/ciclista-argentino-recorre-continente-americano-para-encontrar-cura-contra-el-parkinson-25173136>

La Nación, Argentina

Alejandro Carcano, el ciclista argentino que

lucha contra el Parkinson y pedaleó 94 días hasta Nueva York

“Quiero contar que es posible vivir con esta enfermedad”, le dijo a LA NACION, emocionado, desde Times Square, tras haber vivido un sinnúmero de situaciones complejas en el trayecto

Link: <https://www.lanacion.com.ar/deportes/ciclismo/alejandro-carcano-el-ciclista-argentino-que-lucha-contr-el-parkinson-y-pedaleo-94-dias-hasta-nueva-nid09092025/>

El Universo, Guayaquil

Alejandro Cárcano, ciclista argentino que desafía al párkinson, recorre Guayaquil para visibilizar esta enfermedad

Busca llegar a Nueva York, en Estados Unidos, para ir a la fundación Michael J. Fox para la investigación del párkinson.

<https://www.eluniverso.com/guayaquil/comunidad/alejandro-carcano-ciclista-argentino-parkinson-guayaquil-ecuador-travesia-de-14000-visibilizar-enfermedad-nota/>

El Universo, Ecuador

Alejandro Cárcano, el ciclista con párkinson que pedalea 14.000 kilómetros de Buenos Aires a Nueva York

El ciclista argentino recorrerá doce países, incluido Ecuador, para recaudar fondos para la investigación médica

del párkinson.

<https://www.eluniverso.com/noticias/internacional/alejandro-carcano-el-ciclista-con-parkinson-que-pedalea-14000-kilometros-de-buenos-aires-a-nueva-york-nota/>

El Tribuno, Argentina

Tiene Parkinson, viaja en bicicleta desde Buenos Aires a Nueva York y pasó por Salta

Alejandro Cárcano, de 57 años, dijo que busca concientizar y recaudar fondos para avanzar en la investigación de la enfermedad.

<https://www.tribuno.com/municipios/2025-6-8-11-49-0-tiene-parkinson-viaja-en-bicicleta-desde-buenos-aires-a-nueva-york-y-paso-por-salta>

CR Hoy

Ciclista con Parkinson recorre 12 países en bici, incluido Costa Rica

Alejandro Martín Cárcano tiene 57 años, es argentino y fue diagnosticado con Parkinson hace nueve años. Deportista de toda la vida (...)

Link: <https://crhoy.com/mundo/ciclista-con-parkinson-recorre-12-paises-en-bici-incluido-costa-rica/>

El 13 TV

La emotiva historia de Alejandro, un ciclista con Parkinson: “No deja de ser un amigo

bastante severo”

Conocido como Chucky, el hombre de 57 años lucha día a día contra la enfermedad, saliendo con su bicicleta a pedalear (...)

<https://www.eltrecetv.com.ar/telenoche/2025/04/27/la-emotiva-historia-de-alejandro-un-ciclista-con-parkinson-no-deja-de-ser-un-amigo-bastante-severo/>

Red Social Instagram:

<https://www.instagram.com/ale.carcano>

Página web de la Fundación INDEPAR:

<https://indepar.ar>

Página web de su proyecto Patagonia Ultra Bike:

<https://patagoniaultrabike.ar>



Alejandro Cárcano es un deportista de resistencia que ha completado diez Ironman y participado en ultra maratones ciclistas alrededor del mundo. Es un hombre de familia que ama la libertad, la naturaleza y el movimiento.

Cuando el párkinson amenazó con arrebatarle todo aquello que daba sentido a su vida, decidió no rendirse. Lo arriesgó todo para perseguir una esperanza.

ACERCA DEL LIBRO

Alejandro Cárcano es un deportista de resistencia, amante de la libertad, la naturaleza y los grandes desafíos. Pero su vida cambió cuando fue diagnosticado con párkinson, una enfermedad progresiva que amenazaba con quitarle aquello que más valoraba: su capacidad de moverse.

Decidió amigarse con la enfermedad, comprenderla y aprender a convivir con ella. Pero mientras él la aceptaba, el párkinson seguía avanzando.

Entonces tomó una decisión extraordinaria: recorrer en bicicleta el continente americano desde Buenos Aires hasta Nueva York para pedir el apoyo de la fundación Michael J. Fox en su búsqueda de una cura, antes de que fuera demasiado tarde.

Esta es la historia real de una travesía que desafió los límites del cuerpo, la voluntad y el destino.